La hija del embajador

Albert Sabater Pla

La hija del embajador

Albert Sabater Pla

Todos los derechos reservados. Queda prohibido la reproducción total o parcial y por cualquier medio sin autorización expresa y por escrito del autor o editor.

Todos los personajes, lugares y situaciones políticas son hipotéticas y producto de la imaginación del autor. No tienen por que guardar relación alguna con la realidad, personajes o personas reales.

Situaciones personales, cargos públicos o privados no tienen por que corresponderse con la realidad, ni siquiera existir en esta obra de ficción.

Las descripciones científicas y políticas no tienen por que coincidir con la realidad en esta obra de ficción.

Registro SafeCreative 1804256673099 Registro propiedad intelectual B-1007-18

A mis padres y a mi hermana,
sin los cuales Estrada no resolvería igual sus casos.

CAPITULO PRIMERO

I

El calor de aquel verano era insoportable. Tanto que algunas noches apenas se podía conciliar el sueño, y ni siquiera las ventanas abiertas o el viejo aparato de aire acondicionado a pleno rendimiento suavizaban la sensación de bochorno que lo envolvía todo. Pero por fin, después de varios viajes a la cocina en busca de agua fría para intentar aliviar la asfixia nocturna, pudo pegar ojo.

Cuando el irritante sonido del teléfono móvil le despertó, tuvo la sensación de que hacía solo cinco o diez minutos que se había quedado dormido.

- ¿Es el tuyo o el mío?

- Suena en tu lado… – se quejó Alicia.

- Joder… – balbuceó Estrada con la cara pegada a la almohada.

Tanteó sobre la mesilla de noche hasta que dio con el aparato. Apretó el botón de descolgar sin mirar la pantalla y lo acercó a la oreja sin intención de despegarse de la almohada.

- Espero que sea importante – gruñó arrastrando las palabras.

- Capitán Estrada, perdone que le moleste… – se disculpó una voz entrecortada desde el otro lado.

- ¿Qué hora es?

- Son las seis de la mañana, capitán – afirmó la voz temblorosa.

- ¿Y quién me llama a las seis de la mañana?

- Soy… soy Sergio Bosch, del turno de noche. Siento molestarle – volvió a disculparse con timidez.

- ¿Y qué coj…?

- Fermín… – se quejó Alicia desde su almohada.

- Está bien… está bien – dijo incorporándose al fin – ¿Qué pasa? – preguntó pasándose la mano por la cara con la intención de desperezarse.

- Es… ha habido un secuestro, capitán. Parece que es alguien importante y me han ordenado que le llame para que se presente de inmediato en la central.

- ¡Joder! – renegó. ¿De quién es la orden?

- Del teniente coronel nada menos, capitán – afirmó intentando controlar su nerviosismo.

- ¡Coño! – de un brinco se sentó en la cama y empezó a buscar las zapatillas tanteando con los pies – ¿Y dices que no sabes a quien han secuestrado?

- No capitán, pero he oído que el ministro de exteriores ha llamado directamente solicitando su presencia y la de la señorita Alicia Canales – encontró una de las zapatillas y metió el pié.

- Está bien… ya vamos, muchacho…

Colgó el teléfono y lo volvió a dejar sobre la mesilla de noche – se levantó y se colocó la otra zapatilla.

- Alicia, despierta, tenemos que ir a la central. Ha habido un secuestro – encendió la luz de la habitación.

-Los hay cada día.. ¿por qué tengo que ir yo? El equipo de noche es muy capaz de resolver estos casos – se quejó abrazando la almohada con fuerza.

- Las órdenes requieren la presencia de los dos. Vienen de muy arriba.

- ¿De quién?

- De Sánchez. Y a él le ha llamado el ministro de exteriores.

- ¡Sopla! – exclamó poniéndose en pie de un salto.

- Tiene que ser algo gordo para que el ministro haya llamado… Menudo día me espera…. ¡Cojones…! – se quejó haciendo una mueca.

Alicia entró en el baño de la habitación y se metió en la ducha. Estrada bajó a la planta baja, donde estaba la cocina, para preparar el desayuno mientras Alicia se duchaba. La actividad de la casa se volvió frenética en cuestión de segundos.

Una hora mas tarde, alrededor de las siete y media, Fermín Estrada, un hombre alto y delgado, de aspecto atlético, que rondaba los cincuenta años, esperaba junto a su vehículo a que Alicia saliera para ir a la central de la policía, en Barcelona.

- ¡Alicia! – vociferó para que saliera.

Estrada vestía unos pantalones negros, una camisa azul claro y una corbata a juego. Abrió la portezuela trasera del coche y dejó la americana sobre el asiento para que no se arrugara. Volvió a

cerrarla y se sentó en el sitio del conductor. A aquella hora la temperatura aún era soportable, pero el día se preveía caluroso como había sido la noche.

- Vamos – dijo Alicia al abrir la puerta del acompañante.

- Estás muy elegante – reconoció al verla.

Aquel pantalón negro y la blusa blanca con finas rayas grises realzaban aún más, si cabe, su belleza y delgada figura.

Apartó un mechón de su larga melena negra rizada y se sentó a su lado mostrando una amplia sonrisa.

Alicia estaba mas que acostumbrada al peculiar carácter de Estrada. Hasta cierto punto le divertía, aunque intentaba no demostrarlo, por lo menos delante de los demás. Sin duda, su manera de ser era una de las cosas que había conseguido que se enamorara de él.

El viaje hasta la central duró una media hora. Aquel día fueron por los túneles que atravesaban la montaña de Collserola, sierra que rodea parcialmente Barcelona. La implicación del ministro y la petición expresa del teniente coronel de su presencia urgente, lo merecían.

Aparcó en la plaza que tenía reservada en el sótano del edificio de la antigua central de la compañía de teléfonos, y que ahora ocupaba la central de policía y subieron directamente a la última planta.

- Buenos días, capitán. Buenos días Alicia – saludó Victoria Sardá desde el mostrador, atropellando las palabras de forma nerviosa como tenía por costumbre.

- ¿Qué haces aquí a estas horas? – preguntó sarcásticamente Estrada.

- Cada día entro a esta hora, capi – aseguró inocentemente con una amplia sonrisa.

Victoria Sardá era una mujer de carácter alegre y vivaracho. Rondaba los treinta, era bajita, un poco llenita, y solía llevar diferentes gafas de divertidos diseños y colores llamativos, igual que el tinte de su pelo, que solía ser de colores vistosos que no pasaban desapercibidos.

La mesa de su despacho, en el departamento del laboratorio tecnológico, solía estar llena de caramelos, algún que otro bollo y frutos secos que solía devorar a lo largo del día, a pesar de que su endocrino, le había recomendado no hacerlo.

- Déjala tranquila, Fermín – recriminó Alicia dándole un codazo – No le hagas caso, Vicki, ya le conoces… – La muchacha miró arriba y resopló de forma graciosa – ¿Ha llegado alguien? – añadió.

- Si, hace media hora ha llegado el “Teco” y diez minutos mas

tarde el señor ministro.

- ¡Joder! – renegó Estrada mientras se arreglaba la corbata.

- ¿Sabes algo?

- Nada, capi… No han soltado prenda…

- ¿Ni quien es? ¿O…. Algo? – insistió intrigado.

- Nada de nada, capi… – aseguró arreglándose las gafas rojas que llevaba aquel día.

- Vamos, no les hagamos esperar. ¿Dónde están, Vicki? – Preguntó Alicia.

- En la sala de juntas.

Aceleraron el paso a través del largo pasillo enmoquetado hasta detenerse frente la puerta. Estrada tocó dos veces con determinación. Se puso la americana con rapidez y esperó impaciente.

- ¡Pasen! – gritaron desde dentro.

Abrió la puerta y dejó que Alicia entrara primero.

Los dos hombres esperaban sentados frente una gran mesa ovalada de caoba. Y al parecer hacía rato, por la actitud de impaciencia que mostraban.

- Buenos días, señor teniente coronel. Señor ministro – saludó Alicia con educación.

- Buenos días Alicia, querida. Capitán Estrada, por favor… pasen y siéntense – pidió el Teniente Coronel con amabilidad y una amplia sonrisa.

- Gracias, teniente coronel. Señor ministro – el ministro de asuntos exteriores no dijo nada, se limitó a hacer un gesto a modo de saludo con la cabeza sin mover ni un solo músculo de la cara.

Se sentaron envueltos por un silencio sepulcral roto solamente por el inevitable ruido de las sillas al sentarse.

- Lo que ahora voy a contarles es información reservada, por lo menos por el momento. ¿Queda claro? – dijo levantando las cejas emblanquecidas por la edad.

- Naturalmente Juan, sabes que puedes confiar en nosotros. – Aseguró Estrada espontáneamente.

- Lo sé – hizo una pequeña pausa – el señor ministro ha solicitado que lleves tú personalmente este caso – el hombre asintió en silencio con el semblante completamente rígido, casi petrificado – se trata de un tema delicado… Bueno, creo que es mejor que te exponga él mismo el problema.

- Gracias, teniente coronel Sánchez. Como bien ha dicho usted, se trata de un tema un poco delicado. Conozco su trayectoria, capitán Estrada y sé que si hay alguien capaz de resolver este embrollo, ese solo puede ser usted – aseguró señalándole con el

dedo índice.

- Le agradezco los cumplidos, pero no es usted mi tipo, señor ministro… – bromeó con sarcasmo intentando parecer gracioso.

- ¡Estrada! – gimió el teniente coronel por lo bajo.

-Tranquilo, conozco el carácter del capitán Estrada – mostró media sonrisa y tomó un poco de agua del vaso que tenía enfrente – Como le iba diciendo, el tema es un poco delicado. Ha sido secuestrada la hija del embajador de la república de Perú en Barcelona, con quien mantengo una amistad personal desde hace muchos años. El señor Palacios perdió a su esposa cuando su hija nació, de hecho falleció en el parto. En aquel momento, yo estaba destinado en nuestra embajada en Lima y él era el ministro de asuntos exteriores… ¡Que ironía! La misma situación que ahora pero al revés – dijo un tanto emocionado por el recuerdo. A pesar de ello, su cara continuaba estática.

Durante las pausas que hacía el ministro al contar la historia, el silencio era absoluto. Nadie se atrevía a decir nada esperando a que continuara.

Intentó sin éxito recolocarse el puntiagudo flequillo canoso que casi de inmediato volvió a quedar como estaba y continuó el relato – Hacía poco que a mi esposa le había arrebatado la vida un cáncer de mama, y lo cierto es que quizás, con este drama como punto de unión, entablamos una amistad. Marisa no me pudo dar un hijo. Cuando planeamos tenerlos fue cuando le diagnosticaron la enfermedad, y decidimos aplazarlo hasta que terminara el tratamiento de quimioterapia. Un tratamiento que por desgracia nunca terminó, ya que la muerte la sorprendió antes.

De nuevo, el silencio absoluto se apoderó de la sala de juntas hasta que Estrada empezó a hablar.

- Lo lamento, señor ministro. Mi esposa, me refiero a la madre de mi hija, Alicia es mi segunda esposa – aclaró – también murió prematuramente.

- Lo sé, capitán Estrada. Conozco su trayectoria. Al fin y al cabo, ¿Quién no conoce al capitán Estrada?

- La gente tiende a exagerar las cosas, señor ministro – dijo quitándose importancia.

- Por favor, llámeme Ernesto.

- De acuerdo, Ernesto. Y dígame, ¿Esa niña es la típica malcriada?

- ¡Fermín! – exclamó Alicia tras propinarle un codazo.

- Tranquila, señorita Canales – dijo tras esbozar una nueva media sonrisa.

- Bueno… yo quiero decir… que si es de esas chicas a las que su

padre le lo permite todo ante la falta de la figura materna… Yo también tuve que educar a mi hija solo y sé por experiencia lo complicado que nos resulta a nosotros criar a una hija sin una madre…

- Tiene usted razón, Estrada… – levantó la mano intentando quitarle importancia a la forma en que se había expresado – entiendo su pregunta, y la respuesta es no. No es una niña malcriada, como usted dice. Marisa es una niña muy educada, va a uno de los mejores colegios de Barcelona, igual que cuando vivían en Lima. Toma clases de violín, danza, habla cuatro idiomas… aprendió catalán en solo seis meses… es una chica muy inteligente, siempre saca las mejores notas…

- Bueno, señor ministro… Don Ernesto… usted sabe que a veces… detrás de la fachada de buena estudiante, incluso de familia perfecta, pueden esconderse otras cosas.

- Capitán Estrada… puedo asegurarle que ese no es el caso. Marisa es una niña excepcional. Doy fe de ello – respondió en un tono prácticamente plano.

- ¿Cómo puede estar tan seguro? A veces las apariencias engañan.

- Ya le he dicho que mantengo una relación muy estrecha con la familia. A demás soy el padrino de la niña. Para mi es como una hija, esa hija que nunca pude tener con mi esposa – afirmó con la mirada perdida en el fondo de la sala.

- Está bien, Ernesto. Entonces, ¿cuál cree que puede ser el móvil del secuestro?

- Con seguridad no lo sabemos, aunque hemos barajado varias hipótesis.

- ¿Y cuáles son? – preguntó jugando con un bolígrafo que sujetaba entre los dedos.

- Bien… como ministro de asuntos exteriores puede haber algún interés internacional, como es lógico, pero sería una venganza un tanto tardía.

- ¿Cuánto hace de aquello?

- Yo creo… unos diez años – dijo intentando recordar.

- Hay perfiles que guardan la venganza durante muchos años. – aseguró Alicia.

- Si, es cierto, pero la verdad es que es algo que descartamos. Durante su gobierno no hubo incidentes de relevancia que pudieran justificar una acción de tal calibre, y menos aún tanto tiempo después, aunque no negamos que el origen pueda ser Perú.

Estrada empezó a dibujar una pequeña casa en una de las esquinas de la hoja en la que había ido tomando notas.

- Entonces, según usted, ¿No hay ninguna razón directa?

- Supongo que debe haberla, no obstante quien mejor puede responder a sus preguntas es el propio embajador.

- Cierto – asintió – Creo que es el momento de ir a hablar con su amigo, Ernesto.

- Estoy de acuerdo, pero antes quisiera pedirle algo.

- Usted dirá – dijo reclinándose en el sillón de piel negra.

- Como ha podido observar, esa niña es algo muy especial para mi. La quiero como si fuera mi propia hija. Le pido que haga todo lo posible por recuperarla.

- Jod… – dijo mirando de reojo a Alicia, temiendo otro codazo. ¡Siempre hago todo lo posible por resolver mis casos! Don Ernesto.

- Lo sé, lo sé… no he querido ofenderle, capitán… solo que… no sé que haría si le ocurriera algo a esa niña – reconoció completamente consternado.

- Señor ministro, estoy segura que Estrada encontrará a Marisa. – dijo Alicia para tranquilizarle.

- Gracias señorita Canales. También quería pedirles discreción. No creo que sea indicado que la prensa esté al corriente, por lo menos de momento. Es algo que he hablado con el teniente coronel y opina que es mejor para la investigación mantener a la prensa alejada. Al menos por ahora – el teniente coronel Juan Sánchez asintió en silencio.

El ministro se puso en pie, y tras él los demás.

II

El embajador Javier Wilmer Palacios Pinto, un hombre de mediana estatura, tez morena y carácter bastante reservado, había fijado su residencia, pagada por el gobierno de la república del Perú, naturalmente, en uno de los mas distinguidos barrios de la ciudad condal. La elección no había sido por casualidad, si no impuesta por aquellos que pensaban que un embajador, era alguien ampliamente distinguido que debía denostar una opulencia acorde al puesto que desempeñaba, y por que no, a veces intentar aparentar una exuberancia impropia y alejada de la realidad.

Sea como fuere, si había algún país en América latina que había crecido de forma extraordinaria en los últimos años, sin duda era Perú, a pesar de que las diferencias socioeconómicas entre sus ciudadanos continuaban siendo mas que notables. Para algunos era necesario intentar demostrar esa opulencia, incluso de forma desproporcionada.

Al llegar a la finca, que ocupaba la mitad de una manzana, vieron que había un vehículo detenido sobre la acera, a medio camino de la calle. El sol se reflejaba sobre el techo como si fuera un espejo. Alicia cerró los ojos por un momento cuando un reflejo impactó de lleno sobre su rostro. Buscó en su bolso y se colocó unas gafas de sol.

Estrada, que encabezaba la marcha de vehículos oficiales, detuvo su coche a la altura de la puerta del garaje, en la acera contraria y bajo la sombra de un platanero, árbol típico de Barcelona.

Se apeó del vehículo, observó el coche de la entrada y no tardó en percatarse de algo de lo que no le habían hablado. Algo que lo enfureció bastante.

- Que cojones… ¿Eso es un cadáver? – preguntó de forma retórica cerrando la portezuela de su coche de un golpe.

- Sí, capitán. He preferido dejar los detalles para la escena del crimen.

- ¿Detalles, dice? Don Ernesto, esto es un hombre muerto, ¡por Dios! – afirmó gesticulando con energía mientras dirigía la mirada al cielo.

- Llamaré a mi equipo – dijo Alicia marcando el número en su teléfono móvil.

- ¿Cuándo ha ocurrido todo esto?

- El embajador me llamó alrededor de las diez y media de la noche aproximadamente.

- ¿Y hasta las seis de la mañana no se le ha ocurrido a nadie avisarme?

- Vine aquí enseguida, capitán. Javier estaba aterrado, fuera de si… me pidió consejo. Llamamos a Lima para pedir asesoramiento y nos dijeron que se pusiera en contacto con las autoridades del país – pasó la mano por su avanzada calvicie intentando encontrar las palabras justas para que el cabreo de Estrada disminuyera – Hizo llamadas a algunos contactos, y al servicio de seguridad de la embajada, pero nadie sabía nada… nadie pudo darle pista alguna del paradero de la niña. Ni de la razón de todo esto.

- Está bien, Ernesto… No piense más en ello. ¡Pero no vuelva a esconderme información… ¡o a obviarla, joder! – renegó mientras se alejaba camino al vehículo.

- Yo no soy su padre, Estrada, pero si le ocurre algo a esa niña… – dijo intentando seguirle de cerca.

Estrada se detuvo de pronto.

- La encontraremos – le dio una afectuosa palmada en la espalda y le invitó a caminar a su lado – pero no vuelva a engañarme – añadió.

La puerta de la salida de vehículos era bastante ancha, unos tres o cuatro metros y estaba abierta. El coche, un Mercedes Benz de la case “S” estaba detenido a medio camino de la calle, justo en el recorrido de aquella gran puerta blanca corredera.

El sol, a pesar de estar aún en horas bajas, apenas eran las diez y media, calentaba lo suficiente para prever que el día iba a ser insoportable, una vez mas.

Estrada sacó el teléfono móvil del bolsillo interior de su

americana y marcó el número de la central.

Pidió la presencia de varias unidades para que cortaran la calle y alejaran a los curiosos.

Aquella zona no era especialmente transitada, y menos aún en pleno mes de agosto. Los residentes estaban de vacaciones en otras latitudes y los turistas se concentraban en el centro de la ciudad para visitar la majestuosidad de la Sagrada Familia, la catedral, las Ramblas, el paseo de Gracia… A pesar de ello, Estrada prefirió mantener alejados a los curiosos, pero sobretodo a la prensa, tal y como prometió al ministro que haría.

Entraron en la finca, rodeando el lujoso coche negro. Estrada echó un rápido vistazo a través de la ventanilla del acompañante.

Dentro había un solo cuerpo que reposaba ladeado y sin vida sobre la consola central con un visible disparo en la sien. La ventanilla estaba manchada de sangre y había cristales rotos sobre el cadáver y seguramente también en el suelo, sobre la alfombrilla, aunque desde su posición no pudo verlos.

Junto la puerta de entrada, en la parte derecha, había una caseta de unos quince metros cuadrados donde se alojaba el control de seguridad. Una amplia cristalera permitía la identificación de cualquier vehículo o transeúnte que quisiera entrar o salir de la finca.

- Entremos en la casa, capitán – pidió el ministro indicándole el camino.

Frente a ellos y a unos cincuenta metros, una pequeña glorieta que los vehículos debían rodear para llegar a la casa hacía las veces de decoración y ocultación de la entrada principal del pequeño palacete, que de tal forma quedaba lejos de la vista de los transeúntes cuando la puerta de acceso de vehículos estaba abierta; una forma elegante de proporcionar cierta intimidad a la casa.

Tomaron el camino de la derecha hacia la entrada principal.

Al llegar a la altura de la rotonda, Estrada pudo observar la majestuosidad de aquel edificio de finales del siglo XIX.

En la planta baja, un porche de estilo romano hacía las veces de entrada, junto al cual había dos grandes ventanales de madera que le daban un aspecto de gran estofa.

La primera planta, en la que sin duda se alojaban los dormitorios, había otros dos ventanales perfectamente alineados con los de la planta baja y una puerta que daba acceso a la terraza que se formaba en el ajarafe del porche.

La última planta era una buhardilla dada la pequeñez de sus

ventanucos, que también eran de madera. Los muros exteriores, de cemento alisado de un color gris amarronado, le conferían un aspecto regio, señorial y distinguido, algo que solamente por su estilo y diseño arquitectónico ya era más que suficiente.

Antes de tomar el camino que definitivamente les llevaría al porche y a la entrada de la casa, pudo ver a lo lejos, a la derecha, una piscina rodeada por cuatro sauces que le conferían cierta intimidad.

Cuando llegaron a la casa, el ministro Paredes tocó el timbre y esperó. Casi inmediatamente, un hombre vestido con un elegante traje negro abrió la puerta.

- Buenos días, Thomas.

- Buenos días señor ministro. El señor embajador les espera en el salón – se apartó de la puerta para que pudieran entrar, sin añadir nada mas ni tensar un solo músculo de su rostro.

- Usted primero, capitán Estrada – pidió amablemente el ministro

- Yo me quedaré aquí esperando a mi equipo – dijo Alicia colocando uno de sus rizos tras la oreja.

- Está bien. Yo iré a hablar con el señor embajador.

Entró en la casa y tras él, el señor ministro.

El recibidor era bastante amplio y luminoso. A la derecha, una escalera de caracol con los peldaños de piedra y una barandilla forjada de hierro viejo conducía a la planta superior. Frente a él, una gran puerta de madera noble y grandes cristales se ajustaba perfectamente al techo bóvido e irregular.

- Pase capitán, el embajador nos espera en el salón – abrió la puerta acristalada y esperó a que pasara.

Entre la puerta y el salón había una antecámara con una gran alfombra persa, dos silloncitos de madera y numerosas obras de arte y cuadros por todas partes.

- Siempre he pensado que este tipo de tapices no deberían ser pisados – objetó el ministro paredes deteniéndose ante la alfombra. La rodeó y siguió camino hacia el salón. Estrada hizo lo propio y pasó por el lado izquierdo.

Al llegar al salón, Estrada vio un hombre sentado en una pequeña terraza interior con la mirada perdida a través de la gran ventana.

El ministro Paredes tocó la puerta acristalada dos veces. El embajador, al verles, se puso lentamente en pie e indicó con un ademán que entraran.

El embajador Javier Wilmer Palacios Pinto era un hombre de mediana edad, pelo negro como el azabache con algunas canas en los lados, estatura mas bien baja y tez morena.

- Javier, te presento al capitán Fermín Estrada, jefe de la Interpol en Barcelona.

- Capitán, celebro conocerle, Ernesto no hace mas que elogiarle… – admitió con la mirada perdida.

- Señor embajador, es un placer conocerle. Lamento que sea en estas circunstancias – apretó su mano con determinación.

- Es natural… no se preocupe… – respondió de forma cortés.

- Si hay alguien capaz de resolver todo esto, sin duda es Estrada – aseguró el ministro Paredes con una forzada sonrisa.

- Haré lo que pueda, señor ministro… – admitió con modestia – ¿Dónde le parece que podemos empezar el interrogatorio? Quiero decir… la entrevista – corrigió enseguida. El embajador estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta del error, o quizás no quiso darle importancia.

- Aquí mismo, si le parece.

La terraza interior apenas ocupaba siete o diez metros cuadrados. El ventanal, que ocupaba casi la totalidad de la pared exterior, le proporcionaba una luminosidad privilegiada.

En el centro había una sencilla mesa blanca de jardín de estilo victoriano y cuatro sillas de hierro forjado a juego, dos junto a la mesa y otras dos junto a la pared de la ventana.

- Por favor, siéntense – pidió el embajador con un hilo de voz.

Los tres tomaron asiento en silencio.

- Señor embajador, quizás deba hacerle algunas preguntas incómodas – el embajador levantó la mano e hizo un gesto indicando que lo comprendía – Está bien. ¿Cómo definiría a su hija?

- ¿A qué se refiere, capitán?

- Quizás no me he expresado bien – buscó en el bolsillo interior de la americana y sacó su inseparable bloc de notas – Me refiero a cómo cree usted que es su hija. Como la ve.

- Bien… yo creo… Marisa es… es una niña… bueno… a los dieciséis años ya no le gusta que le llame niña…

- Marisa es una chica normal, capitán. Es una buena estudiante, educada… – intervino el ministro Paredes al ver que su amigo era incapaz de contestar a la pregunta.

El embajador continuaba con la mirada perdida.

- ¿Quiere usted decir que es la hija ideal?

- Seguramente no es la hija perfecta, capitán – continuó el ministro Paredes. – Pero estoy seguro que para muchos podría ser la hija ideal. – Admitió con orgullo.

- Don Ernesto, soy padre y por experiencia sé que a veces la imagen que tenemos de nuestros hijos no es la que mas se ajusta a la realidad.

- Marisa no es una hija rebelde, si es a lo que se refiere. Saca buenas notas, va a clases de violín y piano, danza clásica, habla cinco idiomas… – dijo el embajador.

- Seis Javier, no te olvides que habla catalán perfectamente. Lo aprendió en seis meses…

- ¡Joder! parece una niña prodigio… – exclamó Estrada mientras iba tomando notas.

- Lo es… y no lo digo por que sea su padre, capitán…

- Así es, Estrada… todo el que conoce a Marisa sabe que es una niña especial.

- Dejando el asesinato de su chófer a parte, ¿Cree que puede ser una desaparición voluntaria?

- Lo dudo Capitán.

- Quizás se sentía agobiada con tanto violín…

- No es el caso. Cuando llegamos a Barcelona, me pidió enseguida que le buscara un profesor de violín y piano… solicitó ella misma proseguir con sus clases de danza clásica…

- Menudo aburrimiento… ¿es que no sale? ¿No tiene amigos?

- No todos disfrutamos con los mismos divertimentos, capitán Estrada – dijo con cierto tono de irritación.

- ¡Jod…! no pretendía ofenderle, señor embajador… solo intento encontrar una conexión.

Una empleada con uniforme de servicio entró en la terraza.

- Disculpe señor embajador. Señor ministro – saludó haciendo casi una reverencia – ¿Desean tomar algo los señores?

- ¿Desea tomar algo, capitán Estrada?

- Ya he desayunado, muchas gracias – se recostó en la silla. Al darse cuenta que se le clavaba uno de los hierros en la espalda, volvió a erguirse de inmediato.

- Yo tampoco deseo nada, Javier.

- Puedes retirarte, María.

La mujer, de unos cuarenta y cinco años, estatura media y rasgos latino americanos salió sin decir nada.

- ¿Por dónde íbamos? – preguntó el embajador – Si… Marisa. Disfruta con otras cosas… y sí tiene amigas – afirmó con rotundidad - Hay una niña… ¿Cómo se llama Ernesto?

- ¿Quién?

- La de danza… esa alta y desgarbada…

- Ah si… ¡pero no es una niña…! – rió el ministro Paredes.

- Si… supongo que uno no se da cuenta de que se van haciendo mayores… – admitió con voz quebrada.

El ministro Paredes puso la mano sobre la suya.

- No debes preocuparte, todo saldrá bien. Carolina. Se llama Carolina.

- ¿Sabe el apellido, don Ernesto?

- No recuerdo… – admitió pensativo – Es algo… illo… millo… jaraillo…

- ¡Jaramillo…! Carlota Jaramillo – respondió el ministro Paredes.

- Es verdad. La hija del multimillonario de las cremas esas… Soy un desastre para los nombres, capitán…

- Lo comprendo, señor embajador… Las circunstancias tampoco ayudan. Necesitaré la dirección de esa joven. Quizás sepa algo…

- Si… naturalmente…

El teléfono de Estrada sonó. Se disculpó y salió de la terracita para atender la llamada.

- Los técnicos ya han llegado. Habrá que esperar al juez para el levantamiento del cadáver, pero ya han empezado la instrucción previa con la secretaria judicial – dijo al volver.

- Ese chófer llevaba conmigo veinte años… Le ofrecí venir conmigo desde Lima – lamentó con la mirada perdida al final de la terraza.

- ¿Le conocía bien?

- Perfectamente, capitán Estrada – contestó el embajador pausadamente – A él y su familia.

- ¿Cree en la posibilidad de que pudiera estar implicado de algún modo?

- ¡Pero si le han asesinado!

- No se imagina la de cómplices en delitos que acaban como su chófer: una discusión de última hora, o simplemente la eliminación de elementos molestos, pruebas o posibles “cantores”.

- No… Manuel no… es imposible. Le conozco hace muchísimos años. Es improbable que se hubiera vendido… – afirmó negando varias veces con la cabeza

- Pongo la mano en el fuego por él, capitán – aseguró el ministro Paredes – Le conozco de cuando estuve en la embajada de Lima y le aseguro que ese hombre adoraba a la niña.

- Está bien… – Dijo Estrada chupando el pulsador del bolígrafo – ¿Hay alguien nuevo en la casa?

- Nuevo no – respondió con determinación.

- ¿De hace seis meses?

- No… no tenemos personal nuevo. Todos llevan tiempo con nosotros…

- ¿Quizás alguien que lleve alrededor de un año?

- Deje que piense – pidió el embajador acariciando su frente con

las yemas de los dedos.

- La institutriz, Javier… ¿No vino hace un año? – aportó el ministro Paredes.

- ¡Si! – afirmó alargando la i y abriendo mucho los ojos – Es cierto… esa chica hará mas o menos un año que vino… cuando la anterior se marchó… Francesca. Francesca Peralti. Una joven italiana de la toscana. De un pueblecito cerca de Florencia.

- ¿Se marchó por causa convincente?

- Si, completamente. Se fue por que se iba a casar. Conocí al novio e incluso nos invitó a la boda.

- ¿Fueron?

- Naturalmente. Fue muy divertida. Marisa nunca había estado en Italia y aprovechamos la ocasión para visitar la zona.

- ¿Y la chica nueva? ¿Qué puede decirme de ella?

- El servicio de seguridad de la embajada siempre comprueba los antecedentes de todo el personal. Lo cierto es que la muchacha tiene un buen currículo. Lo tengo en el despacho, en el archivo, pero creo recordar que se licenció con honores en Harvard, en literatura inglesa… – hizo una pausa para tomar aire – Recuerdo que me impresionó bastante… Sabía varios idiomas y también aprendió violín de niña.

- Vaya… otra niña prodigio… – sonrió Estrada.

- Nos pareció perfecta – admitió buscando la complicidad del ministro.

- Si, lo cierto es que parecía ideal. Recta y disciplinada.

- ¿Quizás esa disciplina podría ser la causa de su desaparición?

- No lo creo – contestó el ministro – Como ya le dije capitán soy su padrino. Nos llamábamos casi cada día e incluso me contaba cosas que no le contaba a su padre – dijo con una sonrisa. – Creo que hacía un poco el papel de madre – admitió divertido.

- Tendré que hablar con esta señorita. ¿Su nombre?

- Cristine Neighborhood.

- ¿Ha venido hoy a trabajar?

- Vive aquí, capitán.

- ¿Y está aquí ahora mismo?

- Por supuesto. He estado con ella antes de que usted llegara.

- Está bien.

Tomó el teléfono de nuevo y dio instrucciones para que nadie entrara ni saliera de la propiedad.

- Creo que por ahora esto es todo, señor embajador. Si necesito algo mas sé donde encontrarle – dijo poniéndose en pie.

- ¿Qué va a hacer ahora, capitán Estrada? – preguntó el embajador.

- ¡Mi trabajo! – exclamó espontáneamente.

- No, capitán – rió el ministro Paredes – Lo que Javier quiere saber es cual será el siguiente paso en su investigación.

- Señor embajador, si le cuento el final, no habrá suspense…

- No sé como puede bromear en una situación como esta…

- Estar tenso no me ayudará a resolver este embrollo.

- Está bien, disculpe capitán… debe comprender… – intentó justificarse.

Estrada puso su mano sobre el hombro del embajador.

- Señor embajador, encontraré a su hija – afirmó completamente serio.

Tomó el camino de regreso y salió al porche. Se apoyó en una de las columnas y observó la finca. La gran rotonda confería cierta intimidad gracias a la vegetación. Apenas se veía la puerta principal y mucho menos la calle. Solamente era visible el puesto de seguridad si oteabas poniéndote de puntillas. El resto eran arboles, césped y zona ajardinada.

III

El sol amenazaba una vez mas con volver a no dar tregua aquel día. Estrada se aflojó el nudo de la corbata, miró el brillante astro y tras armarse de valor se dirigió hacia la entrada entre reniegos.

- ¡Puto calor!

- ¡Capitán! – gritó Matías Lorente, el ayudante del forense al verle.

- Maldito calor de los cojones – volvió a renegar al llegar junto al coche.

- Si, capitán… parece que el día se avecina como el de ayer…

- ¿Qué tienes? – preguntó señalando el cadáver del Mercedes.

- Por el momento no mucho. No hay muchas huellas en el interior del vehículo a parte de las del conductor y la niña. El exterior es distinto, hay bastantes. Ya las he mandado a la central para que las cotejen en el AFIS.

- Bien hecho, este caso es prioritario. No quiero pruebas en el montón de espera del laboratorio.

- Tranquilo, jefe – levantó el pulgar – Como puede ver, la causa preliminar de la muerte es un disparo en la cabeza.

- ¿Preliminar? ¡Pero si tiene medio cerebro en la ventanilla del acompañante… – rió divertido.

- Si… bueno, ya sabe que hasta que no hagamos la autopsia…

- Sigue, muchacho, que no te enteras… – volvió a reír.

Matías Lorente hizo caso omiso a su comentario y continuó con el informe.

- He encontrado algunas fibras en la puerta trasera izquierda,

pero debo averiguar si son de la ropa que llevaba la niña o de uno de los secuestradores.

- ¿Algo más?

- Nada mas de momento.

- Está bien. Procesa la zona exterior. Diez metros a la redonda y empujad el coche dentro de la finca para que podamos cerrar la puerta.

- Como mande, capitán – dijo educadamente.

- Buen trabajo. Este caso va a ser complicado…

Le dio una palmada en la espalda y se marchó al puesto de seguridad.

La construcción estaba justo en el lado derecho de la salida. Era una pequeña caseta de unos tres metros por dos y un ventanal desde el que se podía ver todo el que entraba y salía de la finca. Se acercó al cristal e indicó a los de dentro que salieran. La puerta blindada se abrió y salió un hombre de media estatura, delgado y con barba de dos o tres días.

Sin el uniforme, jamás hubiera pensado que se trataba de un guardia de seguridad privada, por su aspecto delgaducho y enclenque.

- Buenos días, soy el capitán Fermín Estrada – afirmó mostrando la placa.

- Buenos días capitán – dijo el hombre con voz afónica.

- ¿Qué puede contarme?

- Todo fue muy rápido… casi no pudimos reaccionar.

- ¿Cuántos eran?

- No puedo decirlo con seguridad…

- ¿Dos? ¿quizás tres?

- Déjeme que piense… – cerró los ojos un par de segundos e intentó recordar la escena – Creo que dos. Uno bajó de una furgoneta negra por la puerta corredera.

-¿Le vio bajar?

- No… no lo recuerdo… es decir… le vi subir luego… – afirmó con voz temblorosa – De eso si estoy seguro.

- Está bien, no se ponga nervioso. Nadie le está pidiendo responsabilidad sobre esto. Sé como son estos casos, te pillan desprevenido y sin tiempo para reaccionar. ¿Dónde estaba usted en ese momento?

- En la sala de control. Las cámaras habían dejado de funcionar un momento…

- ¡Mierda! – interrumpió Estrada de pronto – ¡No me joda que no hay imágenes!

- No, capitán… todas las cámaras dejaron de transmitir de

pronto, y mientras estaba intentando solucionar el problema fue cuando ocurrió todo. Estuve revisando el controlador de imagen y luego el panel de control intentando averiguar que ocurría. Entonces abrí la puerta para que saliera el coche con la señorita Marisa para ir a sus clases de piano. El Mercedes arrancó y aparté la mirada para continuar buscando el fallo de las cámaras… y… de pronto entró un sujeto y disparó al conductor. El coche se detuvo de pronto, se caló el motor. Entraron dos hombres mas, abrieron la puerta del acompañante y sacaron a la niña a la fuerza.

- ¿Recuerda si hubo disparos?

- No recuerdo haber oído nada… ni siquiera los disparos que mataron al chofer.

- Pero se refiere a ellos como “disparos”, en plural.

- Ya le he dicho que todo ocurrió muy rápido. Los disparos no pude oírlos… o el disparo… – volvió a cerrar los ojos por un momento – Recuerdo… un destello… solo eso…

- ¿Y permaneci
ó todo el tiempo aquí dentro?

- Si, es decir… todo fue muy rápido… cuando salí ya casi había terminado todo… el hombre que había disparado ya había subido a la “frugoneta” y los otros dos forcejeaban para introducir a la niña en los asientos traseros.

- ¿Usó su arma?

- No me atreví. Es decir, el que estaba en la “frugoneta” me apuntó con el arma cuando salí de la sala de control. No me atreví a moverme… y a demás… podría herir a la chiquilla…

- No se preocupe… yo hubiera hecho lo mismo…

- ¿Y luego que pasó?

- Cerraron las puertas de la “frugoneta” y se marcharon.

- ¿Algo mas?

- Hay una cosa… bueno dos en realidad – dijo con voz ronca – La primera es que me extrañó que la señorita Marisa viajara sola aquel día.

- ¿Sola? ¿Con quien solía ir?

- La señorita Marisa nunca viajaba sola. Siempre iba acompañada por su padre, el señor embajador o por la señorita Cristine.

- ¿La institutriz?

- Si, si… la señorita Neigbor… lo que sea…

- Neighborhood.

- Eso… yo es que de idiomas…

- No se preocupe… – Dijo Estrada frunciendo el ceño mientras apuntaba en su blog de notas.

- ¿Y la segunda?

- ¿La segunda qué?

- ¡Joder! No me dijo que había dos cosas…

- ¡Ah, si…! Disculpe capitán… estoy un poco nervioso… La segunda es que las cámaras volvieron a funcionar cuando se marcharon. Casi al momento.

- Está bien… ¿Alguna cosa mas?

- Creo que no, capitán Estrada…

- De acuerdo. Si recuerda algo mas, llámeme – sacó una tarjeta del bolsillo de su camisa y se la entregó.

- Dígale a su compañero que salga.

- Oh, mi compañero no estaba ayer. Era su día festivo. Yo estuve solo durante mi turno.

- ¿Cuántos son?

- Ocho entre todos los turnos. Pero ayer no se presentó el chico nuevo.

- ¿Un chico nuevo? ¡Y cuando cojones pensaba decírmelo! – exclamó de pronto.

- Bueno, capitán… – empezó a disculparse, pero Estrada le cortó de pronto.

- Está bien… ¿Cómo se llama el que no se ha presentado?

- Juan Valdez.

- ¿Cómo el del café?

- No… el del café es Valdés, con s. No se cansaba de repetirlo… – recordó hastiado.

- ¿Tiene sus señas?

- Yo solo tengo su teléfono móvil. Su dirección la tienen en la central, se la consigo en un momento, deje que llame.

- Espere, ¿Cuándo fue la última vez que le vio? – le asió del brazo para que no se marchara.

- Mmm… Anteayer por la tarde, al terminar su turno. Se fue a su hora como siempre.

- Pasaré dentro de un rato, espero que tenga esa información para entonces.

- ¿Dónde puedo encontrar a la señorita Neighborhood?

- En su habitación. En la primera planta. Es la habitación contigua a la de la señorita Marisa.

- Ok. Hasta luego.

- Tendré eso cuando vuelva… – dijo mientras lo veía alejarse.

Echó un vistazo y vio que estaban montando una carpa para ocultar el vehículo y trabajar mejor protegidos del bochornoso sol.

De camino a la casa, se cruzó con Alicia, que iba hacia el puesto de control.

- Los técnicos están procesando la casa – afirmó la mujer.

- Que peinen la habitación de la institutriz.
- ¿Qué deben buscar?
- Huellas de terceros, principalmente.
- ¿Tienes alguna sospecha?
- Aún no la he interrogado, pero me resulta extraño que no la acompañara aquel día en el coche. Según el guarda de seguridad nunca viajaba sola, y curiosamente ese día, nadie la acompañaba. El ministro y el embajador por supuesto están descartados de toda sospecha… El embajador no tiene un móvil y el ministro es como si fuera su segundo padre. No le creo capaz…
- Le diré a Victoria Sardá que investigue su teléfono móvil.
- Ok. Que pinchen también el de la casa y el móvil del embajador. Avisa al ministro antes de dar la orden a Vicky.
- Está bien…
- No quiero problemas con estos burócratas…
- Tranquilo, no los tendrás.
- Ya que vas a llamar, dile a Vicky que organice la protección del embajador. Piso franco y esas cosas…. Me da igual lo que diga el ministro.
- Eso va a traer complicaciones, ya lo sabes.
- ¡Me importa un huevo, Alicia! Ya sabes que en cuestión de seguridad tengo carta blanca – no soportaba la burocracia, y mucho menos tratar con burócratas. Era algo que le ponía de mal humor.
- Lo sé, pero… ¿Algo mas? – preguntó irritada.
- Por ahora no. Voy a interrogar a esa institutriz… – dijo de mal humor.
- Ok. ¿Irás a comer?
- No lo sé… creo que mandaré a alguien a por un bocadillo.
- Pues que sean dos. Avísame para comer contigo.
- Hasta luego – levantó el pulgar al marcharse.

IV

La puerta de la casa estaba abierta. Uno de los técnicos había embarrado el tirador y el timbre con polvos reveladores de huellas con la esperanza de encontrar alguna que pudiera identificar a los secuestradores o a algún cómplice.

- Buenos días, Jon.

- ¿Buenos días? Hoy que era mi día libre y me hacen venir aquí… – Se quejó con el deje típico de los vascos.

- No te quejes, joder… A mi me han levantado a las seis de la mañana…

- A esa hora me levanto yo todos los días para ir a trabajar… – dijo de mal humor.

- Joder… a esa hora yo me levanto a mear y vuelvo a la cama… – le espetó divertido – ¿Sabes dónde está la señorita Neighborhood?

- Arriba, en su cuarto… – respondió concentrado en esparcir bien el polvillo negro.

- Gracias, Jon – entró y se dirigió a las escaleras de piedra que subían al primer piso.

- Y el tío se queja por que le han levantado a las seis. ¡Ahí va la ostia! – murmuró. Estrada, que solo se había alejado un par de pasos y le oyó perfectamente, no pudo contener una sonrisa.

Las escaleras le llevaron a una antesala en la que había un sofá de dos plazas color crema ante una amplia ventana, a la derecha, y dos sofás enfrentados tipo futón sin apoyabrazos con unos cojines cilíndricos como complemento de decoración, a la izquierda. Diversos cuadros modernistas de tamaños y formas distintas

terminaban de decorar las paredes casi hasta el techo.

A continuación, un arco cuadrado daba la entrada al que sin lugar a duda era el despacho del embajador Palacios. A derecha e izquierda, dos librerías decoradas de forma minimalista y al fondo, frente una ventana que ocupaba la totalidad de la pared, un amplio escritorio de madera noble tan pulida y brillante que costaba mirarla directamente. Frente la mesa dos sillones de una plaza.

Cuando Estrada llegó a la antesala, no tuvo duda alguna de quien era Cristine Neighborhood. La mujer estaba sentada en el sofá de dos plazas leyendo una revista de moda que había cogido de la pequeña mesa que había a su lado. Cuando advirtió su presencia, simplemente miró un momento por encima de la publicación, arqueó una ceja y continuó leyendo con indiferencia.

- ¿Señorita Neighborhood? ¿Cristine Neighborhood?

- ¿En qué puedo ayudarle? – preguntó casi sin inmutarse.

- Soy el capitán Estrada, de la policía.

- ¿Y que desea, capitán Estrada? – preguntó de nuevo sin apartar la mirada del semanario.

- En primer lugar que deje la revista y me preste atención – ordenó con severidad.

Bajó la revista lo suficiente para que se le viera la cara y volvió a arquear la ceja mientras observaba a Estrada de arriba a bajo con sus grandes ojos azules.

- Déjela en la mesita que tiene al lado – insistió Estrada.

Dobló la revista y la dejó en la mesita. Lentamente.

Su pelo largo, dorado y convertido en una improvisada cola de caballo, descansaba con estilo sobre una vaporosa blusa blanca que insinuaba un sostén negro. La falda de tubo la obligaba a sentarse ladeada en el sillón, en una postura que no parecía muy cómoda pero que sin duda mantenía el glamour que deseaba aparentar.

- Viste usted muy elegante, para ser una niñera – dijo tras observarla por completo.

- No soy una niñera, capitán Estrada. ¡Soy una institutriz! – reclamó con intención mientras levantaba un dedo.

Estrada sacó su blog y se sentó en el futón que tenía al lado.

- ¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí, señorita Neighborhood?

- Un año, mas o menos.

- ¿Había trabajado antes de institutriz?

- No. ¿Quiere mi currículum? – preguntó desafiante arqueando de nuevo una ceja.

- No es necesario, ya dispongo de él, muchas gracias. ¿Cómo describiría a la señorita Marisa?

- Todo el mundo la adora – reconoció con indiferencia – Es

buena estudiante, le gusta la música clásica, toca el piano y el violín, hace danza clásica…

- Me refiero a su carácter. Supongo que, a parte de su padre, usted es una de las personas que mejor la conoce.

- Bien… tiene buen carácter. Es risueña, feliz…

- ¿Tiene muchos amigos?

- Los del instituto, supongo – hizo una pausa – También está Carlota, que es amiga suya de danza y Michelle, de piano.

- El apellido de Michelle lo conoce?

- Schneider. Es alemana, su padre es el embajador de Alemania en Barcelona.

- Ya… – dijo mientras apuntaba en el blog.

- ¿Y algún amigo especial?

- No. De eso nada – respondió secamente negando con la cabeza.

- ¿Quiere decir que no le gustan los chicos?

- Nada de eso. Simplemente que no tiene novio. Es una familia muy tradicional y bastante conservadora. Su padre la ha educado para que no se vaya con el primero que pase.

- Si, supongo que es un hombre muy severo – afirmó esperando una reacción, pero la mujer no dijo nada. Volvió a arquear la ceja y miró a Estrada en una mezcla de asco e indiferencia – ¿Y usted, tiene novio?

- No. No tengo – percibió cierta inseguridad en la respuesta. Quizás otro no lo hubiera notado, pero a Estrada no le pasó desapercibido.

- No me lo puedo creer… – aseguró con una amplia sonrisa – Una mujer joven como usted y con su encanto y belleza…

- Pues no tengo – aseguró intentando disimular que se había ruborizado.

- ¿Cuál es su trabajo exactamente aquí, señorita Neighborhood?

- Me encargo de Marisa.

- Si, es usted su institutriz. Pero, perdone mi ignorancia, ¿Cuál es exactamente el trabajo de una institutriz?

- Una institutriz se encarga de la educación de los hijos cuyos padres no pueden hacerse cargo, sea por la razón que sea.

- Entonces, es como hacer el papel de padres.

- Mas o menos…

- Menuda responsabilidad – dijo con intención.

- No es para tanto… – respondió quitándole importancia.

- En ese caso, supongo que también está entre sus tareas acompañarla a sus clases, prepararle la ropa, el desayuno…

- De la alimentación se encarga la cocinera de la casa. Pero si, la suelo acompañar a sus clases y me encargo de prepararle la ropa, ir de compras con ella y abastecerla de todo lo que necesita…

- Pero durante el día de ayer, usted no la acompañó.
- ¿Lo afirma? – inquirió levantando de nuevo su ceja perfectamente perfilada
- ¡Naturalmente que lo afirmo! – exclamó Estrada.
- No, no la acompañé. No me encontraba bien.
- ¿Está usted enferma?
- No, creo que fue algo que comí. Sentía nauseas.
- ¿Vomitó?
- No, no llegué a hacerlo – respondió insegura.
- Ya…
- ¿Y a dónde fue?
- A mi habitación. Me tumbé en la cama.
- ¿No oyó nada inusual?
- Nada.
- ¿No ha recibido ninguna amenaza?
- No, ninguna.
- ¿Ni Marisa le ha hablado de alguna amenaza o problema?
- No.
- ¿Algún problema doméstico o escolar?
- Ninguno que yo sepa.
- ¿Alguna rencilla con alguna compañera?
- No, tampoco.

Estrada fue apuntando todo lo que le pareció importante en su blog de notas. Hizo una pausa y añadió:

- No se marche de la casa.
- ¿Es que estoy detenida? – preguntó indignada levantándose de pronto.
- No, pero no se marche.
- Entonces, si no estoy detenida…
- ¡Que no se marche, coño! ¿Prefiere que la detenga?

La mujer volvió a sentarse en silencio.

Estrada resopló, se puso en pie y salió del salón sin añadir nada mas.

Bajó las escaleras y se quedó por un momento junto a ellas intentando encontrarle sentido a todo aquello. Habían pasado ya mas de doce horas y no habían recibido ninguna llamada exigiendo un rescate o alguna coacción a cambio de liberar a la niña.

Cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía como era aquella chiquilla de la que tan bien hablaban todos.

Intentó recordar la conversación con Neigborhood. Estaba seguro que había algo que aquella mujer ocultaba, aunque aún no sabía de que se trataba.

Cogió un portafotos de plata que reposaba sobre un mueble que había junto la escalera. Era evidente que la muchacha que abrazaba al embajador Palacios era Marisa.

Sin duda se trataba de una muchacha de aspecto adorable. Pelo negro como el azabache, tez dorada seguramente herencia de sus ancestros y unos grandes y expresivos ojos marrones.

- Te encontraré – murmuró en voz baja.

Salió de nuevo al porche romano. El bochorno volvió a recorrer todo su cuerpo. De pronto, la puerta principal de la casa se abrió tras él.

- ¿Señor Estrada?

A pesar de que solo la había oído una vez, reconoció la voz del mayordomo enseguida. Al girarse le vio completamente erguido, casi tieso, con su traje negro perfectamente planchado y la mano enfundada en un guante blanco en el pomo de la puerta.

- Thomas, ¿cierto?

- Así es capitán Estrada. Thomas Given

El acento oculto en sus palabras, sin duda era inglés, pero no supo decir con seguridad de que zona.

- ¿Qué desea, señor Thomas.

- Supongo que se pregunta de qué parte es mi acento – dijo sin mover mas músculos faciales que los destinados al habla.

- Si le oyera hablar en inglés, probablemente podría adivinarlo.

- No lo dudo, capitán. Sé que es usted un hombre de mundo. De todos modos, se lo pondré fácil. Me crié en la India. Soy la cuarta generación de mayordomos en mi familia. El señor embajador me contrató hace casi cuarenta años cuando estuvo destinado como embajador del Perú en la India, y desde entonces le he seguido allá donde fuera.

- Parece usted un hombre fiel al señor ministro – observó Estrada buscando el blog en los bolsillos del pantalón. Al fin dio con él en uno de los bolsillos traseros.

- Puede estar seguro de ello, capitán. Y por la señorita Marisa también.

- ¿Qué es exactamente lo que quiere, Thomas?

- Es usted muy observador. Naturalmente no le he llamado para contarle mi vida.

- Lo supongo – dijo Estrada divertido.

- Lo que deseo saber es si va usted a entrevistar… ¿Cómo lo dicen ustedes, los policías? ¡ah, si! A interrogar… a interrogar al servicio.

- Pensaba hacerlo durante esta tarde Thomas, por el momento lo que me interesa es terminar con los preliminares, y que se lleven el cadáver de ese pobre desgraciado… – dijo señalando con el pulgar

hacia la entrada – ¿Hay algo en concreto que quiera decirme, Thomas?

- Nada en particular. Solo deseo saber si debo reunir a todo el personal.

- Mis hombres no permitirán que nadie salga ni entre de esta finca hasta que hable con el personal, pero puede hacerme un favor, pedir a todos los empleados que no se marchen. Creo que si es una iniciativa que parte de alguien de la casa en lugar de la policía, estarán mas dispuestos a colaborar.

- Sin ningún problema, capitán. Será un honor para mi llevar a cabo sus instrucciones.

Estrada se dispuso a marcharse, incluso se había girado ya cuando una idea recorrió su mente como un rayo.

- Una sola pregunta, Thomas. ¿Quién contrató a Cristine Neighborhood?

- El señor ministro, sin duda. Es un gasto que corre por su cuenta.

- No, no… me refiero a cómo la conoció.

- Ah, se la presentó uno de los hombres de seguridad.

- ¿Sabe su nombre?

- Naturalmente. Es el que hoy no ha venido a trabajar. El señor Juan Valdez.

- ¿Controla usted a todo el personal?

- Naturalmente, capitán. Es la labor de un mayordomo, ocuparse de atender a los señores y aliviarles de las tediosas cargas de la casa para que puedan dedicarse a sus negocios u ocupaciones.

- ¿Tiene algo más que añadir, Thomas?

- Por ahora nada mas, señor. Si recuerdo algo se lo haré saber enseguida.

- Muy bien Thomas. Su testimonio va a ser de mucha ayuda para la investigación. Voy a comer algo. ¿Conoce algún bar en esta zona que pueda recomendarme?

- En las zonas adineradas no hay bares capitán. Hay clubs, en todo caso.

- Ya… había olvidado dónde estamos…

- Si quiere puedo ordenar que le prepararen algo para comer. Estoy seguro que el señor embajador estará de acuerdo.

- ¿No es molestia?

- En absoluto, capitán. El señor embajador solicitó su presencia en persona en este caso, por lo tanto es usted su invitado.

- Verá… es que había quedado con Alicia, mi…

- Su pareja.

- Si, mi pareja. Vivimos juntos, pero no estamos casados… aún…

- Lo sé, capitán.

- Usted debió hacerse policía – rió divertido.

Thomas ni se inmutó ante el comentario de Estrada, solamente arqueó una ceja.

- Ordenaré que le preparen un par de bocadillos, capitán. Los tendrá enseguida.

- Gracias Thomas.

Salió del porche y se dirigió de nuevo hacia la entrada.

Matías Lorente continuaba junto a varios hombres del laboratorio recogiendo evidencias y pistas en la escena del crimen.

- Hola capitán. Hemos encontrado algunas huellas alrededor del vehículo. Las he mandado al departamento de huellas de calzado. Seguramente esta tarde tendré los resultados.

- Perfecto. ¿Habéis peinado el perímetro?

- De momento solo el interior. No hemos encontrado gran cosa, aparte de las huellas. Hemos recogido los casquillos y algunas fibras.

- ¿Han procesado ya la habitación de la señorita Neighborhood?

- Cuando termine aquí. Iré enseguida.

- Empléate a fondo.

- ¿Debo buscar algo en concreto?

- Sigue el protocolo, pero céntrate en huellas digitales y calzado.

- De acuerdo.

- ¿Dónde anda Alicia?

- En la casa. Me acaba de decir por Walkie que cuando acabe de procesar el baño bajaba para ayudarme a terminar con la escena del crimen.

- ¿El baño? Es que piensa que se han parado a mear en medio del asalto?

- No, capitán… – rió – Pero en este caso no quiere que se pase nada por alto. A demás, recogerá muestras biológicas por si fueran necesarias. Es el protocolo, ya lo sabe.

- Voy a dar una vuelta por el perímetro exterior. Que me avise cuando vuelva.

Matías levantó el pulgar y continuó recogiendo una huella que había junto la rueda trasera del coche.

Salió a la calle y empezó a caminar mientras observaba con atención la amplitud de la acera.

- Capitán. ¿podemos abrir la calle? – Preguntó un agente de la guardia urbana al verle.

- No, pero permitan la entrada y salida de los residentes. Comprueben DNI y que no se cuele nadie de la prensa – Dijo señalando dos furgonetas de la televisión que había al final de la calle, tras la línea policial.

- A la orden capitán – el agente se alejó con paso decidido dando instrucciones a través de la radio.

A pocos metros de la puerta, en la calzada, vio lo que parecía un mechero. Buscó una bolsa de pruebas en su bolsillo y un guante. Lo metió dentro y lo observó con detenimiento.

Era un mechero con publicidad de un motel.

V

Estrada y Alicia comieron juntos un delicioso emparedado bajo un gran pino que había junto al camino que llevaba a la casa. Thomas se había esmerado en prepararles dos bocadillos de tortilla francesa, un par de latas de refresco y dos plátanos de postre.

- Me echaría una siestecita bajo esta sombra – bromeó Estrada reclinándose en el tronco del árbol.

- Hay trabajo…

- Lo sé… era una broma… Yo nunca descanso, ¿Recuerdas? – dijo divertido.

Ambos se pusieron de pie.

Sonó el teléfono de Alicia.

- Van a llevarse el cadáver ahora. La secretaria judicial está en la puerta – dijo al terminar la llamada.

- ¡Joder! Se quejó Estrada… ¡ahora si que no hay siesta!

Se dirigieron a la puerta de entrada con paso decidido y bajo un sol que ahora si era insoportable.

- Señorita secretaria judicial – Saludó Estrada de forma pomposa mientras hacía una reverencia burlona.

- Capitán Estrada. Me alegro de verle.

- Hola Alicia. ¿Te sigue tratando bien este majadero?

- Como una princesa, ya lo sabes… – guiñó un ojo.

- ¡Que suerte tienes! – exclamó en un suspirando.

- Ya te llegará…

- Bueno… vamos a trabajar… ¿Habéis terminado con los preliminares?

- Si, señorita Tarradellas.

- Bien, Matías. Me alegro de verte.

- Y yo a usted, señorita Tarradellas.
- Vamos, Matías… tutéame…
- Lo que tiene que hacer este “pito para adentro” es invitarte a salir de una vez – bromeó Estrada.
Matías Lorente no pudo evitar sonrojarse.
- ¡Que bruto eres, Fermín! – exclamó Alicia.
- Tendré que seguir esperando – suspiró Cristina con pesar.

Cristina Tarradellas empezó la instrucción judicial con la esperanza de que su mirada se cruzara con la de Matías. Tomó varias notas, e hizo diversas fotografías para adjuntarlas en el informe que debía presentar al juez. Unos veinte minutos mas tarde, dio la orden para que retiraran el cadáver del chófer asesinado.
- Bueno, chicos… yo ya he terminado aquí.
- Bien, Cristina. Hazme llegar las órdenes del juez – pidió Alicia.
- Tranquila, las tendrás esta misma tarde.
Dos sanitarios del anatómico forense entraron en silencio y se llevaron el cadáver. Apenas cruzaron un par de palabras con los técnicos. Cuando se marcharon, Estrada decidió hacer lo propio y regresar a la central de la policía. Su trabajo allí había terminado. Por lo menos por el momento.
Avisó a Alicia y se marchó.

El antiguo edificio de la telefónica, situado en la avenida de Roma de Barcelona, hacía varios años que había sido rehabilitado como central de la interpol y sede central de la policía de Cataluña. Estrada dejó su vehículo en el subterráneo, en la zona destinada al personal y subió en el ascensor hasta la última planta, donde estaba su despacho.
- Buenas tardes, capitán – saludó la mujer que había tras el mostrador, frente el ascensor.
- Hola Pilucha. ¿Algún recado?
- Ha llamado el ministro Paredes dos veces para ver si había llegado.
- ¡Dios! ¡Que pesadilla de hombre! – exclamó mirando al techo.
- ¿Algo mas?
- Por el momento no, Capitán.
- Haz llegar esto al laboratorio, ¿quieres? – sacó del bolsillo de la americana la bolsa de pruebas que contenía el mechero que encontró.
- Ahora mismo, capitán.
Hizo una especie de saludo con la mano y continuó caminando por el suelo enmoquetado hacia su despacho.
Abrió la puerta y por un momento le cegó la luz del gran

ventanal que había al fondo. Frente a él, un amplio escritorio de madera con un sillón de piel negra.

Dejó la americana sobre el sofá de tres plazas que había pegado a una de las paredes laterales y se sentó en el sillón del escritorio.

Tomó un folio y pasó a limpio las notas que había ido apuntando en su pequeño blog.

A los pocos minutos sonó el teléfono de su escritorio.

- Capitán Estrada.

- Fermín, soy Mauricio. He recibido el informe preliminar de las huellas encontradas alrededor del vehículo.

- ¡Coño! Que rápido.

- Si… bueno, ya sabes que el ministro está presionando mucho… a mi me ha llamado dos veces…

- Y a mi… No me lo recuerdes… ¿Y qué dice ese informe?

- De momento no mucho, me han prometido que tendré mas datos mañana por la mañana. Lo que han podido averiguar hasta ahora es que se trata de un calzado deportivo. Al parecer procede de una fábrica peruana localizada en una zona que se llama… – hizo una pausa para buscar el nombre en el informe – Trujillo. Es una zona que concentra gran parte de fábricas de calzado. Han cotejado las huellas con la base de datos de calzado y están esperando que la fábrica les confirme la fabricación.

- Es una importante información. Por lo menos centra un poco los posibles autores y el origen geográfico del móvil, aunque aún no sepamos cual es.

- Si… de esas cosas te encargas tu… yo solo analizo cosas – rió.

- Gracias. Cuando tengas la confirmación o algo mas…

- No te preocupes, te llamo de nuevo.

Colgó el aparato.

Se levantó y fue hacia un pequeño armario empotrado que había en la pared de la izquierda. Dentro había una pequeña nevera de despacho. La abrió y sacó un refresco. Al sentarse de nuevo en el sillón de su escritorio, sonó de nuevo su teléfono.

- ¿No me digas que ya tienes los datos?

- Hola “capi”, ¿lo duda? – preguntó Victoria Sardá atropellando las palabras como solía hacer siempre.

- Perdona Victoria, pensaba que eras Mauricio…

- Siento decepcionarle…

- Tu nunca decepcionas, Vicky. ¿Qué tienes?

- Acabo de mandarle al correo la foto del guardia de seguridad que no ha ido a trabajar. En su ficha consta una dirección, así que he mandado a Gutiérrez y Lucena, pero allí no saben nada. Ni les suena el nombre ni le han visto nunca.

- Ese hijo de puta habrá dado una dirección falsa.

- Es lo mas seguro, “capi”. Lo malo es que no tenemos ninguna pista para encontrar a este sujeto.

- Ahí te equivocas.

- He encontrado un mechero, lo debe estar procesando ya el laboratorio.

- ¿Y como une eso con nuestro hombre?

- No digo que lo una, pero puede que nos conduzca hasta él.

- ¿Huellas?

- No. Se trata de un mechero publicitario. De un motel, concretamente. Quiero que mandes a dos hombres para que vigilen la entrada. De paisano y que informen si ven algo raro.

- Está bien.

- Mañana por la mañana iré a visitarlo, pero quiero a alguien allí desde ya. Ahora te mando los datos.

- De acuerdo. Mandaré a dos del turno de noche.

- Perfecto, pero que no sea Martínez. Ese capullo se duerme en todas las vigilancias.

- No, “capi” – rió la muchacha – Mandaré a otros dos.

Colgó el teléfono.

CAPITULO SEGUNDO

VI

El reloj del salpicadero del vehículo de Fermín Estrada marcaba las siete y un minuto de la mañana cuando llegó al Motel San Francisco en Gavá Mar, una población costera cercana a Barcelona.

Ni él mismo podía creer que a aquellas horas estuviera despierto, vestido y de servicio.

El complejo hotelero ocupaba unos mil, quizás mil quinientos metros cuadrados a menos de cien metros de la playa. Aunque oficialmente era un motel, todos conocían la reputación del San Francisco, o “motel del amor” como algunos lo llamaban.

En su página web aseguraban una completa discreción, hasta tal punto que nunca dos clientes se cruzaban dentro de sus instalaciones gracias a un esmerado sistema de acompañantes que coordinaban las entradas y salidas de las habitaciones. Sus clientes mas habituales eran parejas, pero a menudo utilizaban su discreción políticos, y algún que otro personaje de la jet set que no quería que sus “afers” llegaran a la prensa rosa.

Aparcó detrás del vehículo camuflado de los dos agentes que habían estado vigilando durante la noche y se apeó.

Se acercó en silencio y dio un par de golpes con los nudillos en la ventanilla del conductor.

- Buenos días, muchachos – dijo cuando bajaron la ventanilla.

- Buenos días, capitán Estrada – saludaron los dos agentes.

Abrió la puerta trasera y se sentó en el asiento central.

- Os he traído el desayuno – dijo pasándoles una bolsa de papel con unas rosquillas y un par de cafés calientes.

- ¡Gracias, capitán! – exclamó Villanueva, un muchacho de unos veinticinco años, recién casado.

- ¡Ni mi mujer me trata tan bien! – Reconoció Calvo abriendo la bolsa.

- No os acostumbréis… – bromeó – ¿Qué tenéis?

- A parte de dos políticos, un cardenal y algún directivo…

- ¿Un cardenal? – se extrañó Estrada.

- No conducía él, pero conozco su coche… Mi hermano es sacerdote – le dio un mordisco a una rosquilla.

- ¡Joder con la iglesia! – renegó Estrada.

- Hemos visto entrar un tipo que se asemeja al sospechoso – Añadió Calvo.

- ¿Estás seguro?

- Casi al cien por cien.

- Los que han entrado… me refiero al "colegio cardenalicio"… - dijo Estrada con sarcasmo – ¿Han vuelto a salir?

- Si. – afirmó Villanueva con media rosquilla en la boca. Hemos visto salir a casi todos. Puede que queden ocho o diez parejas.

- Está bien… Esto va a ser divertido…

- ¿Qué va a hacer?

- Entrar.

- ¡Pues sí va a ser divertido! – rió Villanueva intentando que no se derramara su café.

Estrada abrió la puerta y salió. Volvió a dar un par de toques con los nudillos en la ventanilla del conductor y esperó a que Villanueva la bajara.

- Esperaros aquí por si necesito refuerzos. No estaré mucho tiempo.

Villanueva hizo un gesto de aprobación mientras daba un nuevo sorbo al café.

Estrada volvió a su coche y con él se dirigió a la entrada del motel.

A pesar de que disponía de una entrada principal a la que se podía acceder caminando, todos los clientes lo hacían con sus vehículos a través del parking, centro neurálgico del sistema de discreción.

Dejó el vehículo frente la puerta principal y entró.

Un largo mostrador lacado en blanco era todo el mobiliario. Tras él dos recepcionistas con cara de asombro al ver entrar a alguien por aquella puerta.

- Buenos días, señor – saludó una de las mujeres.

- Capitán Estrada, policía – mostró su placa.

- ¿Ha ocurrido algo, capitán Estrada? – preguntó en un tono de lo mas aterciopelado.

- ¿Ha visto a este hombre? – le mostró una foto del guarda de seguridad desaparecido que guardaba en el bolsillo interior de su americana.

- Lo siento, capitán Estrada, no puedo revelar información de nuestros clientes. Supongo que para eso necesitaría una orden.

Estrada volvió a sacar su placa.

- ¿Ha visto lo que pone aquí, señorita? A demás de jefe de policía, soy capitán de la interpol. No pienso aburrirla con temas de protocolo y jurisprudencia, pero no necesito ninguna orden para que me dé la información que necesito.

- Lo siento, Capitán – se disculpó sin intención de complacerle.

- Está bien…. Como quiera – empezó a andar hacia la salida.

- ¿Qué va a hacer?

- Poner la sirena de mi vehículo. Quizás pueda saludar al alcalde cuando salga de aquí en calzoncillos

- Está bien… está bien… Déjeme llamar al gerente…

La mujer, que no tendría más de treinta años se levantó y desapareció por una puerta también lacada en blanco situada tras el mostrador.

Un par de minutos mas tarde volvió a salir seguida de un hombre alto, de complexión fuerte y completamente calvo. Ni siquiera tenía pelo en las cejas.

- Buenos días. Soy David Marín, gerente del motel San Francisco. – dijo con voz grave.

Estaba tan hinchado por los esteroides que parecía que en cualquier momento las costuras de la americana que llevaba puesta iban a reventar. Apenas podía moverse normalmente, parecía un pelele.

- Buenos días, señor Marín. Quiero saber dónde está este individuo – mostró de nuevo la imagen.

- Capitán Estrada, nuestros clientes eligen el San Francisco por nuestra discreción. Me es imposible satisfacer su demanda.

- Verá, señor Marín… No se trata de una demanda, es una orden directa de un agente de la ley.

Tomó el teléfono y buscó en la agenda.

- Villanueva, haz sonar la sirena de tu vehículo.

Casi al instante, el sonido de la sirena del vehículo policial de Villanueva y Calvo pudo escucharse perfectamente desde la recepción. Los teléfonos del mostrador empezaron a sonar casi de inmediato. Las jóvenes recepcionistas apenas daban abasto para

responder las llamadas de preocupación de sus clientes.

- Está bien, está bien… dígale a su amigo que pare la puta sirena… – Pidió Marín desesperado.

Estrada volvió a llamar a Villanueva para ordenarle que apagara la sirena. El molesto sonido cesó de inmediato.

- Me alegro de que entre en razón.

- Si… si… lo que usted diga… – dijo sin interés – ¿Qué ha hecho ese tipo?

- No estoy muy seguro, pero puede que participar en un asesinato.

- Joder… esos asuntos no son buenos para este negocio…

Las recepcionistas consiguieron apaciguar las llamadas que fueron espaciándose cada vez más hasta que cesaron por completo.

- Necesito llegar hasta él. Ahora.

- Está bien…

- ¿En qué habitación está, Natalia? – preguntó apoyando ambas manos en el mostrador.

- En la trescientos cincuenta, señor Marín – contestó la joven cortésmente.

- Las habitaciones trescientos son de larga estadía – explicó – ¿desde cuándo está alojado allí?

La muchacha tecleó de nuevo en el ordenador.

- Seis meses.

- ¿Seis meses? – se extrañó Marín.

- ¿Es habitual tanto tiempo? – preguntó Estrada.

- En las trescientos si. Hay clientes que incluso se han quedado un año. Hay tarifas especificas para estadías largas.

- Está bien, lléveme allí.

- Vamos. – dijo Marín. Salió de detrás del mostrador y le indicó el camino.

Llegaron a la puerta de la habitación trescientos cincuenta a través de una encrucijada de pasillos ocultos y paralelos a otros, supuestamente, caminos oficiales.

Marín tocó tres veces con los nudillos y esperó. Miró la ficha de recepción para confirmar que la habitación era la correcta.

- ¿Señor Valdez? – preguntó volviendo a tocar tres veces.

- ¿Valdez? ¡Policía! – gritó Estrada golpeando enérgicamente la puerta con la palma de la mano.

Esperó un momento.

- Abra la puerta, Marín – ordenó al perder la paciencia.

David Marín sacó del bolsillo exterior de su americana una tarjeta maestra y abrió la puerta.

- Espere aquí – ordenó Estrada. Metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un par de guantes de látex.

Abrió la puerta despacio, como si no quisiera despertar a nadie y entró en silencio empuñando su arma. Un pasillo de un par de metros, enmoquetado en gris absorbía el ruido de sus zapatos, luego la habitación.

Una cama “King size” sin hacer, un fregadero integrado en un mueble con un par de platos por lavar y diversos utensilios desordenados señalaban que la habitación había estado ocupada hacía poco.

A la izquierda una puerta entreabierta permitía ver su interior gracias a una luz encendida. Las losetas de la pared que se adivinaban al fondo, evidenciaban que se trataba del baño. Con el dedo índice enfundado en el guante, terminó de abrir la puerta lentamente.

Allí estaba, dentro de la bañera con un disparo en la cara.

Enfundó de nuevo su arma.

Aunque no tenía plena seguridad de la identidad de aquel individuo debido a la desfiguración del rostro, sospechaba que era Juan Valdez, el vigilante desaparecido.

Tocó su brazo y notó que aún estaba caliente. Hacía pocas horas que le habían asesinado.

Sin tocar nada mas, salió de la habitación para reunirse de nuevo con Marín en el pasillo.

- Le doy media hora para que desaloje el motel de todo aquel que no quiera ser interrogado.

- ¿Media hora? Pero… no puedo echar a mis clientes.

- Escuche, Marín… En el baño de esta habitación hay un cadáver. Yo sé fehacientemente que el que ha hecho esto no está aquí, pero el protocolo policial exige que se abra una investigación y se interrogue a los sospechosos o a los que hayan podido ver algo. Se que aquí nadie ha visto nada por el sistema de protección de identidad que usan con los clientes. Nunca se juntan dos en recepción y tienen personal que va y viene a buscarlos a sus habitaciones para que no se crucen con otros clientes, con lo cual es prácticamente imposible que alguien viera cometer el asesinato, o que se cruzara con el asesino, y menos aún que el asesino, seguramente un profesional, saliera de aquí dejando en evidencia que acababa de matar a alguien.

- Déjeme pensarlo…

- No hay tiempo para pensar nada… o lo toma o lo deja – cogió el teléfono y llamó de nuevo a Villanueva.

- Está bien, maldita sea… – se marchó con paso firme a recepción.

- Villanueva. Venid aquí. Estoy en la trescientos cincuenta. Identificaros al armario de recepción. se llama Marín.

Colgó el aparato.

Diez minutos mas tarde aparecieron por el pasillo.

- ¿Qué ocurre capitán?

- Hay un fiambre.

- Siempre nos pasa igual… ¡justo cuando acaba nuestro turno! – se quejó Calvo.

- Lo siento muchachos… llamad a los refuerzos y que vengan los del laboratorio a procesar la escena.

- Está bien Capitán. – dijo con pesar Villanueva.

Estrada volvió a recepción.

VI

La actividad de las dos recepcionistas y el gerente era frenética.

Estrada lo observaba todo oculto junto a una columna mientras las dos mujeres hablaban por teléfono con los ocupantes de las habitaciones, y el gerente Marín coordinaba a quienes ellos llamaban “los acompañantes” para que fueran a buscar uno por uno a los clientes sin que se cruzaran o se encontraran unos con otros por los pasillos o en la recepción.

- Este era el último, capitán Estrada – dijo Marín desde el mostrador.

- Está bien. Reúna a todo su personal – se acercó al mostrador y se apoyó en él.

- Capitán, quería agradecerle su delicadeza en todo este asunto.

- No se preocupe. Quizás algún día necesite que me devuelva el favor…

- Allí estaré – afirmó rotundo.

- Lo sé – aseguró convencido.

- Marta, localiza a todo el personal. Que cesen sus actividades y se presenten en recepción de inmediato.

- Ahora mismo, señor Marín – la recepcionista, una mujer de unos cuarenta años, de piel extremadamente blanca y pelo negro recogido en una larga cola de caballo que la hacía parecer mas alta, tomó el teléfono y empezó a llamar a todos los empleados.

- A las nueve hacemos el cambio de turno. Podrá disponer de todo el personal del San Francisco.

- Perfecto. ¿Hay algún sitio en el que podamos hablar?

- Todos a la vez no. Solamente disponemos de una pequeña sala

de descanso para el personal, pero si desea entrevistarlos uno a uno, le cedo mi despacho con mucho gusto.

- No creo que sea necesario. En ese caso, reúnalos aquí en recepción y haré una criba. No tardaré mucho, podrán volver enseguida a su trabajo.

- Tómese el tiempo que necesite. Durante el día no solemos tener clientes, aparte de los de las trescientos y éstos entran y salen por una puerta adjunta que no se comunica con los pasillos del resto de habitaciones.

- ¿Quiere decir que se puede entrar y salir de la habitación trescientos cincuenta sin ser visto?

- Sin ser visto, no. Disponemos de cámaras de seguridad en todos los accesos, pero si evitan cruzarse con el resto de clientes.

- Bien, eso es importante.

Poco a poco, la recepción fue llenándose de personal del San Francisco. El murmullo era notable sin duda por no saber la causa por la que se encontraban allí reunidos con un extraño que no tenía precisamente pinta de cliente.

- Ya están todos, capitán – dijo Marta, la recepcionista.

- Gracias. Haga usted los honores, Marín – pidió amablemente.

- Señores, por favor, bajen la voz. Terminaremos enseguida. Este caballero es el Capitán Estrada, de la policía y quiere hacerles unas preguntas. Olviden por un momento el protocolo de confidencialidad y respondan a todo lo que les pregunte sin miedo alguno.

Volvió a oírse un pequeño murmullo.

- Los que hayan hablado, entrado en la habitación del señor Juan Valdez, que levanten la mano – tímidamente, dos mujeres y dos hombres levantaron la mano – ¿Nadie mas?

Esperó un momento.

- Por favor, si alguien más ha tenido contacto con el señor Juan Valdez, que lo diga ahora, sin miedo – añadió Marín.

- Está bien. El resto pueden marcharse. Ustedes cuatro, acompáñenme, por favor. Tomaré prestado ahora su despacho, Marín.

- Naturalmente, capitán – fue hacia la puerta que había tras el mostrador y la abrió – por aquí, por favor – dijo mostrándole el camino.

Mauricio Santamaría, Jefe del departamento forense entró en recepción seguido de cuatro hombres del laboratorio forense. Se trataba de un hombre alto, alrededor de metro ochenta y bastante musculoso, a pesar de haber dejado atrás los cuarenta hacía tiempo.

- ¡Estrada! – exclamó desde la puerta.

- Por favor, Marín. Que esperen en su despacho, voy enseguida. – Pidió al verle.

- De acuerdo – hizo una señal a los cuatro empleados para que le acompañaran.

- Buenos días, Mauricio – saludó Estrada con una amplia sonrisa.

- Buenos días, Estrada – dejó en el suelo el pesado maletín que le acompañaba habitualmente y estrecharon las manos.

- El cadáver está en la habitación trescientos cincuenta. Un tiro en la cara. Tiene pinta de ser algo personal.

- Si. Los disparos en el rostro suelen significar o mucha rabia o algo personal.

- Creo que se trata del tipo del equipo de seguridad del embajador. Necesito que me confirmes su identidad lo antes posible.

- Tu siempre con prisas… – se quejó con sorna.

- Es lo que hay… Si tuvieras al ministro Paredes detrás de ti como yo lo tengo… Ayer me llamó doce veces…

- Vaya tela… – sonrió – Haré lo que pueda, ya lo sabes…

- En el mostrador de recepción te indicarán el camino. Esto es como un castillo, pasillos secretos incluidos – bromeó.

Mauricio Santamaría volvió a coger su maletín y fue hacia el mostrador. Estrada entró de nuevo en el despacho de Marín.

- Gracias por esperar – dijo al entrar. El despacho no era muy amplio, lo suficiente para que los que allí había estuvieran cómodamente sentados y poco mas.

- Por favor, capitán. Siéntese en mi mesa.

- Gracias, Marín – se sentó en la silla apoyándose en la mesa con ambos brazos – Bien, al parecer ustedes han sido los que han tenido contacto con el señor Valdez.

Todos asintieron en silencio.

- Yo no llegué a verlo nunca, realmente. Soy del personal de limpieza y lavandería – respondió una de las mujeres.

- Eso no tiene importancia, señorita…

- Martínez, María Jesús Martínez – dijo la joven apartando el flequillo de sus ojos.

- ¿En alguna intervención notó algo extraño?

- ¿Intervención?

- Su trabajo en la habitación trescientos cincuenta.

- No, nada fuera de lo normal. Lo cierto es que era bastante ordenado y limpio. Algunas veces incluso encontraba la cama hecha.

- ¿Hecha, o como si nadie hubiera dormido allí?

- Como si nadie hubiera dormido allí, ahora que lo dice… – repitió pensativa.

- ¿Y usted? Señorita…

- Señora. Estoy casada. Mari Ángeles García – dijo la mujer de mediana edad.

- Disculpe, señora García. Cuénteme…

- Yo hago las habitaciones con María Jesús.

- ¿Se le ocurre algo que podría ayudar en mi investigación?

- No sé si será importante…

- Usted cuéntemelo, yo decidiré eso – dijo intentando parecer amable.

- Está bien, María Jesús siempre hace las camas, y yo me dedico a barrer y vaciar las papeleras… antes de fregar la ayudo y luego friego mientras ella pasa a la siguiente habitación.

- Bien. ¿Y qué es lo que cree que puede ayudarme?

- Bueno… no vaya a pensar que soy una cotilla. – Dijo arreglándose la cofia de su uniforme.

- No… nunca hubiera pensado eso, señora García.

- Bien… lo que me llamó la atención es encontrar un tampón. Un tampón usado en la papelera del baño.

- ¿Un tampón? Un… tampón de mujer, se refiere…

- Si, señor… Me extrañó bastante por que nunca había visto enseres de mujer en aquella habitación.

- ¡Joder..! Continúe, por favor… – dijo esgrimiendo una leve sonrisa – Supongo que lo tiró…

- ¡Naturalmente! Lo tiré ayer. ¿Para qué quiero un tampón usado?

- Perdone, capitán. Si Mari Ángeles tiró ayer la basura, aún debe estar en los contenedores de atrás. Los vienen a buscar a media mañana – apuntó su compañera.

- ¡Magnífico! Déjenme hacer una llamada.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y pidió a Mauricio Santamaría que mandara a alguien para que los de la recogida de basuras no se llevaran aquel día los residuos.

- Señora García, ¿hay algo mas que desee añadir?

Negó con la cabeza.

- En ese caso, si no tiene nada más que añadir, acérquense a los contenedores de basura. Habrá dos hombres. Échenles una mano en la identificación de la bolsa. Quizás con su ayuda la encuentren antes. Luego les tomará declaración un agente.

Las dos mujeres asintieron en silencio y salieron del despacho.

- ¿Ustedes tienen algo que añadir? – preguntó a los hombres.

- Yo me crucé con él un par de veces en los pasillos de las trescientos, los que no son accesibles para el resto de los clientes. Lo cierto es que no hablaba mucho. Incluso apartaba la mirada cuando se acercaba, como si no quisiera verme. Me pareció algo extraño –

dijo el mas alto.

- ¿Y usted? – preguntó al otro.

- Yo tampoco observé nada anormal. El hombre era bastante solitario… solamente un día le vi junto a una mujer.

- ¿En la habitación?

- No. Le trajo hasta aquí en coche. Yo estaba fumando en mi tiempo de descanso – miró a Marín – Y le vi bajar del coche.

- ¿Recuerda marca y modelo? ¿Matrícula?

- La matrícula no pero era un Citroën. Me fijé en el símbolo por que mi padre tuvo uno cuando yo era pequeño.

- ¿Y el modelo?

- Me pareció un C4. Estaba oscuro. Era de noche.

- Pero está seguro que era una mujer.

- Si, al abrir la puerta se encendió la luz interior y vi su pelo rubio y largo.

- ¿Si volviera a verla, sería capaz de identificarla?

- Es posible.

- Usted puede marcharse. Si recuerda algo mas que añadir, no dude en decírmelo. Usted espere un momento – pidió al que vio a la mujer rubia en el Citroën.

El mas alto se levantó y salió en silencio.

Volvió a sacar el teléfono móvil para pedirle a Victoria Sardá, quien coordinaba el laboratorio tecnológico, que le mandara una foto de Cristine Neighborhood.

- Permítame un momento, señor…

- Lucas. Ernesto Lucas.

- Acabo de solicitar la fotografía de una sospechosa, señor Lucas. Si pudiera identificarla, sería de gran ayuda – el teléfono de Estrada dos pitidos agudos. Lo manipuló y se lo pasó a Lucas. – ¿Conoce a esta señorita?

- ¡Caray! Es mucho mas bonita de cerca – afirmó tras echar un vistazo al teléfono.

- Si, no puedo negar que es muy bella, pero, ¿está seguro que es la mujer que vio en el coche aquel día?

- No es un rostro fácil de olvidar – admitió abriendo mucho los ojos.

- Entonces, ¿está seguro?

- Totalmente. Es ella. – Afirmó categóricamente.

- ¿A pesar de la oscuridad?

- A pesar de ello.

- Está bien. Muchas gracias – volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

Estrada se levantó y le ofreció la mano. Lucas la encajó y luego salió del despacho de Marín. Estrada salió tras él.

- Marín, consígame las imágenes de la cámara de seguridad que tienen instalada en la puerta de salida a la calle. La puerta de acceso a las trescientos, me refiero.

- Si, claro… Tardaré un poco. ¿De qué día las necesita?

- ¿Cuantos días almacenan?

- Siete.

- En ese caso, de todos. Cuando los tenga, entrégueselos a Mauricio Santamaría.

- Está bien.

- Me voy, Marín. Muchas gracias por su ayuda.

Salió fuera y subió al coche sin dilación.

Volvió a sacar su teléfono y marcó el número del ministro Paredes.

- Señor ministro. Soy Fermín Estrada.

- Capitán Estrada. Por fin recibo noticias suyas.

- Si, señor ministro. He estado ocupado trabajando en la tarea que me encomendó. Siento no haber podido hablar con usted antes, pero sé que ha estado informado en todo momento.

- Si, gracias a sus colegas… – dijo con cierto retintín.

- Soy consciente que ha estado haciendo llamadas y presionando a mis colaboradores…

- Bueno… solo deseo estar informado…

- Lo sabrá todo a su tiempo, señor ministro, pero deje a mi personal tranquilo. Deje que trabajen sin presión y trabajarán mas eficientemente.

Hubo un breve silencio.

- Está bien… les dejaré trabajar – prometió con fastidio.

- ¡Gracias! Le llamaba para decirle que voy de camino al domicilio del embajador Palacios.

- Pero él está aquí conmigo. En mi casa.

- Lo sé, señor ministro. No voy a verle a él.

- ¿Necesita interrogar a alguien?

- Haré algunas preguntas, pero realmente a lo que voy es a detener a alguien del servicio.

- ¿Del servicio? No puede ser. No creo que haya nadie que haya sido capaz de organizar algo así… No… no tienen motivos… ni creo que recursos como para organizarlo… Me niego a…

- Le mantendré informado, señor ministro – le interrumpió. – Le ruego que no interfiera – no esperó su respuesta, colgó el aparato justo en el momento de detenerse en un semáforo en rojo. Al lado izquierdo paró una patrulla de la guardia urbana.

- ¡Señor! – dijo el agente que iba en el asiento del acompañante.

- Dígame.

- ¿No sabe que no se puede usar el teléfono mientras se

conduce?

- Tiene usted toda la razón. Pero era una llamada muy importante.

- Pare en la esquina, por favor – dijo el agente, que no contaría con más de veinticinco años.

- Mire agente, no tengo tiempo para tonterías…

- Pare el coche ahora mismo en la esquina y apague el motor.

- Escuche hijo… se está equivocando…

- No me llame hijo, señor. Soy agente de policía.

Estrada detuvo el coche en la esquina y se apeó.

- No le he dicho que salga del coche, señor – dijo al salir del coche patrulla.

- Tranquilo, Jaime – dijo el otro agente saliendo del coche con parsimonia.

- ¡Arma! – gritó al ver la pistola de Estrada colgada de su cinturón. Sacó su arma reglamentaria y le apuntó con nerviosismo.

- Maldito niñato de los cojones – esgrimió Estrada y de un solo movimiento le quitó el arma.

- Tranquilo, león… – rió divertido el otro agente – Acabas de intentar detener al capitán Estrada.

- ¿Estrada? – preguntó sin saber muy bien que es lo que había ocurrido.

- El mismo que viste y calza – dijo devolviéndole el arma reglamentaria.

- Lo siento, Estrada… acaba de salir de la academia… es su primer día conmigo.

- Se le ve en la cara… Controla a tu chico, Mike – rió Estrada.

- Yo… lo siento, capitán… no pretendía…

- Buen trabajo, hijo. No permitas que nadie use su teléfono mientras conduce… Mándame la multa a la oficina.

- No… ¿Cómo voy a hacer eso, capitán?

- ¡Pues haciéndolo, cojones! – volvió a entrar en el coche y puso el motor en marcha – ¡Dale un beso de mi parte a Sandra, Mike!

Aceleró y desapareció calle arriba.

- Eres un héroe, Jaime – dijo Mike dándole una palmada en la espalda.

- ¡Mierda! – lamentó el muchacho – Voy a ser el hazmerreir de la comisaría 12.

- Estrada no dirá nada. No te preocupes…

- ¡Menos mal!

- Pero yo sí – bromeó tras una sonora carcajada.

Subieron al coche patrulla y continuaron la ronda.

VII

Estrada tardó casi una hora en llegar hasta el domicilio del embajador Palacios. A pesar de que muchos habían abandonado Barcelona con destinos más veraniegos, el tráfico de aquella hora no perdonaba fuera la época del año que fuera.

Paró sobre la acera, frente la puerta del parking y pulsó el botón del interfono para que le abrieran.

- Buenos días. ¿Qué desea?

- Soy el capitán Estrada, de la policía.

La gran puerta blanca se abrió lentamente. Estrada entró con su vehículo, saludó al guardia que había en la garita de control y continuó hasta la entrada de la casa. Paró detrás el coche patrulla estacionado frente la puerta. Se apeó, hizo un ademán al agente que había dentro del coche patrulla y se dirigió a la puerta.

Llamó dos veces y esperó.

- Buenos días, capitán Estrada – dijo el mayordomo amablemente casi sin mover un músculo de la cara.

- Buenos días Thomas. ¿La señorita Neigborhood?

- En su habitación, capitán – se apartó de la puerta para que pudiera entrar.

- Gracias Thomas – dio un par de pasos y se volvió – Una pregunta Thomas.

- Usted dirá, señor Estrada.

- ¿Cree que la señorita Neighborhood puede haber mantenido una relación con el guardia de seguridad desaparecido?

- No puedo negar que era algo extraño, capitán Estrada. La

señorita Neigborhood y el señor Valdez nunca mostraban abiertamente una relación, pero no puedo negar que había algo que me llamaba la atención. Cada mañana, cuando el señor Valdez se incorporaba a su puesto, traía un café de esos que dan en las cafeterías para llevar y un croasant.

- ¿Y qué tiene eso de raro?

- Bueno, capitán… – dijo arqueando una ceja – No lo hacía por nadie mas, y aquí, cada mañana, nos traen croissants recién hechos de una de las panaderías mas prestigiosas de Barcelona.

- Ya comprendo… – aseguró con media sonrisa – Gracias Thomas, eso aclara muchas cosas.

- De nada, señor – respondió cortésmente en un tono completamente plano.

Estrada tomó las escaleras y subió al piso superior. Junto a la escalera, sentado en una silla había un agente uniformado de la policía.

- Buenos días, capitán Estrada – saludó levantándose de pronto.

- Buenos días. Siéntate, por favor. ¿La señorita Neigborhood?

- En su habitación. No ha salido para nada, señor.

- ¿Para nada?

- No. El mayordomo, Thomas, le ha traído el desayuno hará una hora, hora y media. A él y a nosotros – sonrió – Mi compañero está haciendo la ronda, y el sargento García está en la puerta.

- Muy bien. Si, ya le he visto.

Se paró ante la puerta de la habitación de Neighborhood y llamó dos veces

- ¿Quién es? – preguntó una voz suave desde el interior.

- Soy el capitán Estrada.

- Pase. – Respondió secamente.

Abrió la puerta despacio y entró.

Al igual que en el resto de la casa, la iluminación era óptima gracias a dos grandes ventanales que había ocultos tras unos visillos blancos.

La cama era individual y estaba cubierta con una bonita colcha blanca rematada con detalles hechos de ganchillo y a juego con las cortinas. Un pequeño escritorio de madera y una banca del mismo material eran todo el mobiliario del lugar.

La señorita Cristine Neighborhood estaba sentada en la banqueta, con un pequeño cojín en la espalda y un libro en sus manos. Su aspecto era exuberante, perfectamente peinada y maquillada.

Un rayo de luz iluminaba su rostro, intensificando el contraste del carmín de sus labios, el azul de sus ojos y su rubia melena.

Estrada se sentó en la esquina de la cama para estar enfrente de la mujer.

- Buenos días, señorita Neighborhood.

La mujer no contestó, se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza por encima del libro.

- ¿Ha mantenido una relación sentimental con alguien del servicio?

- ¿Del servicio? ¿Está usted loco? – dijo con desprecio sin apartar la mirada de la lectura.

- ¿Quizás con alguien de seguridad?

No respondió.

- Lo que no entiendo es por que se han deshecho de él.

- ¿Valdez ha muerto? ¡Me la suda! – exclamó tras hacer una pausa.

Sin duda ese hombre le importaba, o le importó alguna vez, algo que no pasó desapercibido para Estrada.

- Bueno… aún no sabemos si es Valdez… la verdad es que no le ha quedado mucha cara para poder identificarle….

Sonó su teléfono. Un mensaje de Santamaría.

- ¿Y qué? – preguntó bajando la mirada al suelo por un segundo.

- Bien, disculpe, era un mensaje del laboratorio de criminalística. Parece que las pruebas preliminares del ADN del tampón usado que encontramos en la habitación de Juan Valdez coincide con el extraído de un chicle que los chicos del laboratorio encontraron en su papelera.

- Me da igual lo que diga su ADN.

- Bueno… a mí no me daría tanto igual… esto la relaciona directamente con el secuestro de Marisa Palacios y el asesinato del conductor. Y probablemente, también con el de Valdez.

Cristine Neighborhood guardó silencio. Estrada se levantó de la cama mientras ella, con la mirada perdida en ninguna parte, parecía estar en shock.

- Levántese por favor – ordenó Estrada.

- ¿Para qué? – preguntó volviendo a la realidad.

- ¡Que se levante, coño!

Tras una explícita mirada de desprecio se levantó lentamente, luego volvió a perder su mirada en el infinito.

- Cristine Neighborhood queda detenida por su complicidad en el secuestro de Marisa Palacios y el asesinato del conductor Blas Ruiz. Dese la vuelta.

Neighborhood se giró y estrada la esposó.

- Vamos.

Salieron de la habitación en silencio.

- Muchacho, llama a una patrulla para que se la lleve a la central

y dile a tu compañero que venga.

El agente uniformado sacó la radio y llamó al jefe de su unidad para que mandara otra patrulla.

- Custódiela hasta que venga una patrulla y luego que la lleven a la central.

- De acuerdo, capitán – dijo con asombro.

Bajó las escaleras y se encontró de nuevo con Thomas, el mayordomo.

- Muchas gracias por su ayuda, Thomas.

- Un momento, señor, Hay algo que quería comentarle.

- Dígame Thomas.

- Esta mañana el teléfono ha sonado y cuando he descolgado para atender la llamada han colgado.

- Será alguien que se ha equivocado. Los teléfonos están pinchados. Todas las llamadas son registradas en la central de la policía.

- En ese caso… – dijo arqueando una ceja. Estoy mas tranquilo.

- No se preocupe Thomas.

Thomas abrió la puerta de entrada y Estrada salió fuera.

Sonó su teléfono móvil.

- ¡Estrada!

- Estrada, soy Santamaría. El segundo análisis de ADN también es positivo, por lo que queda confirmada la información de antes. Hemos hecho tres pruebas por separado para verificarlo.

- Perfecto. Ya he detenido a la tipeja esa... Estoy esperando a que llegue una patrulla para llevarla a la central e interrogarla. Pero… ¡Joder, Santamaría, solo tengo lo del ADN!

- Bueno… de eso quería hablarte, quizás tengamos algo mas. Recogimos unas fibras en su habitación que coinciden con unas encontradas en el cadáver de Valdez.

- Si, creo que entre ellos dos ha habido algo.

- No me refiero a eso. Son fibras de transferencia depositadas post mortem.

- ¿Qué quieres decir?

- A Valdez lo mataron en el baño, pero antes lo dejaron sin sentido en el suelo del pasillo. Se recogieron muestras de sangre de la victima de las paredes, las detectaron con luz negra. Probablemente llamaron a la puerta y al abrirla le propinaron un puñetazo que lo hizo caer de espaldas. Tenía una fuerte contusión en la nariz y otra en la parte trasera de la cabeza. Luego lo trasladaron a la bañera y allí le pegaron el tiro de gracia en la cara.

- Entonces quieres decir que hay alguien mas implicado en todo esto – abrió la puerta de su coche y se sentó. Sintió el calor que se había acumulado dentro.

- Exactamente. Por lo menos dos personas mas. El cadáver fue levantado, no arrastrado. No hay marcas de arrastre en la alfombra que apoyen esa teoría, en cambio si que hay gotas de sangre redondas, lo que demuestra que el traslado fue lento, como cuando dos personas lo levantan cogiéndolo de las axilas y los pies.

- Buen trabajo. ¿Algo mas?

- De momento no.

- Hasta luego.

Colgó el aparato, puso el motor en marcha y el aire acondicionado al máximo que permitía aquel modelo de sedán. Tenía calor, mucho calor. Decidió no esperar a la patrulla que iba a llevar a Neighborhood a la comisaría y se marchó.

De camino a la central de la policía de la avenida de Roma en Barcelona, su teléfono volvió a sonar.

- Estrada.

- "Capi" soy Vicky – dijo velozmente – Nos acaban de informar de un incendio.

- ¿Un incendio? ¡Cojones, Vicky! Yo no me encargo de esas cosas…

- Espere, "capi"… han encontrado un cadáver.

- Vicky, no tengo tiempo…

- Espere, capi… parece que tiene relación con el caso que está llevando, el secuestro de Marisa.

- ¿Cómo?

- Han encontrado medio quemado un billete de avión a Lima.

- Esa no es relación suficiente con el caso.

- No lo sería si al procesar la habitación del San Francisco en el que fue asesinado Valdez se hubiera encontrado un billete idéntico, emitido en la misma terminal y consecutivo.

- ¡Mierda! Ahora si hay relación.

- ¿Cuál es la fecha de embarque?

- Ayer por la tarde. Si alguien ha conseguido embarcarse en ese vuelo, deben haber llegado a Lima hace poco.

- ¡Joder! – renegó de nuevo.

- Está bien… Gracias, Victoria… Averigua la lista de pasajeros de ese puto vuelo y si aún no ha aterrizado que nadie salga del aparato hasta que la interpol Lima llegue al aeropuerto.

- Ahora mismo, "capi".

- Avisa a Lima.

- Ahora mismo, "capi" – repitió.

- Ah y intenta averiguar si en la misma terminal se emitieron mas billetes consecutivos, sobretodo de una pasajera menor de edad.

- Ahora mismo, "capi" – volvió a repetir.

- ¿Y donde cojones ha sido ese incendio?
- En Badalona, le mando las señas al móvil.
- Está bien. Adiós.
Colgó el aparato.
- ¡Joder! Esto se complica…. Putos cojones… – renegó tras dar una palmada al volante.
Miró la pantalla de su teléfono y fue directamente a la dirección que le había mandado Victoria Sardá.

Casi tres cuartos de hora mas tarde, después de atravesar Barcelona, llegaba a la calle Industria con Cervantes, de Badalona, lugar del incendio.
Los bomberos estaban dando instrucciones de seguridad al equipo del laboratorio, que acababa de llegar.
El inmueble era un viejo edificio de dos plantas mas parecido a una chabola o vieja casa de pueblo que a una construcción digna de una ciudad colindante a la capital.
Lo cierto es que solamente quedaba una calle de edificios idénticos, el resto de aquel barrio ya había sido transformado y se levantaban en él altos edificios de lujo. Un par de edificios a la derecha, un gran solar esperaba a ser urbanizado por unas máquinas que aguardaban pacientemente las órdenes del capataz para empezar a vaciar el terreno y construir los cimientos de modernos edificios.
Estrada paró su vehículo a unos cincuenta metros, los camiones de los bomberos y del equipo del laboratorio no permitían hacerlo mas cerca.
- ¡Capitán! – saludó el ayudante del laboratorio de Santamaría.
- ¿Qué tenemos Matías?
- De momento un cadáver. Aún no hemos entrado.
- ¿Y cómo cojones sabéis lo del billete de avión?
- El sargento de bomberos. Creo que debería hablar con él. Lo encontraron sus hombres.
- Está bien… vamos a ver a ese hombre.
Matías lo condujo hasta uno de los camiones. Allí había un hombre cercano a la cincuentena que estaba terminando de colocar un hacha y una palanca en el panel de herramientas de uno de los laterales del vehículo. A pesar de las canas que lucía, su aspecto era el de un hombre que hacía habitualmente ejercicio y se mantenía en forma.
- Sargento Torres, el capitán Estrada – les presentó.
- Capitán. Hemos encontrado un cadáver en el interior del edificio, en la segunda planta, que es la mas afectada. Quien ha provocado el incendio había creado un sistema para que la planta

baja ardiera al marcharse, pero llegamos justo cuando el fuego empezaba a bajar por las escaleras.

- Tenía entendido que los incendios suben – dijo tras encender uno de sus puros.

- Un buen pirómano puede hacer que un fuego se comporte de la manera que quiera. Éste sin duda lo era, pero llegamos a tiempo – hizo una pausa – Puede que incluso nos viera apagar el fuego. Reconozco el estilo.

- ¿El estilo? ¿a qué se refiere?

- Todo pirómano tiene su firma… su rastro.

- ¿Cómo los asesinos en serie?

- Algo parecido. Unos dejan evidencias como una moneda, o un rastro ennegrecido hecho con gasolina. A otros los reconocemos por como ejecutan sus incendios. Ciertamente en este caso hubiera sido más fácil empezar por incendiar la planta baja y luego la superior, que es lo que hacen la mayoría de pirómanos, pero quien lo ha provocado le interesaba asegurarse que la planta superior quedara totalmente destruida. Quemar la inferior mas tarde en una construcción con vigas de madera, se aseguraba que todo quedara destruido al derrumbarse. Probablemente estuviera presente para ver como ardía la primera planta.

- Muy ingenioso.

- Ingenioso o no, por suerte la maleta y el billete estaban en la planta inferior, preparado seguramente para ir al aeropuerto.

- Pero me han dicho que el vuelo era para ayer por la tarde.

- Eso se lo dejo a sus hombres, capitán.

- ¿Pueden entrar ya?

- Estamos recogiendo nuestras cosas y asegurando la cubierta de la planta superior. No tardaremos mucho. Le mandaré un informe hoy mismo.

- Se lo agradeceré mucho.

Estrecharon sus manos y el sargento Torres continuó dando órdenes para que sus hombres se dieran prisa.

- Necesito que proceséis esto y no paséis nada por alto. Es vital encontrar algo más que relacione esto con el secuestro de Marisa Palacios y el asesinato de Blas Gallardo.

- En cuanto nos dejen entrar empezamos, capitán.

- Pide mas hombres si lo necesitas.

- No, capitán. Somos cuatro, mas nos estorbaríamos.

- Está bien. Me marcho a la central.

Dio una chupada al puro y volvió a su vehículo intentando no pisar ningún charco o las mangueras que aún había desplegadas en el suelo.

De nuevo le asaltó el latigazo sofocante del calor al sentarse

frente al volante. Resopló y arrancó el motor.

Una hora más tarde llegaba al parking de la sede central de la policía.

Fue directamente al sótano, a la zona de calabozos.

VIII

Sánchez, el sargento al cargo de la zona de calabozos estaba como siempre trabajando en su pequeña mesa de madera.

- Buenas Sánchez. ¿han traído ya a Neighborhood?

- Hola capitán. Si, hará casi una hora.

- Perfecto. Que la lleven a la sala tres – ordenó.

Sánchez se levantó con su habitual parsimonia y se acercó al mostrador.

- Ahora mismo.

Estrada fue hacia una puerta que había junto al mostrador y pulsó el botón del intercomunicador.

- ¿Si? – dijeron a través del interfono.

- Estrada.

La puerta se abrió automáticamente y Estrada entró.

Frente a él un pasillo con diversas puertas a cada lado. Se dirigió a la número tres e introdujo un código en el teclado que había junto al quicio de la puerta. Empujó la puerta y entró. La sala aún estaba vacía. Se sentó y esperó a que trajeran a Cristine Neighborhood.

La sala de interrogatorios número tres no era muy amplia, lo suficiente para albergar una mesa de aluminio de un metro y medio de ancho y cuatro sillas. A la derecha un espejo ocultaba la sala contigua desde la que se podía observar el interrogatorio y grabarlo en video si fuera necesario.

La puerta de la pequeña sala se abrió y Cristine Neighborhood entró esposada, acompañada de una agente femenina.

- Siéntese, por favor, señorita Neighborhood.

- Creo que no tengo opción – admitió resignada.

A pesar de que el uniforme naranja había eliminado casi por completo su glamour exuberante, en lo mas profundo de sus ojos azules aún se adivinaba un atisbo de su carácter desafiante.

Un agente uniformado abrió la puerta y sin mediar palabra le entregó un dosier a Estrada. Lo abrió y observó su contenido.

- ¿Dónde está Marisa Palacios? – preguntó sin levantar la mirada de la carpeta.

- No lo sé.

- Yo creo que si lo sabe.

- Me la suda lo que usted piense – afirmó despectiva.

- Va a estar entre rejas una buena temporada. Por el secuestro le van a caer de seis a diez años, y por la complicidad en el asesinato de Blas Gallardo de diez a quince.

- No puede probar nada.

- ¿Cuántos años tiene? – miró el informe del dosier – Veintinueve. Saldrá usted de la cárcel cuando cumpla los cincuenta y cuatro – forzó una falsa sonrisa – Y eso sin imputarle los delitos de asociación delictiva, obstrucción…

A pesar de que le devolvió una fría mirada de desprecio, Estrada se dio cuenta de que aquello le había dolido, por lo que intentó presionar mas en ese sentido.

- Ni perfumes, ni maquillajes, ni ropas de marcas caras…

- No tengo nada que decir.

- Si me dice donde está Marisa, quizás pueda conseguirle un trato con el juez y le reduzcan la pena, o la sentencia sea a la baja. – hizo una pausa esperando alguna reacción de Neighborhood – Pero si no me ofrece nada…

- Será divertido ver como me relaciona con el asesinato y el secuestro.

- Hemos encontrado fibras que la relacionan directamente con…

Sonó el teléfono de Estrada. Atendió la llamada en silencio.

- Me informan que acaban de pedir un rescate y la liberación de Ernesto Alejandro Rojas Vasques, jefe del cártel de La Libertad.

- ¿Y eso que tiene que ver conmigo?

- Por lo que sé hasta ahora usted mantenía una relación sentimental con el fallecido Juan Valdez y me da a mi que o bien fue un crimen pasional o bien están eliminando pistas. Hemos encontrado otro fiambre asesinado y creemos que también tiene relación con todo esto. Quizás sea usted la siguiente.

- Lo dudo.

- Yo no estaría tan segura. Lamento que no quiera colaborar.

El teléfono de estrada recibió un mensaje. Leyó su contenido y esbozó una leve sonrisa.

– Acaban de confirmar que el muerto de Badalona tiene relaci ón con el asesinato del San Francisco, el secuestro de Marisa y el asesinato del conductor. También se han encontrado un par de maletas de color rosa con ropa femenina. Una ropa bastante acorde a su estilo de glamour exuberante y exagerado. No necesito nada más de usted, Neighborhood.

Estrada se puso en pie y salió de la sala de interrogatorios.

- Que se la lleven a la espera de juicio – ordenó a la agente que esperaba fuera. Su teléfono volvió a recibir un mensaje cuando salía de la sala.

Asomó la cabeza en la sala de interrogatorios y añadió:

- Por cierto, sobre la maleta había un billete a su nombre de ida a Lima para esta noche, pero creo que no va a llegar a tiempo al aeropuerto – cerró la puerta sin esperar a ver su reacción.

Salió de la zona de calabozos y subió a su despacho.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en la última planta, fue directamente al mostrador de recepción.

- Marta, reúne al equipo dentro de una hora en la sala de reuniones. Convoca al Ministro Paredes y al embajador Palacios en media hora en mi despacho. Dile al ministro que sé donde está su ahijada. Si te pone “peros” dile que es urgente.

- Ahora mismo capitán.

- Estaré en mi despacho. ¿Está Alicia?

- Si, capitán en el laboratorio. Esta semana apenas ha estado por aquí.

- Gracias Marta.

Fue a su despacho y se sentó en el sillón del escritorio.

Tomó el teléfono que había sobre la mesa y marcó el teléfono del laboratorio.

- Laboratorio, García – respondieron al otro lado.

- Soy Estrada. Pásame a Alicia, por favor.

- Ahora mismo, capitán.

La actividad del laboratorio se escuchaba perfectamente a través del auricular.

- Canales.

- Alicia, soy Fermín.

- ¿Cómo te ha ido la mañana?

- ¡Joder, Alicia..! menudo día llevo… no he parado desde que me he levantado…

- Ya se que has estado de un lado para otro…

- ¿Me tienes vigilado?

- ¡Claro! – bromeó – Eres un activo muy preciado.
- ¿Para ti o para el departamento?
- Para ambos – rió divertida.
- He convocado una reunión de todos los jefes de grupo para dentro de una hora.
- Bien, ¿Qué ha pasado?
- Creo que sé donde está Marisa Palacios.
- ¿La has encontrado? ¿Ha cantado la "Diva Rosa"?
- No… esa no ha dicho ni pío. Tiene bien aprendido el guión.
- ¿Entonces?
- Las pistas me llevan a creer en tal afirmación. Me hizo sospechar que uno de los guardias de seguridad, precisamente no se hubiera presentado a trabajar el día de marras. Lo localizamos en un motel. Asesinado en la bañera. Allí tu equipo procesó la escena y recogió muestras que coincidían con otro cadáver encontrado en Badalona, en un incendio. Fue casual. La información llegó a Victoria Sardá que lo relacionó con las sospechas del sargento de bomberos. Una de esas corazonadas suyas que suelen surtir su efecto positivo.
- Victoria la "divina", no sé que haríamos sin ella – reconoció Alicia.
- Cierto. Es una pieza clave en todas las investigaciones… En el incendio se encontraron unas maletas dignas de una "diva" – dijo en tono burlesco – Maletas que no podían ser de otra mujer que de nuestra "Diva Rosa", y como guinda, un billete de avión a Lima para las 20:30 de hoy. Un vuelo al que no va a llegar – admitió con una leve sonrisa.
- Vaya, parece que lo tienes casi cerrado.
- Para nada. Se donde situarla, pero no su localización exacta. Estoy en un callejón sin salida.
- Creo que victoria está analizando la llamada de los secuestradores.
- Es una aguja en un pajar, Alicia. Perú tiene mas de un millón de kilómetros cuadrados y casi treinta y dos millones de habitantes. Tiene ciudades superpobladas como Lima con casi diez millones de habitantes y selvas completamente desiertas donde se esconden zulos y casas recónditas imposibles de ser detectadas desde el aire.
- Tranquilo, Fermín. Seguro que se te ocurrirá algo.
- Esta vez no estoy tan seguro.
- Siempre dices lo mismo… y luego…
Hubo un corto silencio.
- Espero que tengas razón. Luego nos vemos.
- Hasta luego. Verás como la encuentras. Te quiero.
- Y yo a ti.

Cortó la llamada y pidió a cafetería que se subieran un bocadillo y un refresco para comer. Giró el sillón de piel hacia el gran ventanal de su despacho y observó el ir y venir de la gente durante un rato. Una pequeña furgoneta de una compañía de transportes paró en la esquina de la calle Valencia con la calle Calabria y de ella bajó un hombre con uniforme azul y un pequeño paquete en la mano. Miró mas allá y vio como las puertas del colegio acababan de abrirse y los niños entraban en tropel.

Tocaron dos veces la puerta.

- ¡Pase!

- Capitán, le traigo lo que ha pedido a cafetería – dijo una muchacha de no mas de veinte años, alta, delgada y con el pelo recogido en una cola de caballo.

- Gracias Susana. Apúntalo en mi cuenta.

- Claro capitán, como siempre – se acercó al escritorio y dejó una bandeja con un bocadillo, que sobresalía de un sobre de papel, una lata de refresco y un café del que emergía una humeante columna de vapor y un aroma que envolvió enseguida el despacho.

- ¡Te has acordado del café!

- ¿Cómo iba a olvidarlo?

- Gracias. ¿Qué haría sin ti?

La chica, cuya tez era bastante blanca, se sonrojó enseguida.

- Hasta luego Capitán – se despidió con timidez.

Estrada, que ya le había hincado un diente al bocadillo, se limitó a despedirla con un ademán. La muchacha salió en silencio y cerró la puerta despacio.

Cuando estaba terminando el bocadillo, Marta, la recepcionista, llamó por teléfono avisando de la llegada del ministro Paredes y el embajador Palacios.

- Que pasen – Pidió, luego colgó el aparato con energía – ¡Es que no puedo ni comer! – Se quejó.

No tardaron en tocar la puerta. Estrada se levantó, fue al baño interior de su despacho y se sacudió las migas del bocadillo en el lavamanos. Rápidamente fue a la puerta y la abrió.

- Señor ministro, señor embajador, gracias por venir tan rápidamente. Pasen por favor.

- Muchas gracias, capitán Estrada. – Agradeció el embajador educadamente.

Entraron y se sentaron en los silloncitos que había frente el escritorio.

- Supongo que tiene noticias relevantes como para habernos citado a los dos, capitán – dijo el ministro Paredes.

- Así es.

- Agradezco mucho el interés que se ha tomado en todo esto,

capitán.

- No hubiera podido hacerlo de otro modo, señor ministro. Les he hecho venir por un único motivo. Sé dónde se encuentra su hija, y aunque de momento sea solamente una especulación, los indicios señalan completamente a esta posibilidad.

Estoy esperando una confirmación del aeropuerto de El Prat y de mi técnico de comunicaciones que ha prometido llamarme en breve.

- ¿Qué es lo que le hace pensar que sabe donde está? Y por cierto, ¿dónde está mi hija? – preguntó el embajador Palacios con cierto tono de entusiasmo.

- No quiero aburrirle con una relación de todas las pistas del caso que he estado siguiendo. Cuando lo resolvamos, si lo desea, podrá disponer de un informe completo en el que se detallará paso por paso la cronología y las pistas que hemos seguido. Pero en resumen, puedo decir que se ha encontrado una maleta y varios billetes a Lima – sonó el teléfono del escritorio de Estrada – Discúlpenme, señores, probablemente sea mi técnico con la información que estoy esperando.

Descolgó el aparato y atendió la llamada.

Duró menos de un minuto.

- ¿Es la información que aguardaba, Capitán? – preguntó Paredes con impaciencia cuando Estrada colgó el aparato.

- Si, y mejor de lo que esperaba, ciertamente. Me acaba de informar Victoria Sardá, la jefe del equipo de telecomunicaciones, que se tiene constancia de un vuelo en el que ha viajado una menor de edad que responde a la descripción de su hija, señor embajador. Han recuperado las imágenes de las cámaras de seguridad y la identidad está confirmada en un noventa por ciento.

- ¿Cómo la han podido subir a un avión de línea regular sin levantar sospechas?

- Hay muchas maneras, señor ministro. La coacción es una de ellas. Es una chica joven y seguramente ingenua. Basta con decirle que si hace algo matarían a su padre, por ejemplo.

- Bueno… en eso tiene razón: Marisa es muy inteligente, a la vez que inocente. En una situación de este tipo… supongo que… la habrá pillado desprevenida… Quizás la he protegido demasiado… – lamentó pensativo.

- ¿Qué piensa hacer ahora? – preguntó el ministro Paredes.

- La investigación aquí ha terminado, señor ministro. En Barcelona ya no puedo hacer mas. No hay mas rastros que seguir, puesto que todos conducen a Perú.

- ¿Piensa entonces continuar la investigación en Perú?

- Como jefe de la interpol en Cataluña puedo hacerlo sin necesidad de permiso alguno, pero en esta ocasión necesitaré toda

la ayuda que allí me puedan brindar si su deseo es que continúe siguiendo las pistas.

- ¡Naturalmente! – contestó espontáneamente – Debo decirle algo, capitán Estrada – dijo el embajador en tono muy serio y pausado. – Aunque estoy muy orgulloso de la policía de la república del Perú, debo admitir que los tentáculos del narcotráfico han conseguido corromper a muchos de sus agentes. Si va a ir tras los hombres de Ernesto Carlos Rojas Vasques va a necesitar más que mi bendición y la ayuda de la policía peruana.

- No voy a dejar a su hija en manos de unos narcos, por muy feroces que sean – afirmó convencido.

- Lo sé, capitán – hizo una pausa durante la que se le vio mostrar cierta preocupación primero, y emoción, después – Si no lo consigue, no se lo voy a tener en cuenta – una silenciosa lágrima recorrió su mejilla – Se que está haciendo todo lo que está en sus manos – admitió emocionado.

- Javier, si hay alguien que puede recuperar a tu hija, es Estrada.

- La recuperaré, señor embajador. No dude de ello – afirmó muy seguro de si mismo – El ministro Paredes puso su mano sobre su hombro con intención de infundirle ánimo a su amigo.

- ¿Qué piensa hacer ahora?

- Reunirme con mi equipo. Los he citado dentro… – miró su reloj de pulsera – de media hora. Pueden estar ustedes presentes si lo desean, pero va a ser una reunión en la que les voy a informar del viaje a Lima y vamos a tratar temas técnicos que les aburrirían.

- ¿Va a llevárselos a todos?

- No, no puedo hacer eso, pero sí a los jefes de grupo. Me llevaré a los mejores, señor embajador – afirmó tranquilizador.

- La policía peruana dispone de los mejores laboratorios…

- Lo sé, señor embajador – levantó la mano sin dejarle terminar. – Pero prefiero trabajar con mi equipo. Lo único que le voy a pedir es que les deje usar y trabajar en sus instalaciones.

- Veré lo que puedo hacer. Haré algunas llamadas.

- Póngase manos a la obra. Si no lo consigue y tengo que trasladar parte de mi laboratorio a Perú, lo haré.

- No creo que sea necesario.

- Por mi parte no tengo nada más que añadir.

El ministro Paredes y el embajador Palacios se miraron entre si intentando descubrir si el otro guardaba algún interrogante.

- Creo que nada mas, capitán – dijo al fin el embajador educadamente.

- Lamento no poder acompañarle, capitán, pero mantendré una línea con Lima para estar informado de todo – se disculpó el ministro.

- No lo dudo – reconoció con una sonrisa.

Se levantó y les estrechó la mano. Luego les acompañó hasta el hall de aquella planta donde tomaron el ascensor.

Se acercó al mostrador de recepción.

- Marta, convoca al equipo ahora mismo. Estaré en la sala de juntas.

- Voy, capitán – tomó el teléfono y empezó a hacer llamadas.

Estrada continuó andando sobre el suelo enmoquetado hasta la sala de juntas. Abrió la puerta, encendió las luces, que tardaron un momento en reaccionar y se sentó en el sillón de cuero de la cabecera de la mesa.

Poco a poco fueron llegando todos. La mas puntual fue Victoria Sardá, la mas simpática, vivaracha y peculiar del grupo.

- Hola "capi". ¿Dónde me siento? – preguntó atropellando las palabras como tenía por costumbre.

- Donde quieras. No es mas que una reunión informativa – dijo reclinándose en el respaldo del sillón. Sacó uno de sus puros y lo puso en la comisura de los labios, sin encenderlo, y empezó a mordisquearlo como hacía cuando había algo que le preocupaba.

- Buenas tardes – saludó Mauricio Santamaría al entrar.

Después de él llegaron Adur Aguirrebeña, al que todos llamaban Adur o Aguirre, de balística, el teniente Garrido del grupo táctico y el sargento Baldomero, del grupo de asalto. El último en llegar fue Aarón Mata, del laboratorio toxicológico y Alicia Canales.

- Buenas tardes muchachos.

Todos hablaban entre ellos por la extrañeza de aquella reunión urgente. El tono iba en aumento hasta que después de pedir dos veces mas silencio, Estrada perdió la paciencia.

- ¡Silencio, coño! – gritó dando un manotazo en la mesa. El grupo quedó en silencio de pronto – disculpad, pero esto es muy importante.

- ¿Qué ocurre capitán? ¿ Para qué tanta urgencia? – preguntó el teniente Garrido, del grupo táctico.

- Todos sabéis que el caso del secuestro de Marisa Palacios ha tenido prioridad uno desde el principio. Las pistas que hemos ido siguiendo hasta ahora nos han conducido finalmente hasta un punto desde el que no podemos continuar investigando desde aquí.

- ¿Y qué sugieres? – Preguntó Alicia.

- Seguir las pistas hasta donde nos lleven. Hemos recibido una llamada en la que se pide un rescate y la liberación del narco Ernesto Alejandro Rojas Vasques.

- Perdón "capi", respecto a la llamada en cuestión, tengo nueva información.

- Victoria, ¿cuándo pensabas decírmelo? – preguntó de mal

humor.

- Acabo de recibir ahora mismo la info, capi… – se disculpó colocándose sus gafas para ver mejor su tablet.

- Está bien, está bien… dime, ¿Qué tienes?

- Bien, he estado siguiendo la llamada hasta Perú, y aunque se hizo desde un teléfono “celular”, como ellos los llaman, puedo situar el teléfono móvil en cuestión en un lugar llamado “La libertad”, al norte del país.

- Buen trabajo, Vicky. Gracias – hizo una breve pausa – Señores, creo que no necesitamos mas argumentos. Dejen sus departamentos en manos de sus segundos de grupo y márchense a sus casas a preparar las maletas, nos vamos a… ¿Cómo cojones se llama ese sitio?

- La Libertad, capi – dijo rápidamente.

- Eso, pues nos vamos a La Libertad. A liberar a Marisa Palacios – sentenció solemne.

Se puso en pie, y ante el estupor de todos salió de la sala de reuniones sin añadir ni una palabra mas.

Caminó un par de metros y regresó.

- No olviden sus pasaportes y documentación de la policía – dijo desde la puerta.

- ¿Para cuanto tiempo, capitán? – preguntó Adur.

- No lo sé. Espero poder liberarla en menos de una semana, pero ya sabéis como son estos casos… Ah, y recordad que allí ahora es invierno…

CAPÍTULO TERCERO

IX

Estrada, Alicia y Victoria Sardá llegaron juntos al aeropuerto de El Prat cuando pasaban cinco minutos de las siete y media de la mañana.

Aquel día, Victoria había dejado aparcada en casa la pequeña scooter color rosa chicle que la acompañaba a todas partes, para ir que su jefe y Alicia, la ayudaran con el equipaje desde su casa hasta el aeropuerto.

Esperaron en una de las salas reservadas a que llegara el resto del equipo, que no tardó mucho en hacer acto de presencia.

El comandante de la aeronave les esperaba en la escalerilla, junto a la puerta delantera del avión.

- Buenos días. Usted debe ser el capitán Estrada.

- Así es. ¿Es usted el piloto?

- Comandante Carlos Fernández, capitán Estrada – le tendió la mano. Estrada ofreció la suya y se dieron un fuerte apretón de manos.

- Un placer conocerle, comandante Fernández.

- Lo mismo le digo, entren por favor. Tenemos pista reservada en media hora. Su equipaje ya ha sido cargado en la bodega.

- ¿Y el equipo de laboratorio?

- Todo está a bordo, no se preocupe por nada. Por favor, entren y prepárense para el despegue, tengo que tomar pista y vamos con el tiempo justo.

- Supongo que tengo que entregarle mi arma reglamentaria durante el vuelo.

- Si, es el protocolo de aviación civil, ya lo sabe.

Estrada sacó su arma de la cartuchera. El sargento Morales, el teniente Garrido y el sargento Baldomero hicieron lo propio. Alicia se sumó al grupo sacando también su arma reglamentaria.

La cara de asombro del comandante parecía incluso cómica.

- Está bien… quédenselas, pero no se pongan a disparar en el avión. Quiten los cargadores y vacíen la recámara… y… vamos, entren… no se entretengan, ya vamos con retraso – dijo con nerviosismo.

Hicieron lo que les ordenó el comandante Fernández rápidamente y se sentaron en los asientos de la primera clase.

El avión despegó puntual.

El vuelo a Lima duró catorce horas y media. Tiempo que emplearon en preparar los planes y estrategias a llevar a cabo, y hacer varias llamadas a la Interpol de Lima para coordinar su llegada.

Aguirre y Garrido pasaron casi todo el vuelo viendo películas con los auriculares puestos. Victoria Sardá leyó un libro durante buena parte del viaje, haciendo pequeñas pausas para hablar con Alicia y Marisa, la psicóloga.

Mauricio Santamaría y Aarón Mata se pasaron casi todo el vuelo durmiendo o jugando a la brisca, por partes iguales.

Baldomero no encontró descanso en todo el vuelo, yendo de un lado para otro. Intentó leer un rato, más tarde se unió a una partida de cartas con Santamaría y Mata, pero nada conseguía aplacar el nerviosismo que sentía cada vez que volaba, hasta que por fin, vencido por el cansancio y la monotonía del viaje se quedó dormido en su asiento con la cabeza recostada en un cojín que colocó junto a la ventanilla.

Alrededor de las cinco de la tarde, el avión tomaba tierra en el aeropuerto Jorge Chávez, en Lima, República del Perú.

Abandonaron el aparato, a través de un túnel de desembarque que les llevó hasta la terminal. Estaban bastante entumecidos y cansados después de tantas horas de vuelo. Allí les esperaba Carlos Manuel Quispe Ramírez, jefe de la interpol en Lima.

Quispe era un hombre alto. Vestía un traje gris con un ligero toque brillante que le confería, junto al pañuelo blanco que asomaba del bolsillo de la americana, una elegancia inusual. Llevaba el pelo perfectamente engominado y peinado hacia atrás y un bigote estrecho tipo “americaine” muy popular en los años cincuenta, que al parecer empezaba a coger fuerza de nuevo en Latinoamérica.

- Buenas tardes capitán Estrada – saludó Quispe al verles

aparecer en la zona VIP. No tuvo duda alguna que el equipo que esperaba de Barcelona eran ellos.

- ¿Buenas tardes? ¡Para nosotros son buenas noches! – se quejó divertido.

- Si, tiene razón, capitán. Síganme, tenemos un transporte esperando. Ya hemos recogido por ustedes el equipo de laboratorio – hizo una breve pausa – tenemos un piso en la capital en el que podrán descansar.

- Capitán Quispe, nuestro objetivo está en Trujillo.

- Lo sé, Estrada. Llevan ustedes… ¿Cuánto?, ¿quince horas en el avión? Les conviene descansar, adaptarse a nuestro clima y dormir un poco.

- Pero…

- Tranquilo, capitán. – insistió amablemente – Tenemos un vuelo privado de Avianca para dentro de cinco horas. No podemos disponer antes de él.

- ¡Joder! – se quejó mientras caminaban hacia la puerta de salida.

- Tranquilo capitán Estrada. Aquí las cosas no funcionan igual que en Europa. Debe tener paciencia – afirmó gesticulando de forma cómica.

Estrada resopló resignado e hizo las presentaciones oportunas, luego salieron fuera sin mas dilación.

Cuando las puertas de cristal que daban salida a la calle se abrieron, todos quedaron sorprendidos del ambiente agradable, casi frío que allí se respiraba. Estrada había repetido varias veces que allí era invierno en aquella época del año, pero que hiciera frío en pleno mes de agosto extrañó a todo el grupo, incluso a él.

Quispe se adelantó, abrió la puerta corredera de una lujosa furgoneta para pasajeros de color negro brillante y les invitó a subir. No tardaron en llegar al piso franco, situado en un barrio de clase media, para no llamar la atención, frente un bonito parque en la avenida Ricardo Palma.

En el edificio había un garaje cubierto, algo poco frecuente en los edificios altos de Lima, que solían disponer de plazas de parking al aire libre tras una reja para que nadie ajeno pudiera acceder y sustraer algún vehículo.

El apartamento estaba situado en el último piso de un edificio color blanquecino de seis plantas. Constaba de cuatro habitaciones, cocina americana, dos baños completos y una terraza suficientemente amplia para albergar una mesa y cuatro sillas.

- Aprovechen para asearse un poco y dormir. Pueden usar las habitaciones, tienen sábanas limpias. También me he tomado la libertad de pedirles algo para comer – dijo Quispe.

- Muchas gracias, Capitán Quispe – agradeció Alicia.

- Es lo menos que puedo hacer. Son ustedes mis invitados.

Llamaron a la puerta con dos toques secos.

Quispe observó por la mirilla y luego abrió la puerta. Era el catering. Recogió las bolsas, pagó al repartidor y fue al salón.

- Espero que les guste lo que he pedido – dijo mientras sacaba los pequeños contenedores y los colocaba sobre el mantel, en la mesa del comedor.

- ¡Patatas a la huancaína! – exclamó Victoria Sardá rápidamente.

- Papas a la huancaína, señorita Sardá – puntualizó Quispe.

- ¡Eso! Ya no me acordaba. Hace tiempo estuve con un chico que… – se sonrojó y dejó de hablar de pronto al darse cuenta de que todos fijaban la mirada en ella sorprendidos.

- Vaya, Vicky… nunca me habías dicho nada de…

- Calla – pidió avergonzada. A pesar de su carácter extremamente extrovertido, Victoria Sardá era bastante reservada en cuanto se refería a su vida privada, sobretodo las relaciones de pareja. Nadie hasta entonces le había oído hablar de novios o antiguos amores.

- Espero no haber dicho ninguna inconveniencia – se disculpó Quispe.

- Bueno, vamos a comer algo… – pidió estrada abriendo uno de los contenedores.

- Si, yo estoy que me muero de hambre – admitió el sargento Baldomero mirando con interés las bolsas y contenedores que Estrada y Quispe iban abriendo.

- Pero… ¿Qué coño es esto? ¿Una rata?

- Es un cuy, capitán. Ustedes lo llaman… coballa, según creo. Es un manjar muy apreciado por los peruanos…

- Joder… puto asco… yo no me voy a comer una maldita rata…

- Abra su mente, capitán Estrada… – pidió con una amplia sonrisa. – Pruébelo y luego me dice…

Tomó un trozo de carne y se lo introdujo en la boca. Todos observaban en silencio esperando su reacción.

- Bueno… – dijo al fin – Está bueno. Sabe…. Parece que estés comiendo codorniz… poca carne y muchos huesos, pero está bueno.

- ¿Lo ve? Deben abrir sus mentes. – dijo divertido Quispe.

- Quizás tenga usted razón – admitió Morales, del grupo de seguimiento tras probar una de las pequeñas y huesudas patitas del animal.

- Coman un poco y descansen. El vuelo a Trujillo no sale hasta la noche.

Carlos Quispe y Estrada se sentaron en el tresillo que había junto al ventanal que daba acceso a la terraza.

- Capitán Quispe, quiero agradecerle las molestias que se ha tomado para organizar tan cálida bienvenida.

- No es para menos, Estrada. Usted hubiera hecho lo mismo.

- Cierto. Quisiera saber que ha podido averiguar de nuestro objetivo.

- Bueno… la verdad es que no he podido disponer de suficiente tiempo para indagar más. Su llegada ha sido bastante inesperada, me avisaron hace pocas horas desde la sede central de Barcelona, de todos modos, puedo confirmarle que la dirección que encontraron en el piso quemado es de una zona muy humilde de Trujillo.

- ¿Dirección?

- Si, capitán, pensaba que estaba al corriente. Su equipo me mandó un informe. Una tal Marta.

- No, no sabía nada de eso. ¿Hay algo en especial en esa zona que pueda relacionarla con el caso?

- Trujillo es muy grande, capitán. Hay zonas muy ricas, de clase media… pero desgraciadamente también zonas muy humildes, algunas de ellas cuna de traficantes, extorsionadores… El Perú es tan extremadamente maravilloso como, al mismo tiempo, extremadamente pobre… y hasta miserable…

- Esto no ha podido montarlo ningún extorsionador de poca monta. Quien ha montado un secuestro de estas proporciones está bien organizado y tiene los conocimientos y recursos suficientes para llevarlo a cabo – afirmó tras beber un refresco amarillo.

- En ese caso… solo puede haber alguien en esta región… pero… preferiría que no fuera él.

- ¿De quién se trata?

- Déjeme hacer unas averiguaciones antes de darle una respuesta… aunque tengo mis sospechas, quiero asegurarme, Estrada.

- Bien. Hágame un favor. Necesito comparar todos los vuelos procedentes de Europa durante las últimas cuarenta y ocho horas que hayan llegado a Lima o cualquier aeropuerto del Perú, con los de llegada a Barcelona del último mes.

- Enseguida me pondré a ello – se puso en pie – Iré a la oficina y pondré a mi equipo a trabajar en ello. Ustedes descansen, estaré de vuelta en unas cuatro horas.

- Gracias, Quispe. Le esperamos.

Salió del apartamento.

Los demás continuaron comiendo, y luego intentaron dormir un poco.

X

Cuatro horas y media mas tarde Quispe regresó con la información que Estrada le había pedido.

Se sentaron de nuevo en el sofá donde horas antes estuvieron hablando para informarle de lo que había podido averiguar.

- He conseguido la información que me ha pedido. He podido acceder a las listas de pasajeros de todos los vuelos de llegada a Barcelona y Lima en las fechas que me indicó.

- ¿Y bien?

- Tengo diez nombres. Diez sujetos que han viajado de aeropuertos peruanos a Barcelona y han regresado al Perú dentro de las fechas.

- Bueno… algo es algo… mas vale diez que cincuenta.

-Realmente son cinco los sospechosos. Cinco son cardiólogos que han viajado al European Cardiology Congress. Y los otros cinco… tienen antecedentes penales aquí en Perú. Ninguno por sangre: robos, alguno por extorsión… Nada realmente importante.

- No es mucha cosa que digamos… ¡joder! – exclamó turbado.

- ¿joder? – rió Quispe divertido - ¡Ah! ¡carajo! Aquí no usamos esa expresión.

- Pues a partir de ahora la van a oír a menudo – se burló Alicia al salir de una de las habitaciones con cara de sueño.

- Si… ya me he dado cuenta que el capitán es bastante renagón…

- ¿Renagón?

- Mmm… Quiero decir… que le gusta blasfemar…

- Ah, ya… si… eso lo hace bastante… – volvió a reír la mujer.

- ¿Y qué hay de esos cinco hombres con antecedentes?

- Son hombres de Rojas – afirmó sobrio.

- ¿Rojas? ¿Y quien coj..? ¿Y quién es Rojas? – rectificó a tiempo bajo la atenta mirada de Alicia.

- Ernesto Alejandro Rojas Vasques – sacó una fotografía del bolsillo interior de su americana y se la mostró a Estrada. La observó y se la pasó al resto del grupo que había ido acercándose en silencio para seguir la conversación.

- ¿Es un traficante? – preguntó Aarón Mata, del laboratorio toxicológico.

- No… El es "el traficante" – puntualizó dibujando unas comillas en el aire. – Escobar a su lado era un aprendiz. Su negocio mueve cientos de miles de millones de dólares americanos. No hay nada que no pueda alcanzar, conseguir o comprar, bien sea con dinero o a la fuerza. Tiene tanto dinero que el gobierno de Estados Unidos tuvo que imprimir mas billetes de cien dólares por que Rojas los tenía por millares escondidos en zulos en la selva.

- ¿Y qué interés puede tener en una niña que está a miles de quilómetros de él?

- El embajador Palacios fue ministro del interior durante dos legislaturas. Mantuvo una lucha encarnizada contra el narcotráfico, y concretamente contra Rojas Vasques. Estuvo a punto de convertirse en un "Lara Bonilla" peruano, pero por suerte pudo eludir un atentado al cambiar la ruta de su comitiva a última hora. Palacios es un hombre inteligente y se sirvió de la experiencia fallida de Lara para no cometer los mismos errores.

- No estaba enterado de ello – reconoció Estrada.

- Bueno… conozco al señor embajador… siempre ha sido muy reservado en lo que concierne a su vida privada – hizo una breve pausa – Creo que deberíamos marcharnos ya. El vuelo sale dentro de muy poco.

- Chicos, recogedlo todo. No os olvidéis nada – ordenó Estrada.

- No se preocupen por el orden, tenemos un servicio de limpieza, pero si es importante que no se dejen nada personal.

- ¿En Trujillo tendremos un alojamiento?

- Si, hay un piso franco preparado. En realidad es una casa. La hemos usado en otras ocasiones. No es tan lujosa como este apartamento, pero estarán cómodos.

Bajaron de nuevo al parking, donde les esperaba la misma furgoneta que les había traído horas antes. Fueron de nuevo hasta el aeropuerto de Lima y embarcaron en un vuelo de Avianca que les llevó una hora y media mas tarde al aeropuerto internacional

Capitán FAP Carlos Martínez de Pinillos, en Trujillo, al norte de Perú.

Allí les esperaban dos transportes que les llevarían a Laredo. Un microbús y una pick-up, ambos bastante destartalados con la intención de pasar desapercibidos.

Estrada, Quispe, el sargento Morales y el teniente Garrido subieron a la pick-up, el resto fueron en el micro bus.

Al llegar a la altura de la calle Industria con San Ignacio, casi en el centro de la ciudad, un agente de la policía les dio el alto.

- Buenas noches. Saludó Quispe al bajar la ventanilla.

- Buenas noches señor. ¿No vio que el semáforo estaba en rojo?

- Pues la verdad es que no. Estaba convencido que había pasado en verde. – respondió tranquilamente.

- Has pasado en verde – sentenció muy serio Estrada.

- Pasó en rojo, es así… debo sancionarle… – afirmó sacando un blog del bolsillo de la camisa de su uniforme y sin dar ninguna importancia a las palabras de Estrada.

- Oiga, le digo que hemos pasado en verde – insistió Estrada molesto.

- Ya… usted no se meta… esto es con el conductor… – le hizo una seña a Quispe que entendió perfectamente.

- ¿Qué no me meta? – respondió Estrada con indignación.

- Espere Estrada… recuerde: abra su mente…

El agente volvió a hacer la seña. Esta vez Estrada la vio perfectamente.

- ¿Le está pidiendo dinero? – preguntó Estrada. Abrió la puerta del acompañante y se apeó.

- Suba al vehículo, señor – pidió el agente con cara de sorpresa.

Estrada sacó su placa de la interpol y se la mostró.

- ¡Es usted una puta vergüenza para el Cuerpo Nacional de Policía del Perú. Una maldita escoria.

- ¡Señor le ordeno que vuelva al vehículo! – gritó el agente de forma nerviosa mientras posaba su mano sobre el arma que llevaba colgada al cinto.

- Si fuera usted uno de mis hombres le metería en la cárcel hasta que los canarios cantaran ópera – aseguró mientras se iba acercando hacia él.

- No se lo volveré a repetir, señor. ¡Regrese al vehículo ahora – quitó el pasador de cuero de la cartuchera que la mantenía sujeta.

- ¿Qué ocurre? – gritaron desde la plaza que había tras ellos.

- Aquí el gringo no obedece mis órdenes, jefe.

- ¿Qué ocurre señor? Debe usted obedecer las instrucciones de los agentes de la ley – dijo un gordinflón de piel oscura cuya camisa del uniforme luchaba por no romperse.

- ¿Es usted responsable de este hombre?

- Soy el jefe de policía, si señor. Este hombre está a mi cargo.

- En ese caso debe saber que este hombre es un corrupto. Debería darle vergüenza tener hombres como este en su unidad – dijo con displicencia.

- Si quiere usted acompañarme a la comisaría, señor, quizás podamos aclarar todo esto – pidió de forma sosegada.

- Está bien. ¡Vayan al punto de destino! – ordenó Estrada al conductor del microbús.

El vehículo desapareció calle abajo envuelto en la oscuridad de la noche.

Aparcaron la pick-up junto a la comisaría y entraron en silencio detrás del jefe de policía.

El local era tremendamente austero para tratarse de una comisaría de policía. Frente la puerta de entrada, un mostrador destartalado y bastante gastado daba la bienvenida. Tras él tres escritorios de similar aspecto. En uno de ellos, un viejo ordenador amarillento con una gran pantalla de tubo era manipulado por un hombre sin uniforme, casi anciano, que pulsaba lentamente las teclas con los dedos índice de las dos manos. La pintura de las paredes estaba desconchada y varios fluorescentes estaban fundidos, a pesar de lo cual, la iluminación era bastante aceptable.

- ¿Qué ha ocurrido, señor?

- Soy el capitán Fermín Estrada, de Interpol – afirmó mostrando su placa.

- Mierda… – susurró el agente corrupto por lo bajo.

- A las órdenes de usted, capitán Estrada. Lamento lo que haya podido ocurrir… aquí con el oficial Jaramillo… Será reportado, esté seguro de ello – intentó disculparse.

- Este hombre nos ha pedido dinero a cambio de no sancionarnos. Una sanción, cabe decir, que se ha inventado…

- Repito mi disculpa, señor. Y le aseguro que será sancionado por su actitud. La policía peruana se debe al pueblo y no permito que se cobren este tipo de impuestos, pues…

Estrada bajó el tono.

- Acepto sus disculpas y confío en su buen criterio.

- Gracias, capitán. Soy Alberto Alejandro Tamarite Vallejo, pero todos me conocen por mi chapa. El “Gran Tama” o “Tama”.

- ¿Chapa? – Preguntó Estrada extrañado mirando a Quispe de reojo.

- Su apodo, como dicen ustedes – apuntó.

- Ah, ya… Por cierto, jefe Tama, este es Carlos Quispe, Capitán de Interpol Lima – estrecharon sus manos – ¿Tiene usted un

despacho en el que podamos hablar?

Abri
ó una parte del mostrador que hacía de puerta y entraron.

- Síganme – a la derecha había una puerta. La abrió y le siguieron. – Espere fuera Jaramillo.

Los tres hombres entraron a una pequeña habitación que hacía las veces de despacho y almacén. Una estantería metálica llena de material policial ocupaba la totalidad de la pared derecha. En el centro, un escritorio tan viejo como los de fuera y en la pared izquierda varias cajas apiladas de las que sobresalía documentación e informes con el logotipo de la PNP.

El Gran Tama cogió un par de sillas que había junto a dos cajas y las colocó frente su mesa.

- Siéntense, por favor – pidió con amabilidad. Fue a la silla que había en el otro lado de la mesa y se dejó caer. La silla gru
ñó con desesperación, pero resistió el envite.

- No pensábamos que las cosas irían por estos derroteros… espero no equivocarme con usted – miró a Quispe buscando su aprobación. Asintió en silencio al cruzarse sus miradas. – La hija del embajador del Perú en Barcelona ha sido secuestrada. Tenemos suficientes pistas para creer que están aquí en su pueblo.

- ¿Qué le hace pensar eso? – preguntó rebuscando en uno de los cajones del escritorio.

- Hemos recibido una llamada. Una llamada con unas instrucciones muy concretas: la entrega de cierta cantidad de dinero…

- Muy típico… – interrumpió tras darle un bocado a una madalena de chocolate que encontró en el cajón superior.

- Y la liberación de Rojas – añadió Quispe solemne.

El Gran Tama se atragantó de pronto. Se puso rojo hasta el punto que necesitó tomar un trago de una botella de agua que tenía sobre la mesa.

- ¿Se encuentra bien? – preguntó Estrada sorprendido.

- Si…. Si… – dijo tras toser un par de veces. – ¿Piensan liberarlo?

- Evidentemente no, jefe – afirmó Quispe con seguridad.

- En ese caso, ya pueden dar por perdida a la niña… – admitió casi sin inmutarse. Luego dio otro mordisco a la madalena.

- He venido con el propósito de recuperar a esa niña y la voy a devolver a su padre.

- Le deseo mucha suerte – dijo recostándose en el respaldo de la silla, que volvió a crujir.

- Necesito su colaboración.

- ¿Mi colaboración? ¿Ha visto usted de qué recursos dispongo?:

Tengo un administrativo que podría ser mi papá viejo, que apenas puede escribir a máquina por la artritis que sufre. Agentes corruptos y otros inexpertos que no han disparado un arma en su vida… Esta chamba no da guita, gringo… ¿No ve cómo está esto?

- Eso tiene solución, Gran Tama.

- ¿Cuál? – preguntó intrigado.

- Venga mañana a verme. A las 9 de la mañana. Quispe, dele las señas del piso franco.

- Le daré las de un bar – sacó un pequeño blog de notas y apuntó.

- Ese concha de su madre va a matar a la niña y luego a ustedes. No conoce a Rojas… no hay quien lo pare.

- Aún no conoce a Estrada, Tama… – rió Quispe dejando el papel con la dirección del bar sobre la mesa.

Se levantaron y regresaron en silencio a la pick-up que les esperaba fuera con Morales y Garrido. Jaramillo, que esperaba sentado en una vieja silla junto a la puerta les siguió con la mirada hasta que desaparecieron del alcance de la vista.

XI

La casa que la interpol tenía en Laredo pasaba completamente desapercibida para cualquiera. Estaba situada en un barrio de clase media, en la esquina de dos calles en una zona bastante tranquila de clase obrera.

A las ocho de la mañana, hora local, la alarma del reloj de pulsera de Estrada sonó. Levantó al equipo, desayunaron juntos en el discreto comedor y luego se fue con Quispe al bar en el que habían citado al Gran Tama.

A las 9:45, después de un café con leche y dos croissants, el jefe de policía de Trujillo entró en el local.

- Le dije a las nueve en punto, Tama – le recriminó al verle.

- ¿No son las nueve en punto?

- No, son las nueve y cuarenta y cinco minutos – se quejó señalando su reloj de pulsera con el semblante muy serio.

- Bueno… nueve, nueve cuarenta y cinco… hora peruana, ya sabe…

- No vuelva a llegar tarde – sentenció con tensión en el rostro. Tama no dijo nada. Se sentó en la silla que quedaba libre y pidió el desayuno.

- Usted se pasa el día comiendo, ¿no? – observó divertido Quispe.

- ¡Asu madre! Soy un hombre de vida – rió – Y eso que ya me empujé unos huevos con panceta antes de salir…

- ¡Joder! – exclamó Estrada – Vamos al grano antes de que le dé un pasmo…

- ¿Un pasmo?

- Antes de que se muera de un infarto – puntualizó Quispe con

media sonrisa.

- Ah, ya…

- Como le dije ayer, quiero que colabore con nosotros. Necesitamos encontrar a la niña, pero no sabemos con seguridad donde puede estar.

- Ayer me dijo que exigieron la libertad de Rojas.

- Así es.

- Entonces ya sabe quien la tiene.

- ¿Quién la tiene?

- El pituco, pues…

- ¿Quién es el Pituco?

- Se refiere a Rojas, el que tiene el poder, el que manda – dijo Quispe.

- Ya…

- Bien, y según usted ¿dónde está la niña?

- Donde no lo sé. Pero no hay duda de que la tiene Rojas.

- ¿Cómo puede tenerla rojas si está en la cárcel?

- Que Rojas esté en la cárcel no significa que haya dejado de ser el jefe del cartel de Trujillo. O que haya perdido su poder.

- ¿Cómo podemos averiguar donde la tienen?

- Nadie va a delatar a Rojas, si es lo que está pensando. Los hombres le son fiel por dos razones, o por dinero o por miedo y en algunos casos por una mezcla de las dos cosas, pues… – afirmó muy seguro.

- En ese caso habrá que investigar…

- Olvídelo capitán Estrada. Nadie le va a decir nada, nadie le va a proporcionar una pista fiable. Por lo menos por las buenas.

- ¿Usted donde cree que pueda tenerla?

- Vaya usted a saber… ese concha su madre tiene propiedades en todas partes, recursos, vehículos, amigos… Incluso estando encerrado en prisión es un peligro. Su poder no disminuye por estar encerrado. Compra a los vigilantes, a los auxiliares… seguramente hasta tiene en nómina al alcaide.

Hubo un breve silencio.

- Necesitamos su ayuda para cercar a los hombres de Rojas, Tama.

- Mi comisaría es muy pequeña. No tenemos recursos, ni chalecos antibalas… En ocasiones ni siquiera munición…

- Tranquilo, eso corre por cuenta de la interpol. ¿Rojas tiene familia?

- Si, esposa y dos hijas.

- Debemos ponerlas bajo vigilancia. Es el protocolo – apuntó Quispe.

- Si… Encárgate de ello, por favor – pidió Estrada.

- Lo organizo, no te preocupes – sacó su teléfono móvil y empezó a hacer llamadas.

- Hay, algo más… pero no puedo hacerlo yo. Quizás el incidente de ayer pueda ser beneficioso… – dijo Tama tras darle un bocado a una madalena.

- ¿De qué se trata?

- Jaramillo.

- ¿El agente de ayer?

- El mismo.

- ¿Y qué tiene que ver con todo esto?

- Hace tiempo que sospecho de él. Ese pendejo no tiene reparos en ocultar la coima que recibe…

- ¿Se refiere a sobornos?

- Si, coima, sobornos… Ese Güebón… va aireando desde hace tiempo cosas que con su sueldo de policía no podría comprar. Relojes, pulseras de oro… regalos a su jerma… a… a su mujer…

- ¿Está casado?

- No, pero vive con una mujer…

- Deje que piense – pidió Estrada pasando la mano por la cabeza. – Le vamos a secuestrar y le interrogaremos – dijo al fin. – Usted no participará. No quiero implicarle.

- Gracias, capitán. Algo así podría crearme problemas en el futuro. Problemas muy graves.

- Tranquilo.

- Acabo de organizar la vigilancia de la familia de Rojas – interrumpió Quispe.

- ¡Perfecto ! Tenemos que volver a casa para organizarlo todo.

- ¿Y yo que hago? – preguntó mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel.

- De momento nada, Tama. Nos pondremos en contacto con usted. No hable de esto con nadie. Actúe como siempre e intente no levantar sospechas.

- No lo haré. Me juego demasiado. Solamente estar aquí ya me puede poner en peligro.

Estrada y Quispe se levantaron y salieron del bar.

El gran Tama se quedó allí terminando de apurar el segundo café con leche y un nuevo croissant que pidió al camarero.

Volvieron a la casa, donde el resto del equipo aguardaba a la espera de noticias de la reunión con el jefe de policía.

- ¿Qué tal os ha ido? – preguntó el teniente Garrido con impaciencia.

- Bien. Hemos hablado con El Gran Tama. Está dispuesto a colaborar – respondió Estrada.

- Como oficial táctico debería haberos acompañado – lamentó.

- No quería desvelar todas nuestras cartas. Aún no sé con seguridad si podemos confiar en ese tal Tama. No puedo negar que transmite confianza, pero conviene tomar todas las precauciones posibles.

Aguirre asintió en silencio.

- He ordenado a mi equipo de Trujillo que ponga bajo vigilancia a la mujer de Rojas, y de Lima vienen refuerzos que llegarán este mediodía. En Trujillo solamente cuento con dos hombres.

- Muchas gracias, Quispe. Nos hará falta toda la ayuda con la que podamos contar – Estrada hizo una pausa. – Tenemos que interrogar al agente Jaramillo. Hay que sacarle como sea donde está la niña.

- Desde Barcelona nos han informado que han vuelto a llamar los secuestradores. He podido localizar la llamada en una área de doscientos quilómetros cuadrados – aseguró Victoria Sardá desde una esquina del comedor.

- Vaya, Vicky. Menudo tinglado has montado en un rato – dijo al observar los aparatos y ordenadores que había instalado en una mesa escritorio.

- Ya sabe "capi" que siempre viajo con el equipo completo. No es lo mismo que la central de Barna… – Dijo atropellándose como siempre.

- Por lo menos son doscientos quilómetros cuadrados y no mil… – comentó Alicia.

- Se me olvidó decir que son en la selva… En un lugar llamado… – miró la pantalla de su ordenador – Samiria.

- ¿Samiria? Eso es el parque nacional de Pacaya en la región de Loreto. Es casi inexpugnable desde el cielo. Es la selva amazónica. Podría tener cien escondites a la vista y no veríamos ninguno. Aunque la zona de influencia de Rojas es Trujillo, realmente domina todo el Perú. No obstante, centrar la búsqueda en doscientos kilómetros es un buen trabajo, señorita Sardá – dijo acariciando su estrecho bigotillo.

- Muchas gracias, capitán Quispe – se sonrojó.

- En ese caso, la misión de interrogar a Jaramillo continúa en pie. – afirmó Estrada.

- Bien, pero hay que buscar un lugar aislado. No quiero comprometer este lugar.

- Muy bien, Quispe. ¿Dónde?

- Conozco un lugar apartado – afirmó tras una breve pausa.

- Está bien. Esta noche, cuando salga de la comisaría hay que llevarlo a ese lugar – hizo una pausa para tomar aire y añadió. – Garrido, Baldomero y morales, quiero que tracen un plan para

hacernos con él por sorpresa..

Todos asintieron. Los tres hombres se sentaron en el sofá que había frente el televisor y empezaron a organizarlo todo.

- Supongo que aquí no nos van a traer la comida como en Lima – bromeó Alicia.

- No, señorita Canales, aquí tendremos que ir nosotros a por algo si queremos comer.

- Ya va siendo hora… Si le parece bien iré con Vicki a comprar algo – propuso.

- Me parece bien. Tomen precauciones y tengan paciencia. Aquí los hombres… digamos que les gusta piropear a las mujeres… a veces incluso demasiado.

- No se preocupe, capitán Quispe, sabemos defendernos – afirmó Victoria de forma airada y una amplia sonrisa.

XII

La plaza en la que se encontraba la comisaría de policía estaba bastante mal iluminada. Solamente dos viejas farolas de las cinco que había en la explanada se mantenían aún en servicio, el resto estaban fundidas o habían sido victimas del vandalismo.

Un ruinoso utilitario de color indefinido se acercó entre quejidos hasta detenerse a diez o quince metros de la puerta principal de la comisaría.

El conductor apagó el motor y las luces.

- El Gran Tama me ha dicho que Jaramillo tiene que tomar la calle hasta nuestra posición. Si esto sale bien, podremos confiar en ese hombre – afirmó Quispe.

- No tardará mucho en salir. Preparar los pasamontañas, no quiero que nos descubran – ordenó Estrada.

Un par de minutos mas tarde, Jaramillo salió de la comisaría acompañado de una mujer.

- Mierda, capitán. Si va acompañado se nos va a complicar la cosa. Recomiendo aplazarlo – dijo el teniente Garrido.

- Esperemos a ver que pasa.

Tras caminar un par de metros, se despidió de la mujer y continuó acercándose a ellos sin percatarse que a pocos metros, dentro de aquel desvencijado vehículo había cuatro hombres encapuchados esperándole.

Dejaron que pasara a su lado y cuando había dado un par de pasos mas, las cuatro puertas del vehículo se abrieron a la vez entre los quejidos de los goznes oxidados.

Sin tiempo a reacción, le propinaron un fuerte golpe en la cabeza que le dejó inconsciente. Lo metieron en el coche, en el

asiento central trasero y se marcharon intentando no llamar la atención. Nadie vio nada.

Tras una hora por caminos sin asfaltar lleno de baches y charcos, llegaron a una construcción en medio de la nada.

Cuando Jaramillo volvió en sí, Garrido, le colocó una bolsa de tela negra en la cabeza para que no pudiera ver nada, y lo esposó.

El Viejo automóvil se detuvo a escasos dos metros de la construcción, que era mas bien una especie de choza de madera. Quispe fue el primero en bajar y se dirigió directamente a l puerta de la cabaña. Estrada lo siguió con la mirada a través de la sucia ventanilla del vehículo hasta que reparó en el precioso espectáculo que ofrecían las estrellas en el cielo. La contaminación lumínica de Barcelona no permitía, por lo general, ver un espectáculo de tal magnitud y belleza.

Quispe abrió la puerta de madera y encendió la luz interior. Hizo una señal desde dentro para que entraran.

Entre Baldomero y Garrido cogieron a Jaramillo por los brazos y lo introdujeron en el interior de la casa, que era tan austera por dentro como por fuera.

El suelo lo formaban unos tablones de madera podrida y vieja cubiertos de tierra y paja seca.

Al fondo, pegada a la pared había una vieja mesa, tres sillas de madera y mimbre y una improvisada cocina de carbón y leña junto a un hogar con restos de teas quemadas.

Objetos de índole ganadera colgaban de las paredes y de la gran viga de madera que sostenía el techo atravesando la cabaña de lado a lado, junto unas cuantas decenas de panochas, ajos y cebollas. La iluminación era bastante tenue, solamente una bombilla de baja intensidad que colgaba en el centro de la habitación iluminaba la estancia, dejando algunas zonas en plena oscuridad.

Estrada cogió un cubo de madera de los que se usan para ordeñar a las vacas que había en una esquina en penumbra y lo puso boca abajo en el centro de la estancia.

- Sentadlo ahí.

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? – preguntó desde debajo de la capucha.

- ¡Hable cuando se le ordene! – gritó Baldomero con rudeza tras propinarle un coscorrón.

- Soy policía… esto tendrá consecuencias – amenazó entrecortadamente.

Estrada y Quispe se ocultaron en las sombras de una esquina,

donde había apilados unos sacos de grano casi hasta el techo. Baldomero trajo un foco que se sostenía en un trípode y lo conectó en un enchufe que había junto a la bombilla que colgaba del techo. Lo enfocó hacia Jaramillo y lo encendió.

- ¿Dónde se encuentra Marisa Palacios? – preguntó el teniente Garrido de pronto.

- ¿Quién carajo es esa?

Baldomero y Garrido se pusieron unas gorras y unas gafas de sol con la intención de que no pudiera reconocerles, luego le quitaron la capucha a Jaramillo.

- ¿Quiénes sois? – Preguntó al intuirles detrás del haz de luz.

- Tu pesadilla si no nos dices donde está Marisa Palacios.

- No se quien es esa tal Marisa.

Garrido se acercó y le propinó un puñetazo en la mejilla.

- ¡Concha tu madre! – gritó de dolor – Si no estuviera atado te daría una paliza.

- Pero lo estás… ¿Dónde esconde Rojas a la niña? – preguntó Garrido con calma.

- ¿Rojas? ¿Y ese quien carajo es? – preguntó con desprecio después de escupir en el suelo un gargajo sangriento.

- El narco, el narco… ¿Quién coño va a ser? – bramó Baldomero con excitación al tiempo que le propinaba tres o cuatro coscorrones. Jaramillo se revolvió.

- Es la última vez que se lo pregunto por la buenas. ¿Dónde está Marisa Palacios? – volvió a preguntar Garrido.

- Váyase a la mierda, concha tu madre… – escupió en el suelo, esta vez con rabia y repulsa.

Baldomero miró a Estrada, que afirmó con la cabeza.

Empezó con dos o tres directos a la cara, para continuar en diversas partes del cuerpo. Jaramillo se retorcía de dolor en la silla entre quejidos, gemidos e insultos golpe tras golpe.

De pronto paró y dejó que recuperara el aliento.

- Sabemos que trabaja para Rojas. Lo que no sabemos es dónde está la niña.

- Yo… yo tampoco lo sé… – respondió desvalido. Baldomero se preparó para propinarle una nueva tanda de golpes – ¡espere! – pidió entre sollozos al verle levantar de nuevo el puño cerrado – no sé donde la tiene, señor, pero sé que está aquí en el Perú…

- ¡No mienta! – gritó Garrido agitando de nuevo el puño.

- No miento, señor… no me pegue más… No se donde está la niña… Se lo digo de verdad…

Estrada silbó desde su escondite. Garrido se acercó en silencio acariciando el puño como si quisiera borrar el dolor que también él sentía.

- Le creo. Dudo que lo sepa. Este no es mas que un pelele. Es los ojos de Rojas en la policía de Laredo, nada mas. – Dijo en voz baja.

- Si, yo también lo pienso… Baldomero se ha empleado a fondo, y yo también, no creo que nos mienta. Si continuamos acabaremos por matarle…

- Pregúntale como contacta con Rojas o quien es su contacto.

- Está bien.

Regresó hasta donde estaban Jaramillo y Baldomero.

- ¿Cómo contacta con Rojas?

- Nunca he hablado con Rojas.

- ¿Quiere que vuelva a machacarle? – preguntó Garrido alzando de nuevo la mano.

- No… mas no, por favor… – suplicó respirando con dificultad – Le digo la verdad. Nunca he hablado con Rojas, siempre hablo con algún intermediario.

- ¿Siempre con el mismo?

- Casi siempre… cuando él no puede manda a otro, pero siempre es uno de los hombres de confianza de Rojas.

- ¿Cómo se llama?

- Todos le conocen como "El Mono"

- ¿El Mono? – preguntó Garrido sorprendido.

- Si… esa es su chapa…

- Su apodo. – puntualizó Quispe desde la oscuridad.

- ¿Y cómo contacta? ¿Le llama por teléfono?

- No… voy a un bar… doy una contraseña y al cabo de un rato me llaman por teléfono, normalmente desde un teléfono público o un número oculto.

- ¿Y entonces qué hace?

- Me dan un lugar y una hora.

- Y usted acude.

- Naturalmente. No acudir a una cita con alguien que Rojas envíe es tu sentencia…

Estrada volvió a silbar para que Garrido se acercara.

- Tenemos que conseguir una cita. Hay que llegar hasta ese tal Mono. Es quien sabe donde está la niña.

- Si… aunque es muy arriesgado. Esta gente está bien organizada y desconfían de todos.

- Lo sé, pero jugamos con ventaja: no nos conocen ni saben que estamos aquí y vamos tras la niña…

- Estoy con Estrada, Garrido – afirmó Quispe – Pero solo tendremos una oportunidad. Es jugárselo todo a una sola carta. Si sale mal adiós niña. La matarán sin dudarlo.

- Lo sé. La suerte está echada, amigos… no tenemos otra opción… ni creo que se nos vuelva a presentar una oportunidad

como esta.

- Estoy de acuerdo – afirmó Quispe.

- Yo también – dijo Garrido.

- Pues vamos allá – dijo señalando a Jaramillo con la cabeza.

Garrido volvió junto al prisionero.

- Está bien, Quispe… va a ir a ese bar y va a pedir una cita como tiene por costumbre…

- ¿Está loco? – interrumpió – ¿Quiere que me maten? ¿O que les maten?... Conmigo no cuenten… – dijo negando con la cabeza.

- No tiene otra opción, Jaramillo. Es usted un maldito policía corrupto… Lo mejor que puede hacer es ayudarnos a liberar a esa niña y desaparecer.

- ¿Desaparecer? Uno no puede desaparecer si te persigue alguien de Rojas, ¡carajo! Traicionar al Mono es morir… estirar la pata…

Baldomero sacó una pistola y le apuntó a la cabeza.

- Usted elige, Jaramillo… la certeza de morir ahora… o la posibilidad de salvarse en un futuro…

- ¡Maldito hijoeputa! – gruñó al ver el cañón del arma.

Garrido montó el arma y quitó el seguro. El sonido del metal puso nervioso a Jaramillo, que empezó a temblar…

- No tengo toda la puta noche, Jaramillo, decídase ya. – dijo golpeándole suavemente en la sien con el cañón de la pistola. Un “clic” delató que había amartillado el arma.

El pantalón de Jaramillo empezó a cambiar de color.

- ¡Joder! Ahora se mea el cagao este… – rió Baldomero.

- ¡Cabrones! – se quejó Jaramillo entre sollozos.

- ¿Qué decisión toma?

- Está bien… les ayudaré… pero tienen que ayudarme a huir…

Baldomero miró a Estrada. Asintió en silencio.

- Tendrá nuestro apoyo… Cuando esto termine le sacaremos de aquí…

- Estoy bien jodido… – afirmó meneando la cabeza con la mirada fijada en sus pantalones mojados.

- Haberlo pensado antes de venderse al enemigo. Por culpa de gentuza como usted mueren leales agentes de policía cada día. No es usted mas que una mierda…. – hizo una pausa para recobrar el aliento. – Le vamos a dejar en la plaza de armas de Laredo, en el extremo opuesto de la comisaría. Arréglese un poco, duerma… y mañana por la mañana a primera hora contacte con el Mono. ¿Por qué le llaman el mono? – preguntó intrigado.

- Es muy peludo. No es habitual en un peruano…

- Ya… bueno… cuéntele al Mono que tiene información que puede interesarles. Información que puede ayudar en la liberación de Rojas de la cárcel. Dígale que se la quiere dar en persona, que no

confía en nadie mas y que posiblemente tengan un topo dentro.

- No me va a creer.

- Pues esfuércese en ser convincente, ¡coño! No la cague… Tome este número. Llámenos cuando tenga la cita – le pasó un papel con un teléfono apuntado a mano.

Sin darle tiempo a reaccionar, volvieron a ponerle la capucha, lo metieron en el coche y lo llevaron hasta la plaza de armas de Laredo, en el extremo opuesto a la comisaría de policía para no levantar sospechas.

Luego fueron todos a dormir.

La noche había sido larga, sobretodo para Baldomero y Garrido, que necesitaron unos antiinflamatorios y hielo para sus manos tras haberse aplicado a fondo con Jaramillo.

XIII

A dos de los hombres que llegaron de Lima, Quispe los asignó al seguimiento de Jaramillo. Quería estar al tanto de todos sus movimientos, asegurarse de que no les traicionara y de que no huyera. Alrededor de las nueve de la mañana informaron de que había entrado en un bar de las afueras, pidió un Martini mezclado, no agitado, saliendo diez minutos más tarde sin terminar de tomarse la bebida. Subió a su coche y esperó. Recibió una llamada al cabo de un cuarto de hora en su teléfono móvil. Mas tarde regresó a la comisaría y se incorporó a su puesto de trabajo.

El teléfono móvil de Quispe, que estaba desayunando en el piso franco junto a los demás, sonó cerca de las diez de la mañana. Descolgó y activó la función de manos libres.

- Hola. Soy Jaramillo – se escuchó por el altavoz.

- Hable, le escuchamos – contestó secamente.

- Ya tengo cita. Esta tarde a las cinco.

- ¿Suelen ser puntuales?

- Como un clavo señor…

- ¿Lugar?

- Un bar cerca de la Agroindustrial Laredo. Se llama “El Inca”.

- Está bien. Espere instrucciones. Continúe con su vida como si no hubiera ocurrido nada. Si no le llamamos, a la hora acordada preséntese a la cita.

Colgó el aparato sin darle tiempo a responder.

- ¡Tenemos lugar y hora! – exclamó con júbilo. Todos compartieron su alegría.

- Espero que salga bien. Cada vez que imagino al pobre padre… – lamentó la sicóloga, Marisa Romero.

- Capitanes – avisó Victoria Sardá desde su improvisado centro de comunicaciones. – Los hombres que están haciendo el seguimiento de la familia de Rojas informan de que no hay novedades relevantes.

- Gracias señorita Sardá. Ordene el cambio de turno.

- ¡Ahora mismo, capitán Quispe! – exclamó atropellando las palabras como siempre.

- Deberíamos organizar la detención de esta tarde. Si el Mono aparece por allí, no podemos perderlo – advirtió el teniente Garrido.

- ¿Con cuántos contamos? – preguntó Baldomero.

- Yo puedo aportar dos hombres – ofreció Quispe – tengo a dos haciendo el seguimiento de la familia de Rojas y dos mas siguiendo a Jaramillo, no tengo mas hombres en Trujillo.

- No se preocupe, Quispe. Ya nos está ayudando mucho – agradeció Estrada – Nosotros somos tres: Garrido, Baldomero y yo.

- Contad conmigo – se ofreció Alicia.

- Marisa y Victoria os quedaréis aquí para coordinarlo todo – ordenó Estrada con el ceño fruncido. Las dos mujeres asintieron – Y vosotros dos también – añadió refiriéndose a Mauricio Santamaría, el forense, y a Aarón Mata, del laboratorio toxicológico.

Organizaron el plan para atrapar al Mono durante la comida, luego tomaron café y se dirigieron a la zona que ocupaba la agropecuaria, en la avenida Trujillo, donde se encontraba el bar.

El Inca estaba situado en una gran plaza, justo en frente de las oficinas de la Agropecuaria de Laredo, un edificio victoriano de madera de una sola planta con un largo porche de madera y una gran torre con un reloj en cada uno de sus lados. Su aspecto era bastante rústico y ocupaba casi la totalidad de la amplitud de la explanada.

A la derecha, una calle conducía a una vieja iglesia que se adivinaba a lo lejos.

Los dos hombres de Quispe, vestidos de operarios municipales, fingían realizar tareas de mantenimiento en una caja eléctrica, junto al porche de la construcción victoriana. Baldomero y Garrido aguardaban en una furgoneta cargada de melones bajo un gran árbol, en el otro extremo de la plaza.

El bar, era frecuentado por trabajadores de la agropecuaria y otras fábricas cercanas, aunque a aquella hora estaba prácticamente vacío.

Quispe y Estrada, vestidos con uniformes de trabajo de la

cooperativa disimulaban tomando unos vinos en una mesa al fondo del local, parcialmente ocultos por la penumbra. Una vieja radio sonaba con esfuerzo a pesar del paso de los años.

Alicia, Junto la puerta del bar, fingía vender tamales en un puesto junto a una anciana, que era tía de Quispe, que se había ofrecido a realizar el papel. Quispe, en aras de protegerla de cualquier peligro le dijo a su tía que cuando empezara todo, desapareciera de allí rápidamente para no resultar herida.

Jaramillo llegó cerca de las cinco y cinco de la tarde.

Entró, echó un vistazo rápido al local y se sentó en la mesa mas cercana a la puerta, tal como le dijo Baldomero. Un par de tenues rayos de luz iluminaron su cara a través del sucio ventanuco y las cochinas cortinas que colgaban delante.

El local no era muy grande y la iluminación no era precisamente una de sus virtudes por lo que aunque les hubiera visto la cara, Jaramillo no hubiera sido capaz de reconocer a Quispe y Estrada en la oscuridad en la que se encontraba su mesa, al fondo del local.

Ocho o diez minutos mas tarde la puerta del bar volvió a abrirse y entró un hombre de baja estatura, pelo rizado y ataviado con un chaquetón. Fue directamente a la barra y pidió una cerveza. Observó el local sin mostrar interés alguno. Dejó la bebida a medio terminar y unas monedas sobre la barra y salió sin mediar palabra.

Diez minutos mas tarde, entraron dos hombres. Uno alto y delgado, y otro que sin duda era El Mono, un hombre grande, de aspecto rudo, cara marcada por varias cicatrices y vello corporal en abundancia que asomaba del escote de la camisa, que llevaba abotonada solamente hasta la mitad, a pesar de la temperatura fría de aquel día, dejando a la vista una camiseta de tirantes sucia y raída.

Victoria Sardá avisó a Estrada a través del auricular oculto que llevaba en la oreja, que fuera, a cada lado de la puerta, se habían quedado dos hombres. El Gran Tama, que estaba apostado en la torre del reloj, oculto de tal forma que podía observarlo todo sin ser descubierto, dio el aviso.

Los recién llegados esperaron un momento a que sus ojos se adaptaran a la penumbra y cuando vieron a Jaramillo, se acercaron a su mesa.

- ¿Unas chelas? – preguntó el policía intentando controlar sus nervios.

- ¿Qué fue Jarama? Ta bueno, unas rubias, pues… – dijo El Mono dejando caer todo su peso sobre la silla de madera y mimbre.

- ¡Camarero! tres chelitas – ordenó levantando la mano – ¡ y

bien frías!

- A ver sapo… ¿qué información tienes tan importante para liberar a Rojas?

- Me ha llegado algo… que creo que puede ser importante – dijo con inseguridad.

- ¿Y qué es? A Rojas no lo van a soltar así como así…

- Lo sé… sé que tenéis a una niña y ni aún así el gobierno ha cedido…

- ¡Concha su madre! – renegó El Mono. Luego bebió directamente de la botella.

- ¿La tenéis?

- ¿Qué chucha te importa? ¿Por qué tanto interés con la chibola?

- Quizás liberándola el gobierno se avenga a negociar…

- El cartel de Trujillo no negocia, ¡carajo! Nunca ha negociado… – dijo con enfado – ¿A qué has venido? ¿Quién te manda rata? ¿El gobierno? – protestó elevando el tono con nerviosismo.

- No… yo he venido… de intermediario…

- Concha tu madre…. – le cogió de la camisa y lo atrajo hacia él – ¿Intermediario? ¡Palote! Avisa a Gatillo y Machete. Esto no me gusta… me huele a emboscada. ¿Nos has vendido cabrón concha tu mare?

Sacó un arma que llevaba escondida en la parte de detrás del pantalón y le apuntó a la cabeza. El palote sacó un teléfono móvil del bolsillo de su pantalón.

- ¿Vendido? ¡No! ¿Crees que estoy loco?

- ¿Para qué tantas preguntas gueón? ¡Habla! O te dejo seco cabrón hijo e puta… – le espetó con los ojos desorbitados.

Estrada y Quispe, que lo habían observado todo con interés, se levantaron despacio intentando no llamar la atención y se dirigieron, uno por cada extremo del local, hacia la mesa que ocupaban Jaramillo, El Palote y El Mono.

- ¡Tira el arma, Mono! – gritó Quispe apuntándole directamente.

El Mono disparó y Quispe cayó de espaldas como un árbol recién talado. Estrada, que también tenía su arma en la mano, disparó a El Mono en la mano con la que sostenía el arma, y luego a El Palote, que absorto por lo que acababa de suceder, no tuvo tiempo de sacar la suya. Reaccionó y sacó de detrás de su pantalón un revolver, pero ya era demasiado tarde para él. Al encañonar a Estrada, éste le disparó dos veces en el pecho. Cayó desplomado.

Todo ocurrió muy rápido.

Fuera se oyeron disparos y un cuerpo que se desplomaba junto a la puerta.

Alguien salió corriendo. Y después otro más veloz tras él. Se oía como se alejaban las rápidas pisadas sobre el suelo sin asfaltar.

Tres disparos, cuatro…

Estrada esposó a El Mono a una tubería cercana, lo cacheó para asegurarse que no llevaba mas armas y tomó el pulso a Quispe. Por suerte el chaleco antibalas que llevaba bajo la camisa había hecho su función deteniendo la bala, aunque seguramente tendría un fuerte dolor en el pecho durante varios días.

Le desabrochó un poco la camisa y abrió la puerta del local. Fuera había gente escondida detrás de los pocos coches que estaban aparcados, tras los árboles, o simplemente tirados en el suelo con el fin de esquivar las balas perdidas. Oteó y vio a Alicia.

- ¡Alicia, entra! Han disparado a Quispe.

- ¡Mierda! – gritó nerviosa.

- Está bien, pero atiéndele.

- Si – afirmó corriendo hacia la entrada –los dos que estaban en la puerta han escapado calle abajo. Han ido tras ellos Garrido y Baldomero – dijo al entrar.

- Si, les veo – puso la mano a modo de visera para que el sol no le molestara – Es imposible que los alcance – reconoció.

Se oyeron mas disparos.

- Ordena que vuelvan, Fermín. Tenemos al pez gordo – señaló arrodillándose junto a Quispe para atenderle.

Estrada asintió en silencio.

- Garrido, Baldomero. ¡Volved! – Ordenó a través del micrófono que llevaba oculto en la manga.

- ¡Os vais a arrepentir de esto reconchatumare! – gritó El Mono intentando deshacerse de los grilletes. Alicia y Estrada le ignoraron.

- Quispe está bien. Volverá en sí enseguida. – aseguró tras examinarle. Le dio un par de golpecitos en la cara para que recuperara el conocimiento.

- Señora. ¿Quiere un paño húmedo? – ofreció el tabernero.

- Por favor…

El hombre, un viejo rechoncho que llevaba los cuatro pelos que le quedaban en la base del cráneo peinados de forma cómica hacia un lado, vestía una camisa blanca con diversas manchas colocadas de forma estratégica, un pantalón negro y un delantal que en algún momento también fue blanco, anudado a la cintura. Se acercó a Alicia tímidamente y le entregó el paño húmedo.

- Gracias – se lo colocó a Quispe en la frente y le quitó el chaleco antibalas para que pudiera respirar mejor.

Poco a poco fue volviendo en sí.

- ¿Qué ha pasado? ¿Estoy en el cielo? – preguntó con un hilo de voz.

- No, lo siento, estás en Laredo, Quispe. Te han disparado. Por suerte el chaleco antibalas detuvo el proyectil.

- ¿Y Estrada? – preguntó intentando incorporarse.

- No te levantes… Ahora te llevaremos al coche.

- ¡Estoy aquí, amigo! – Gritó Estrada desde la puerta de entrada.

Estrada fue hacia Quispe. La puerta se abrió de golpe. Hizo un ademán para coger su arma de nuevo pero al ver que eran Baldomero y Garrido volvió a enfundarla.

- Esos hijos de puta corren como liebres… – se quejó Garrido.

- Corrían – puntualizó Baldomero – Uno ya no podrá correr mas. El otro por un tiempo tampoco.

- ¿Qué ha pasado? – preguntó Estrada.

- Cuando oímos disparos dentro, fuimos corriendo hacia el bar. Iban a entrar y os hubieran sorprendido. Empezamos a disparar mientras nos acercábamos. Salieron corriendo calle abajo y nosotros tras ellos. Hubo cruce de disparos. Baldomero abatió a uno. El otro se entregó al ver que no tenía salida después de alcanzarle en una pierna.

- Buen trabajo Garrido. ¿Dónde lo tenéis?

- En la pick-up

- Buen trabajo a todos – dijo a través del micrófono. – Regresamos a posición beta. Llevad a esta mierda al otro transporte – ordenó a Garrido y Baldomero.

Quispe fue trasladado a una clínica privada. Le acompañaron dos de sus hombres de Lima y El Gran Tama.

Estrada, Garrido, Baldomero y los dos detenidos fueron a la finca donde interrogaron a Jaramillo la noche anterior. El GPS aún guardaba en la memoria la posición, y sin él hubiera sido imposible encontrar aquel lugar perdido en medio de la nada.

Cuando por fin llegaron, el movimiento de una nube dibujó bajo la luz de la luna llena de aquella noche la silueta de la casucha.

Abrieron la puerta de aquella construcción de ladrillo y madera medio destartalada y entraron dentro.

El Mono no dejaba de lanzar improperios y amenazas contra todos, especialmente contra Jaramillo, a pesar de que no estaba presente, al que aseguró que asesinaría en cuanto tuviera ocasión.

Baldomero, cansado de escuchar sus insultos, le propinó un tremendo puñetazo en el estómago que lo obligó a doblegarse, lo cual aprovechó para forzarle a sentarse en el mismo cubo que había ocupado Jaramillo pocas horas antes.

Al otro lo ataron a una columna que hacía las veces de soporte del techo y le colocaron una capucha.

Estrada amontonó tres sacos de grano en una de las esquinas para utilizarlos a modo de asiento.

- Está bien Mono. Hagámoslo fácil y terminaremos rápido.

¿dónde está la niña? – preguntó Baldomero.

- ¿Qué niña?

- Sabes perfectamente de que niña te hablo. Marisa Palacios, la hija del embajador en Barcelona

- ¿Tu sabes quien soy yo güeón?

- A mi me importa una mierda quien seas ¿Dónde está la niña? – se quitó la chaqueta que llevaba y la colgó en un clavo que sobresalía de una de las paredes. Empezó a arremangarse las mangas de la camisa con tranquilidad y se enfundó unos guantes de piel.

- Debería importarte, por que soy quien va a acabar con tu vida, conchatumare, y luego con la de los tuyos… – amenazó tras escupir al suelo.

Baldomero, que era un hombre bastante corpulento cerró el puño de la mano derecha y le propinó un golpe que hizo que la cabeza de El Mono girara casi por completo.

- Tu tampoco sabes quien soy yo, hijo de puta ¿Dónde tenéis a la niña? – Volvió a preguntar como si se tratara de una conversación entre amigos.

Esperó unos segundos y al ver que no respondía, repitió el golpe.

El Mono empezó a sangrar por el labio abundantemente.

Sin darle casi tiempo a recuperarse le dio un izquierdazo que a punto estuvo de tumbarle al suelo. Cuando se recuperó escupió de nuevo, esta vez la sangre brotaba ya con insistencia de su labio herido.

- ¡Lo vas a lamentar güeón! – Bramó con dolor.

Estrada se levantó y fue hacia ellos.

- Le voy a dar una última oportunidad – sacó su arma. Baldomero se situó tras él – ¿Dónde está Marisa? – preguntó calmadamente.

- ¡Vete a la mierda güeón hijoeputa! – gritó de nuevo.

Estrada montó el arma y le apuntó a la cara.

- En la mierda estarás tú en un momento – hizo una señal a Baldomero.

Baldomero le tapó la boca para que no gritara y le suministró un sedante que hizo efecto casi al instante. Estrada disparó su arma contra un saco de grano que había tras ellos.

Sin decir nada, dejaron que se desplomara sobre el suelo. Garrido sacó un bote que contenía sangre de carnero y ensució el rostro de El mono y su camisa.

- ¡Este ya no podrá decir nada más! – exclamó Garrido.

- Ahora el otro – ordenó Estrada.

Desataron de la columna al otro tipo y le quitaron la capucha. Su pelo parecía cortado a tijeretazos sin ningún orden o estilo y

estaba teñido de color rubio paja que le confería un aspecto grotesco.

Miró horrorizado a su amigo, tirado en el suelo y ensangrentado. Lo sentaron en el cubo entre temblores y sin apartar la mirada de su amigo.

Garrido y Baldomero arrastraron a El Mono, dejándolo tras él, para que no pudiera verlo.

- ¿Cómo te llamas? – empezó Estrada sin dilación.

- Rolando.

- Bien, Rolando… ¿Dónde está la niña?

- No lo sé, señor… – respondió con voz nerviosa.

Se acercó a él y lo sujetó por los hombros.

- ¿Has visto lo que le ha ocurrido a tu amigo? ¿Quieres terminar como él? – le susurró al oído.

- Me van a matar si se lo digo güeón…

- Si no lo hacen ellos…. – hizo una breve pausa. – Lo haremos nosotros – aseguró blandiendo su arma frente su cara.

Regresó a los sacos que había amontonado y se sentó, con su arma empuñada reposando en su regazo.

Baldomero se empleó a fondo durante un buen rato. Luego Garrido tomó el relevo hasta que Estrada ordenó que pararan.

- ¿Prefiere morir así? – preguntó con mucha calma.

- No… se lo diré… se lo diré… – dijo exhausto con un hilillo de voz.

- ¿Dónde está Marisa Palacios?

- En la selva. – respondió tras tomar aire con dificultad.

- La selva es muy grande. ¡No juegue conmigo! – el grito sobresaltó a Rolando, que estaba a punto de desmayarse.

- Está… está en un zulo…. En la reserva de Pacaya… cerca de Loreto, a unos veinte quilómetros… donde el Marañón se convierte en el Ucayali, en Puerto Franco.

- ¿Y cómo llegáis hasta allí?

- Hasta puerto Franco en pick-up o 4x4 luego en barca hasta allá.

- ¿Hay algún embarcadero?

- No… No hay nada…

- Se nos acaba el tiempo, Estrada. – dijo Garrido al ver que El Mono empezaba a despertar.

Estrada asintió.

- ¿Cuántos hombres hay?

- Un hombre y una mujer. Dos lugareños.

- ¿Nadie mas?

El Mono intentó incorporarse.

- No, nadie mas.

- ¿Qué has cantado hijueputa? – preguntó El Mono desorientado.

- Mono… pensé que estabas muerto…. ¡Concha tu mare! Estos gringos me han engañado…. – Lamentó abriendo los ojos exageradamente.

- ¿Qué hacemos con ellos? – preguntó Garrido mientras los dos gritaban sin cesar lanzando amenazas e insultos.

- Atarlos, de momento.

Llamaron a la puerta.

Estrada y Garrido se pusieron uno a cada lado de la puerta arma en mano. Baldomero, con su arma apuntó a El Mono a la cabeza y llevando el dedo índice a sus labios, indicó que callara.

- ¡Soy Quispe! – Baldomero y Estrada se relajaron al reconocer su voz.

Estrada abrió la puerta con precaución. Reconoció a Quispe y a los dos hombres de Lima en la oscuridad.

- ¿Y el otro? Preguntó para no delatarle.

- El "gra…" el otro se fue a detener a Jaramillo – rectificó antes de delatar al Gran Tama.

- Está bien.

- Tenemos la posición de la niña.

- Si… veo que os habéis aplicado a fondo – rió al ver el aspecto de los dos detenidos.

- ¿Dónde está?

- Según este, en la confluencia de dos ríos, cerca de Puerto Franco – dijo señalando a Rolando.

- Ah, ya… el Marañón y el Ucayali.

- ¡Exacto!

- ¿Y a qué esperamos?

- ¿Qué hacemos con estos? – preguntó Garrido.

- No te preocupes, mis hombres se encargarán de llevarlos a Lima.

- Perfecto.

- No tardará en llegar "el otro" con un par de hombres de su confianza para darles apoyo – dijo refiriéndose de nuevo al jefe de policía de Laredo.

CAPITULO TERCERO

XIV

Dormir unas horas en el piso franco de Laredo permitió a todo el equipo recuperar fuerzas para el viaje hasta Puerto Franco.

A todos menos Estrada y Quispe, que pasaron todo ese tiempo pegados a sus respectivos teléfonos intentando conseguir de sus gobiernos un apoyo logístico del que por aquel momento carecían.

Finalmente, Quispe logó que el ejército del Perú les asistiera con dos helicópteros y varios hombres con la condición de que si las cosas salían mal las repercusiones políticas fueran las mínimas para su gobierno.

Aunque Estrada no era muy partidario de las misiones encubiertas, Quispe terminó por convencerle. Él tampoco era partidario de misiones secretas, pero no tenían otra opción si querían llegar con bien hasta Puerto Franco y que la misión tuviera éxito. Lo importante era recuperar a la niña por encima de deseos personales. De otro modo no se podía luchar contra el narcotráfico y la mafia.

El sonido de un claxon delató el transporte que iba a llevarles al aeropuerto. Garrido, Baldomero, Alicia, y Estrada llevaron sus mochilas a los vehículos, que habían aparcado justo frente la puerta de entrada.

La calle estaba desierta, aún era muy pronto, por la mañana.

El sol empezaba a mostrar con timidez sus rayos a través de las finas nubes que aquel día cubrían el cielo. Hacía frío, no mucho, pero a mas de uno le obligó a abrocharse la chaqueta.

Una tremenda explosión sobresaltó a todos. El suelo tembló como si de un terremoto se tratara y una bola de fuego y humo negro se elevó hacia el cielo.

- ¿Pero qué coño es eso? – preguntó Estrada alarmado.

- No lo sé, pero es en la zona de la comisaría del Gran Tama… – observó Quispe con cara de asombro.

- Será mejor que vayamos a ver… – propuso Garrido.

- Si, me parece buena idea, será mejor que vayamos a ver.

Estrada, Garrido y Baldomero subieron al vehículo que conducía uno de los hombres de Quispe y fueron hasta la plaza de armas de Laredo. Los demás volvieron a entrar en la casa.

Por el camino fueron encontrando gente que salía de sus casas aterrada por la terrible explosión y lo que algunos creían era un terremoto. A pesar de que cada vez la calle era mas intransitable, no tardaron mucho en llegar.

El espectáculo era dantesco. Ya no había duda alguna de que se trataba de un atentado. La bomba lo había destrozado

prácticamente todo en un área de cincuenta metros a la redonda, y lo poco que quedaba en pie era irreconocible. Las llamas salían con fuerza a través de las ventanas de la que había sido la comisaría de policía. La puerta de entrada había volado, literalmente, diez o quince metros y reposaba sobre un viejo sedan al otro lado de la plaza. Era imposible entrar dentro del edificio en ruinas para ver si dentro había alguien con vida. La virulencia del fuego era terrible y la construcción parecía que en cualquier momento iba a venirse abajo.

La gente había empezado a socorrer a los muchos heridos que había tirados en el suelo.

Un grupo de ocho o diez hombres hicieron una cadena humana para apagar el fuego con cubos de agua, pero era inútil, el fuego era feroz y amenazaba ya con alcanzar a los edificios colindantes.

Lo que hasta hacía pocos minutos era un apacible pueblo del norte del país que se preparaba para empezar un tranquilo día laboral, se había convertido en un escenario de guerra.

- ¡Mierda! – exclamó Estrada al bajar del coche.

- Es imposible que nadie que estuviera dentro haya sobrevivido. – aseguró Aguirre.

- El Gran Tama… – lamentó sin atreverse a terminar la frase. Todos habían acabado por tomarle cierto cariño a aquel gordinflón desaliñado. Baldomero puso su mano sobre el hombro de Estrada.

Se oyeron sirenas que se acercaban desde distintos puntos. Aparecieron los bomberos y casi al mismo tiempo un vehículo policial.

- ¡Concha sumare! – exclamó el Gran Tama al bajar de su vehículo.

- Joder, Tama… pensábamos que estaba ahí dentro – dijo Estrada con una sonrisa de alivio.

- ¡Mala hierva nunca muere! – bromeó Baldomero con una amplia sonrisa.

- ¿Ya querían eliminarme, pe? Yo pensé que eran mis causas… – continuó la broma.

- Temimos lo peor…. – admitió Estrada.

- Iba a buscarles para acompañarles a Puerto Franco.

Los bomberos empezaron a desenrollar sus mangueras y establecer un perímetro de seguridad para alejar a los curiosos que se habían ido congregando poco a poco.

- ¿Y Jaramillo? – preguntó Baldomero.

- Tanto Jaramillo como El Mono y el Palote estaban dentro detenidos.

- ¿Quién les custodiaba?

- Nando Auquitallasi. Un buen hombre… uno que decía que era

un auténtico quechua – recordó con nostalgia.

- ¿Había alguien mas?

- No creo… El Viejo suele venir mas tarde.

- ¿El viejo? – preguntó Baldomero.

- El administrativo.

- Ah, ya…

- ¿Quién llevará la investigación? – preguntó Estrada.

- Nosotros no tenemos recursos para algo así… normalmente nos mandan a alguien de Lima para desastres de este tipo… si la dirección de la policía lo considera oportuno, claro – dijo El Gran Tama.

- Si lo deseas pongo mi equipo científico a tu disposición.

- Te lo agradezco mucho, Estrada.

- No tienes nada que agradecerme. Nos has ayudado mucho y es lo único que puedo hacer por ti ante una situación como esta.

- Acepto tu ayuda.

- En ese caso, deja que haga una llamada.

Se apartó un poco del grupo y llamó a Alicia para que se encargaran de la investigación.

Los bomberos hacía rato que luchaban contra el fuego para que no se propagara a los edificios cercanos y varias ambulancias intentaban acceder al lugar, aunque a causa de la cantidad de escombros y heridos diseminados por todas partes apenas podían acercarse a la plaza.

- No tardará en llegar mi equipo – dijo Estrada al volver al grupo.

- Muchas gracias, amigo.

Estrada dio una palmada afectuosa en su espalda.

- Deberías quedarte. Se pondrán bajo tus órdenes, pero te pido que permitas que realicen su trabajo con independencia.

- No habrá ningún problema.

- ¿Necesitas algo mas?

- Por el momento no… Solamente una cosa – añadió tras una pausa – atrapa a esos hijos de puta y recupera a tu niña.

- ¡Eso está hecho! – exclamó con determinación.

El Gran Tama le ofreció su mano y las estrecharon con fuerza como si hubieran sellado un pacto.

Allí no podían hacer nada mas. Los bomberos habían conseguido controlar el fuego de la comisaría y los sanitarios atendían a los heridos. Los mas graves ya habían sido trasladados en ambulancia al hospital Distrital de Laredo. Los muertos permanecían inmóviles bajo una manta, o una simple chaqueta para que el horror de la muerte sin sentido fuera menos visible.

Subieron de nuevo al vehículo. Estrada echó un último vistazo al

dantesco escenario como si quisiera grabarlo para siempre en su memoria y se marcharon.

XV

Tres horas después de abandonar Laredo, un gran helicóptero de la FAP destinado a la vigilancia de la selva amazónica, aterrizó en un amplio terreno cerca de la laguna Sapi Sapi, una bonita zona turística a dos horas en coche de Iquitos.

De allí, en 4x4, fueron lo mas cerca posible de la zona en la que El Palote dijo que se encontraba la niña. Luego continuaron en canoas un par de horas río arriba hasta un pequeño asentamiento completamente aislado en la selva, una pequeña zona entre los arboles junto al río con tres o cuatro construcciones, una de ellas con aspecto de almacén agrícola.

Los soldados de la FAP que les acompañaban, desembarcaron en primer lugar y fueron tomando posiciones lentamente y en silencio para no ser descubiertos.

Cuando todos los miembros del comando estuvieron situados estratégicamente, el comandante Ayacucho, jefe del grupo militar, hizo una señal desde donde estaba oculto para que Estrada y los demás civiles desembarcaran.

Se ocultaron tras una barcaza que estaba boca abajo, a unos veinte metros de la orilla.

- ¿Qué hacemos? – preguntó Estrada de forma retorica – ¿Vamos directamente y llamamos a la puerta?

- Jefe de grupo. Comandante Ayacucho – llamó Garrido por radio.

- Ayacucho – Se escuchó por el altavoz del Walkie-Talkie.

- ¿Se observa movimiento en alguna de las edificaciones?

- Solamente en uno. Recomiendo el asalto. Espero instrucciones.

- ¿Qué hacemos, Estrada? – preguntó Garrido.

- Luz verde.

Aguirre tomó el walkie-talkie

- A jefe de grupo.

- Aquí jefe de grupo. Ayacucho al habla.

- Aquí Jefe de grupo. Alfa da luz verde. Repito: Alfa da luz verde.

- Entendido. Cambio a frecuencia de asalto. Silencio de comunicaciones hasta fin de misión.

- Entendido, corto.

En absoluto silencio, los soldados fueron saliendo de sus escondites hasta rodear por completo la edificación. A un tiempo, tras la orden de Ayacucho, entraron en tromba en la casa. Un minuto después todo había acabado.

- Jefe comando a jefe Alfa.

Aguirre le pasó el walkie-talkie a Estrada.

- Aquí jefe Alfa.

- Asalto terminado. Zona asegurada. Pueden entrar en la casa.

Salieron de su escondite tras la barcaza y se dirigieron a la casa. Dentro, dos ancianos estaban sentados en unos sillones de mimbre. Aunque el miedo se dibujaba en sus caras, no parecían demasiado sorprendidos, como si supieran que tarde o temprano alguien aparecería por allí para pedirles explicaciones.

- ¿Les han identificado, comandante?

- Esto es la selva, capitán Estrada. Aquí hay gente que ni siquiera consta inscrita en los registros de nacimiento.

- ¡Joder! – exclamó – ¿De verdad aún suceden estas cosas?

- El gobierno del Perú hace todo lo que puede, pero ya ve lo complicado de la zona. Por muchos recursos que pongamos a disposición de la ciudadanía, si no quieren ser registrados… – rió.

- Tenemos constancia que hay gente que nunca ha salido de la selva.

- Parece algo impensable en pleno siglo XXI

- Pues es cierto… – añadió Ayacucho recolocando la gorra de su uniforme.

- Vamos a ver si les sacamos algo a estos…

Estrada se acercó donde estaban los ancianos, tomó un sillón de mimbre idéntico al que ellos ocupaban, lo colocó enfrente y se sentó.

- Venimos buscando una niña. Una niña que sabemos que está oculta aquí.

- ¿Imatataq munanqui? – dijo el hombre.

- Vamos… no me jodas que este tío no habla español… – dijo mirando a Ayacucho por encima de su hombro.

- Es quechua, capitán… hay zonas en las que solamente hablan el idioma nativo….

- ¡Joder! ¿Y ahora que cojones hacemos? – preguntó exasperado levantando los brazos de forma cómica.

- Tranquilo, Estrada. Hay un hombre en mi equipo que habla quechua – apretó un botón del auricular y habló a través del micrófono – Aquí jefe grupo para Sayri Amaru. Responda Amaru.

- Aquí Sayri Amaru para comandante jefe de grupo – se escuchó a través de la radio que Quispe portaba al cinto.

- Amaru, entre en la casa.

- A la orden comandante. Abandono posición.

Un minuto mas tarde, el soldado Sayri Amaru entró en la casa. Era un hombre pequeño, pero musculado, tez oscura y ojos grandes y negros. Colocó el fusil de asalto en la espalda y se quitó el casco de combate dejando a la vista una mata de pelo puntiagudo.

- Este hombre solamente habla quechua. Pregúntele si tienen aquí a la niña – se levantó y le cedió el asiento a Amaru.

- Si, mi comandante.

- Amaru, si le dice que no lo sabe, pregúntele dónde la han llevado – pidió Estrada.

- Si, mi capitán.

Sayri Amaru habló con el hombre en un tono plano y constante. El detenido, de vez en cuando gesticulaba hasta que se tapó la cara con ambas manos y empezó a llorar desconsoladamente. La mujer intentó consolarle.

- Dice que la niña ya no está aquí.

- ¡Mierda! ¡Joder! – renegó Estrada con ira contenida.

- Han venido esta mañana muy temprano y se la han llevado.

- ¿Por qué?

- No lo sabe. Nunca le dicen el por que. Les amenazan con matarles. Hace años mataron a su hermano por negarse a ocultar un forajido. Esta gente es muy humilde, mi capitán. La mujer dudo que sepa leer y escribir… – aseguró con pesar.

- Comprendo, muchacho. ¿Le has preguntado si sabe donde está?

- No sabe con seguridad el lugar, pero en alguna ocasión han ocultado a gente en un lugar cerca de aquí. Un asentamiento en un pueblo llamado Pucallpa. Dice que allí vive un hermano suyo con su mujer. Conozco la zona, señor. Es un asentamiento humado en su mayoría de gente muy pobre y humilde en la periferia, cerca del río. Las construcciones en su mayoría son barracas y ni siquiera hay alcantarillado o agua corriente.

- ¿Pero dónde? Ese sitio debe ser muy grande.

Amaru asintió y le preguntó al anciano en quechua.

- Dice que una vez, le hicieron llevar a su mujer hasta allí en plena noche.

- ¿Para qué? – preguntó Quispe extrañado.

Amaru preguntó al anciano que ya se había serenado un poco.

- Dice que para atender a una mamaykirí… A una madre, quiero decir… es decir, un parto.

Estrada se quedó pensativo un momento.

- No es como apostar conociendo el caballo ganador, pero es lo único que tenemos – miró hacia la puerta y vio un gato que entraba lentamente y sin hacer ruido. Al percatarse de la presencia de extraños en la casa empezó a correr y se escondió bajo un mueble que había junto a la pared.

- No nos queda otra, señores – admitió Baldomero.

- Hasta Pucallpa hay unos 300 quilómetros, quizás mas – informó Amaru.

- Bien, en ese caso habrá que ir volando. No podemos perder

mas tiempo – observó Garrido con preocupación.

- Cierto. Pediré a la FAP que nos recoja aquí. Ahora ya no hay factor sorpresa – rió Ayacucho – Hay que llegar antes de que les avise alguien.

- Supongo que tardarán un poco. Que sus hombres aseguren la zona. Comeremos aquí y descansaremos un poco – dijo Quispe. Ayacucho asintió en silencio, tomó la radio y dio las órdenes a sus hombres.

Salieron fuera de la casa.

Los soldados repartieron las raciones de campaña entre los civiles, que no habían traído nada para comer. Unos cuantos se sentaron en las escaleras de la casa. Dos soldados lo hicieron directamente en el suelo y el resto bajo los árboles cercanos.

Después de comer, los que se habían sentado en las escaleras y en el suelo buscaron una buena sombra y se tumbaron a descansar.

Estrada hizo lo propio en una hamaca que colgaba de dos árboles junto al porche. Quispe acomodó unos sacos de heno a modo de almohada y se acostó sobre una manta de combate que le prestó uno de los soldados.

Baldomero y Garrido, casi inseparables, se sentaron apoyados en un árbol, esperando que el transporte no tardara demasiado.

Una hora mas tarde, el comandante Ayacucho recibió por radio la confirmación de llegada del transporte que les iba a llevar hasta la niña.

La selva en aquella zona era especialmente espesa, por lo que era prácticamente imposible que un helicóptero pudiera aterrizar.

Los hombres de Ayacucho estaban entrenados para subir y bajar con cuerdas de uno de aquellos aparatos en vuelo, pero los civiles no, a pesar de que el grupo de Estrada se encontraba en plena forma.

Ayacucho sugirió un plan en el que el helicóptero se acercaría lo máximo posible para que Estrada, Quispe, Garrido y Baldomero pudieran ascender.

Cuando escucharon el característico zumbido de las hélices, subieron a las canoas con las que habían llegado y se dirigieron al centro del río. El inmenso autogiro descendió casi hasta la altura de sus cabezas permaneciendo prácticamente inmóvil para que pudieran abordarlo.

Una hora y media mas tarde llegaron a Nueva Requena, a unos tres kilómetros de Pucallpa.

El piloto tomó tierra para que pudieran descender todos y se marchó.

El soldado Sayri Amaru, el hombre del equipo del comandante Ayacucho que hablaba quechua, consiguió tres transportes civiles

que un primo suyo que vivía en la zona y tres amigos ofrecieron para llevar a todo el grupo hasta Pucallpa.

Llegaron a las afueras del asentamiento al anochecer.

Las calles no estaban asfaltadas y la maleza y malas hiervas crecían aquí y allá sin control alguno. Las casas mas cercanas al río estaban construidas de madera y paja y descansaban sobre pilares de madera que en cierto modo recordaban a los hórreos asturianos y gallegos.

Al parecer, todos conocían el lugar en el que los hombres de Rojas escondían a sus víctimas. Era un secreto a voces que nadie se atrevía a denunciar.

Wari Amaru, primo del soldado Sayri Amaru, harto de las extorsiones y amenazas de los hombres de las drogas, decidió ayudar con toda la información que creyó importante. Tenía la esperanza de que con la intervención del ejército y aquel “gringo” que no hacía mas que renegar se largarían del pueblo y podrían vivir en paz.

Conocer las vías de escape que podrían tomar, fue sin duda una gran ayuda para el comandante Ayacucho, que apostó dos hombres ocultos en el camino que lleva al río y dos mas en la avenida Centenario, que da acceso a la carretera que conduce fuera del pueblo. Con esta medida cubrió las dos posibles vías de huida que podían tomar los delincuentes si las cosas no salían como esperaban.

XVI

Wari Amaru indicó una casa concreta cerca del río. Una casa que coincidía con la descripción que el anciano del asentamiento aislado junto al río les dio cuando le interrogaron.

Era una construcción ancha, unos seis metros mas o menos por tres de hondo y estaba edificada sobre pilares, como la mayoría de las casas que estaban junto al río. El techo era una vieja chapa ondulada y las paredes de madera vieja castigada por el sol y la humedad de la zona. Una barandilla, también de madera, daba forma a lo que intentaba parecer un porche.

Observándola, uno tenía la sensación, por su apariencia decadente, que iba a desmoronarse de un momento a otro, pero sin duda se trataba de una construcción regia a pesar de su aspecto exterior.

Estrada sugirió que dos hombres se escondieran bajo la casa, junto la rampa que conducía a la entrada. Dos mas cubrirían la parte trasera.

Poco a poco los soldados fueron rodeando la casa en silencio, ocultándose entre la maleza, los montones de leña que había amontonada cerca de la edificación, y la chatarra que había desperdigada por todas partes.

Dentro se veía luz y se observaba movimiento, aunque nada en especial que pudiera hacer sospechar que allí se encontraba la niña.

Estrada, Quispe, el comandante Ayacucho, Baldomero y Garrido se escondieron tras un camión de transporte de ganado que estaba estacionado a unos cincuenta metros de la casa, al otro lado de la calle. Desde allí tenían una panorámica perfecta sin el temor a ser descubiertos.

- ¿Cómo lo hacemos? ¿llamamos a la puerta? – preguntó Estrada con sarcasmo.

- Esta vez no va a funcionar. Aquí no sabemos cuanta gente hay. Es muy arriesgado – hizo notar Ayacucho al tiempo que repartía auriculares para sus transmisores de radio.

De pronto se abrió la puerta principal y salió un hombre joven, de unos treinta años. Todos guardaron silencio y observaron.

El tipo que salió vestía un pantalón tipo vaquero bastante desgastado y una camiseta que algún día fue blanca. Caminó un par de metros hacia la izquierda y se apoyó en la barandilla. Encendió un cigarrillo con un pequeño mechero de gasolina y empezó a fumar.

- Flores para jefe de grupo – se escuchó por radio.

- Aquí jefe de grupo, adelante, Flores – respondió el

comandante.

- Al salir el individuo he podido observar el interior. Iluminación suficiente, tres individuos. Confirmo: tres individuos en el interior. Obstáculos de índole cotidiana: un sofá a la derecha frente la puerta y una mesa redonda enfrente. Cambio.

- Jefe de grupo. Recibido, espere instrucciones – contestó Ayacucho que había dibujado en un cuaderno el boceto del lugar.

- Tiene unos muchachos bien entrenados, comandante – hizo notar Garrido.

- Muchas gracias. La verdad es que son mi orgullo – hizo una pausa en la que quedó pensativo – Yo creo que lo mejor es entrar en tropel después de lanzar una granada aturdidora.

- ¿Y la niña? – se quejó Quispe.

- Tranquilo capitán Quispe, las granadas aturdidoras solamente desorientan unos minutos. En un niño quizás mas, pero no le dejará secuelas… Quizás un leve dolor de cabeza y el susto – sonrió.

- De todos modos, no creo que la tengan expuesta, quiero decir, en medio del salón. Seguramente la tengan en una habitación encerrada, quizás en un sótano – aportó Garrido.

- Cierto, teniente. Deberíamos inspeccionar los bajos de la casa. Puede que haya un zulo, o algo así – echó un vistazo a la casa con unos prismáticos militares – desde aquí no podemos ver nada.

- Quizás sus hombres tengan mejor visión desde sus puestos – dijo Estrada.

- Cierto.

- Flores a jefe de grupo – volvió a escucharse por radio.

- Aquí jefe de grupo, adelante Flores.

- El sujeto ha vuelto a entrar en la casa. Los objetivos interiores continúan en sus posiciones.

- Jefe de grupo, recibido.

- Pregúntele si tiene visibilidad de los bajos de la casa – sugirió Estrada.

- Jefe de grupo a Flores.

- Flores, adelante jefe de grupo.

- ¿Tiene visibilidad de los bajos de la casa?

- Parcial. No tengo visión detrás de la rampa de acceso al porche.

- Recibido, Flores. Cambio.

- Inténtelo con el resto de sus hombres – se apresuró a decir Baldomero, que empezaba a perder la paciencia.

Ayacucho asintió con una leve sonrisa.

- Jefe de grupo a comando. El comando escucha y responde si es afirmativo – hizo una pausa. - ¿Quién tiene visibilidad de los bajos

de la casa?

- García a jefe de grupo. No tengo obstáculos desde la parte trasera, pero no está iluminada y no aprecio detalles.

- Recibido, cambio.

Se hizo el silencio. Al parecer nadie mas tenía visibilidad de la parte inferior de la casa desde su posición.

- Si hay un zulo y la muchacha está en él, podemos estar tranquilos.

- Hay un riesgo, Baldomero. Si está acompañada en ese supuesto zulo nos arriesgamos a que la utilicen como moneda de cambio. O peor aún: que la maten. Una liberación negociada nos costaría horas. Perderíamos mucho tiempo.

- En ese caso hay que arriesgarse e inspeccionarlo.

- Estoy de acuerdo, comandante.

- Yo también – dijo Estrada.

- No quiero que nadie abandone su posición. Iré yo – dijo el comandante.

- Tome el mando de mis hombres en mi ausencia, capitán Quispe.

- Será un placer, comandante.

- Yo le acompañaré, comandante – se ofreció Baldomero.

- Me parece perfecto, sargento.

Los dos hombres salieron de detrás del camión en el que se ocultaban y dieron un rodeo intentando camuflarse entre la oscuridad. La bombilla fundida de una farola proporcionaba una zona oscura cerca de la casa que supieron aprovechar convenientemente.

- ¿Ve esta zona, sargento? – preguntó Ayacucho a Baldomero.

- Si, sin duda es la zona ideal para meternos bajo la casa.

- Si, comandante. ¡Vamos, no perdamos tiempo! – dijo con entusiasmo.

- Flores a comandante – dijeron por radio.

- Aquí comandante, adelante.

- Ha salido un hombre del interior de la casa. Está bajando la rampa de madera que lleva a la calle.

- Recibido, Flores. Informe de novedades, dejo el canal abierto.

El hombre bajó la rampa hasta llegar a la calle. Caminó hasta la esquina y entró en un pequeño supermercado. Un par de minutos mas tarde salió con una bolsa de papel y fue de regreso a la casa. Paró un momento para hablar con una mujer que se acercaba hacia él. Se despidieron y continuó su camino.

- Flores para comandante. Ha vuelto a entrar en la casa.

- Recibido. Corto – miró a Baldomero – Esta es la nuestra. ¡vamos!

En absoluto silencio salieron de su improvisado escondite tras unas maderas amontonadas y se deslizaron bajo la casa. Era lo suficientemente alta para andar agachados. Encendieron las linternas y empezaron a inspeccionar. Un par de minutos mas tarde, Baldomero llamó la atención de Ayacucho haciendo señas con la linterna. Cuando consiguió su atención le hizo señales para que se acercara.

- Aquí hay algo, comandante – dijo en voz baja cuando estuvo a su lado.

- Es una trampilla, no hay duda.

Baldomero acercó la oreja y la pegó a la puerta de madera.

- No se oye nada.

- Puede estar sedada. O no haber nadie.

- ¿Y qué hacemos?

- Usar la micro cámara. Siempre la llevo conmigo – sonrió.

Se quitó lentamente la mochila de combate que llevaba a la espalda intentando no hacer ruido y de un bolsillo lateral sacó un cable enrollado que conectó al teléfono móvil que llevaba en el bolsillo lateral del pantalón de su uniforme. Baldomero abrió la trampilla lo suficiente para que pudiera meter el cable.

La imagen era nítida y luminosa. Se veía la escalera que conducía abajo y luego una pequeña estancia de unos seis u ocho metros cuadrados. Un colchón y una bombilla que colgaba del techo, en el centro.

Ni rastro de la niña.

- Está bien, Baldomero, volvamos.

- ¡Maldita sea! ¿Dónde cojones está la niña?

- Parece usted Estrada – bromeó Ayacucho divertido.

- Demasiadas horas con él – sonrió.

Salieron de nuevo a la calle por la zona de oscuridad y de ahí al camión donde se encontraba Quispe, Estrada y Garrido.

- ¿Qué habéis descubierto? – preguntó Estrada.

- Hay una trampilla y un zulo, pero ni rastro de la niña.

- ¡Joder! ¿Dónde cojones está?

- Tiene que estar en la casa – dijo Baldomero.

- Pues hay que entrar ya. Prepare a sus hombres, Ayacucho.

El comandante asintió y empezó a dar órdenes por radio.

De pronto, el teléfono móvil de Estrada sonó.

- Estrada.

- Soy El Gran Tama.

- Ahora no es el momento, amigo – dijo con tensión – Vamos a asaltar una casa y a recuperar a la niña.

- Lo dudo, capitán. Ahí no está la niña.

- ¿Cómo lo sabe?

- Se lo he sacado al Palote.

- ¿Pero no estaban en la comisaría durante la explosión?

- Los sacaron antes. La celda estaba vacía. Haga su intervención, capitán Estrada, luego llámeme, Victoria Sardá, la que habla tan rápido cree saber dónde está – aseguró casi divertido.

- Está bien, Tama. Luego le llamo – cortó la llamada – No os vais a creer esto. La niña no está ahí. El Gran Tama parece que ha hecho sus investigaciones junto a mi técnico de comunicaciones… Acabemos con esto de una puta vez. Luz verde, comandante.

- De acuerdo, Estrada.

El comandante Ayacucho informó a sus hombres que la niña no se encontraba en la casa y dio la orden de asalto.

Uno de los soldados salió de su escondite con una pequeña escopeta lanzadora de cartuchos lacrimógenos.

Hizo un disparo. Recargó el arma rápidamente y realizó el segundo. Los dos proyectiles entraron por la ventana que había en uno de los laterales de la casa.

Pronto se empezaron a oír gemidos, carraspeos y estornudos. Se abrió la puerta de entrada y salió un hombre.

- ¡Fuerza aérea del Perú, manos arriba! – gritó uno de los soldados. El hombre levantó las manos en señal de rendición y bajó por la rampa hacia él. Lo esposó y lo llevó tras el camión, donde se encontraba Estrada.

Lo que parecía que iba a ser algo fácil, rápido y sin heridos dio un giro de ciento ochenta grados en menos de un segundo. El siguiente en salir lo hizo pistola en mano, disparando a todas partes mientras se frotaba los ojos con una insistencia casi infantil.

Desde el improvisado puesto de mando no se perdían nada.

- Comandante, no quiero que ninguno de sus hombres salga herido. Luz verde para solución definitiva – dijo el capitán Quispe.

- Si, señor. – apretó el botón de hablar de su auricular. – Jefe de grupo a comando. Luz verde a solución. Código: Lima, Victor, Sierra, Delta. Confirmación.

Uno a uno, todos los componentes fueron contestando que habían recibido el mensaje. Ayacucho abandonó su escondite tras el camión y se dirigió a la casa, fusil en mano, como uno mas de sus hombres.

El que salió disparando fuel el primero en caer. Un acertado disparo en la cabeza lo hizo caer de espaldas sobre la rampa. Acto seguido los soldados del comando fueron tomando diversos puntos de la casa hasta que entraron todos.

Se escucharon varios disparos, golpes y objetos que caían. Luego el silencio.

Poco a poco se fueron congregando junto al camión en el que se

encontraba Estrada los vecinos de las casas cercanas. En pocos minutos se habían reunido unas veinte o veinticinco personas.

- Vuelvan a sus casas, no hay nada que ver – ordenó Quispe mostrando su placa. Nadie le hizo caso, por el contrario, cada vez había más gente.

- ¡Que vuelvan a sus casas, coño! – gritó Estrada disparando dos veces al aire. Casi todos se marcharon despavoridos, quedando un pequeño grupo de tres hombres que parecían desafiar su autoridad - ¿No me han oído?

- Yo no sigo las órdenes de un gringo concha su mare. – Espetó de mala gana un tipo gordo con aspecto de no haber pasado por una ducha en los últimos quince días.

Quispe se acercó a él y de un solo puñetazo lo tumbó. Intentó levantarse pero debido a su gordura no lo consiguió. Los otros dos hicieron la intención de agredir a Quispe pero la pistola de Estrada apuntando a uno de ellos directamente a la sien, les detuvo.

- Dadme un motivo – dijo desafiante – Esposad a estas dos mierdas – ordenó a Baldomero y Garrido.

Una vez esposados los tumbaron en el suelo junto al secuestrador que se había entregado.

- Levantad a este.

Baldomero y Garrido cogieron por las axilas al hombre de Rojas y lo levantaron.

- ¿Cómo te llamas?

El hombre no contestó.

- ¡Que cómo te llamas, coño! – gritó.

- Me llaman “El Güisqui” – contestó de mala gana.

- ¿Dónde está la niña?

- ¿Qué niña?

Sin mediar palabra, Estrada le propinó un puñetazo en el estómago que lo dobló de dolor. Si no fuera por que lo estaban sujetando, sin duda hubiera caído al suelo.

Dejó que recuperara el aliento y le repitió la pregunta. El otro le dedicó una mirada mezcla de odio y desafío y al final contestó.

- No la vais a encontrar nunca, ¡carajo! No podéis ni imaginar donde está. Ni aún teniéndola frente las narices la veríais.

Una derecha y una izquierda cayeron con potencia sobre el rostro del hombre.

- ¡Habla, malnacido!

- ¡Concha tu madre! Pagarás por esto. Eres policía no puedes hacerme esto.

- ¿Dónde está la niña?

- ¿Tu sabes con quien estás luchando? Soy un hombre de Rojas. ¡De Rojas Vasques, el narco!

- Ese está en la cárcel, en aislamiento por orden del gobierno del Perú. Ya no es nadie. Su cartel de la droga tiene los días contados. Iréis cayendo uno a uno hasta que no quede mas que vuestro puto recuerdo. – dijo con rabia.

Deseaba recuperar a la niña a toda costa y empezaba a estar cansado de ir de un sitio para otro siguiendo pistas falsas que no le llevaban a ninguna parte.

- No va a poder con el cartel de Trujillo, amigo.

- Eso mismo decía Pablo Escobar y ya sabe como terminó… – dijo Quispe.

El teléfono de estrada sonó. Se apartó un poco y contestó la llamada.

- ¡Estrada! – Dijo de mal humor.

- Soy El Gran Tama de Nuevo. ¿Terminó la intervención?

- Si, Tama… Aquí no está la niña, joder… – renegó intentando contenerse. – Tenía usted razón.

- Ya se lo dije, capitán. Según El Palote la niña no está en Pucallpa.

- ¿Y dónde cojones está? Tama no me haga esto mas difícil ¡cojones!

- Está aquí, en Trujillo.

- ¿Lo ha comprobado?

- No.

- ¿Y cómo está tan seguro?

- Me he empleado a fondo. A demás, los hombres de Rojas han traicionado al Palote. Quisieron deshacerse de el, probablemente por eso volaron mi comisaría. Le he convencido para que colabore con nosotros.

- Pero estaba detenido en una celda, ¿no?

- Así es. Pero tomé la precaución de encarcelarlo en la celda del sótano. La usamos de almacén. Casi nadie lo sabe. Cuando apagaron el fuego, los bomberos le oyeron gritar.

- Será cierto lo del refrán…

- No le entiendo. ¿Qué refrán?

- Que mala hierva nunca muere. ¿Piensa ir a comprobar el lugar?

- No tengo hombres, capitán. Ni prácticamente recursos. Y no quiero arriesgarme a pedir apoyo. Rojas tiene orejas en todas partes.

- Nosotros ya hemos terminado aquí. Regresaremos en breve. Hágame un favor. Intente que su nuevo amigo le de la posición de los laboratorios y las plantaciones.

- Eso va a ser mas difícil.

- La interpol a cambio le dará protección. Aquí en Perú o donde

sea que quiera esconderse y una nueva identidad. Pero tiene que cantar.

- Haré lo que pueda.

- Y sobretodo: protéjale.

- Está en el mejor sitio que puede estar. Ni locos vendrán a por él.

- ¿Dónde lo ha escondido?

- En casa de mi suegra – iró con ganas.

- ¡Coño! – Exclamó Estrada – espero que no le pase nada.

- ¿A mi suegra o al Palote?

- Al Palote, por supuesto – rió – Nos vemos en unas horas.

Volvió de nuevo donde estaban los otros.

- Tenemos el lugar – dijo para que le oyeran todos. Todo el grupo mostró su alegría.

- ¿La han recuperado? – preguntó Aguirre.

- Aún no. Tras el atentado en su comisaría, el Gran Tama se ha quedado sin agentes y sin recursos.

- ¿Y cómo ha descubierto dónde está la niña? – preguntó Baldomero.

- Digamos que se ha empleado a fondo con un detenido que el cartel había dado por muerto. Por suerte nuestra sobrevivió al incendio y está dispuesto a destaparlo todo a cambio de inmunidad y protección.

- ¡Bien! – exclamó Quispe. Le dio una palmada en la espalda a Estrada.

- Recojamos todo esto y regresemos. Nos esperan en Trujillo.

Horas mas tarde, ya entrada la noche, el helicóptero les condujo de nuevo a la base militar a la que pertenecía el comando.

Pasaron allí lo que quedaba de noche, alojados en el barracón de oficiales.

CAPITULO CUARTO

XVII

La humedad de la selva se notaba mas que nunca aquella fría y lluviosa mañana de invierno austral. La fina lluvia parecía permanecer suspendida en el aire, envolviéndolo todo.

Ninguno de los componentes del equipo de Barcelona estaba acostumbrado a aquel ambiente húmedo, tan cargado, que daba la sensación de poderse cortar con un cuchillo.

El sol intentaba hacer su aparición en el horizonte, sobre las copas de los árboles, pero las nubes luchaban por impedírselo casi hasta el punto de conseguirlo en algunos momentos.

Tras tomar un copioso desayuno que consistió en tamales, una comida típicamente peruana hecha a base de maíz y relleno de pollo, cerdo y otros ingredientes, y un café bien cargado, Fermín Estrada solicitó expresamente que los hombres del comandante Ayacucho le acompañaran en la misión que iba a devolverles a la niña.

Aunque el comandante se excusó diciendo que la zona de intervención no era de su jurisdicción, Quispe intentó convencer a Ayacucho aludiendo al grado de compromiso, lealtad y profesionalidad que hasta aquel momento habían demostrado, pero que Estrada le dijera que lo necesitaba para el éxito de la misión terminó por convencerle.

Un permiso especial del presidente, solicitado por el propio embajador Palacios hizo que un par de horas después de amanecer, el comando, junto a Quispe, Estrada, Garrido y Baldomero, se encontraran a diez mil metros volando de nuevo rumbo a Trujillo.

Aterrizaron en la Base Militar Grupo Aéreo Nº6, en Chiclayo, donde un helicóptero les llevó a Laredo, Trujillo.

El comando militar del comandante Ayacucho tomó como base de operaciones la compañía de bomberos 188 de Laredo. Aunque al principio, el capitán de bomberos, un tipo moreno con cara de indio mapuche se negó, cuando Ayacucho le dijo que su misión era terminar con el cartel de Trujillo, le faltó tiempo y espacio para alojar a sus hombres y prestarle toda la ayuda que le fue posible.

El parque de bomberos ocupaba una manzana entera en las afueras de Laredo, unos diez mil metros cuadrados mas o menos. El perímetro estaba vallado por una construcción de ladrillo visto, mal pintado de blanco, excepto la pared en la que estaba la entrada de vehículos, que estaba perfectamente enyesada y pintada con los colores del cuerpo de bomberos.

Los vehículos entraban y salían por una ancha puerta corredera de hierro que se abría y cerraba automáticamente.

Un edificio de dos plantas situado a la derecha alojaba la caserna, los dormitorios y el gimnasio, ocupando algo mas de una tercera parte del solar. A continuación, un hangar de color gris cobijaba los vehículos contraincendios: autobombas, auto escaleras, ambulancias, tractores, grúas…

En la parte trasera había una construcción de entrenamiento de tres plantas construida sin cuidar mucho la estética, y que los bomberos usaban para mantenerse en forma y realizar prácticas de extinción.

El suelo no estaba asfaltado, era de tierra de color marrón claro, igual que alguna de las calles colindantes, que tampoco habían sido pavimentadas todavía.

Uno de los bomberos estaba lavando un vehículo autobomba con una manguera frente al hangar.

Fuera sonó un claxon dos veces y la pesada puerta de entrada empezó a abrirse lentamente.

Entraron tres coches de policía y aparcaron cerca del camión que estaban lavando.

- Cuando termines, continua con este, pe – bromeó el Gran Tama al bajar del coche patrulla. Llevaba la camisa desaliñada, parte metida dentro del pantalón, parte fuera y un botón desabrochado dejaba entrever un profundo ombligo.

El bombero que estaba lavando el camión dirigió la manguera hacia el jefe de policía sin llegar a mojarle.

- ¡Concha tu mare! – exclamó dando un salto hacia atrás para que no le alcanzara el agua.

El otro no podía parar de reír al ver como cómicamente intentó zafarse del agua el gordinflón del Gran Tama.

- Buenas tardes, muchachos – saludó mirando si se había mojado.

- Tama. ¡Me alegro de verle! – exclamó Estrada apretando su mano.

- Y yo, capitán. Ya echaba de menos sus reniegos, ¡Joder! – bromeó.

- ¡Qué cabrón! – rió Estrada.

- Esto es lo que queda de mi comisaría – señaló a los cinco hombres que habían bajado de los otros coches patrulla.

- Tres vehículos y cinco hombres… – lamentó el capitán.

- Cuatro vehículos. Uno está en el taller y estos dos estaban de patrulla. Y el mío conmigo. En cuanto a los hombres… estos son los únicos cinco de confianza. Hay dos mas que sé que trabajan para Rojas y otros cinco de los que dudo, por eso no los he hecho venir.

- ¿Son cien por cien de confianza?

- Lo son – aseguró orgulloso – Uno es mi hermano, el otro mi cuñado y a estos tres pendejos los conozco desde que llevaban pañales. – dijo refiriéndose a los mas jóvenes.

- Bueno… cinco hombres, y tú, seis, mas los doce de Ayacucho, son dieciocho… diecinueve contándolo a él.

- Y nosotros cuatro, veintitrés – apuntó Baldomero.

- Si… El equipo técnico quiero que se mantenga al margen, no lo quiero en primera línea – objetó Estrada – Entremos, que hace frío.

El cielo estaba cubierto de nubes negras y empezaba a lloviznar.

Entraron en el cuartel de bomberos y El Gran Tama, que ya conocía el lugar, les condujo directamente al comedor, que hacía las veces de sala de reuniones.

Era una estancia bastante amplia. En el centro había unas mesas rectangulares blancas con sillas negras. En una de ellas, la mas cercana a la puerta, había un bombero comiendo un bocadillo, y en la siguiente, dos jugaban al dominó. Bajo las ventanas, a la derecha, unos viejos sofás con varios agentes descansando o mirando la tele. Una desgastada mesa de ping-pon y un futbolín, amenizaban las horas de espera de los agentes de bomberos hasta que un incendio o un rescate reclamaban sus servicios.

Ayacucho hablaba animadamente con el jefe de bomberos en uno de los sofás. Cuando entraron Estrada y Quispe, todos se pusieron en pie instintivamente.

- Señores, por favor, siéntense – pidió Quispe con cierto sosiego.

- Antes de que empecemos quisiera agradecer al equipo del

comandante Ayacucho toda la ayuda que nos ha prestado hasta ahora.

- No es necesario agradecernos nada, capitán Quispe – dijo Ayacucho con gozo.

- Entremos en materia, si les parece bien.

Los dos o tres bomberos que había por allí y el capitán Millantu, se levantaron para salir de la sala.

- Por favor, no se vayan, amigos – pidió Estrada – Su ayuda será necesaria para el éxito de esta empresa.

- No le entiendo, capitán Estrada – admitió Millantu sin entender a que se refería.

- Verá, capitán, el comandante Ayacucho, Quispe y yo hemos trazado un plan para recuperar a la niña y asestar un fuerte golpe a Rojas que puede terminar con el cartel para siempre – hizo una breve pausa – Y ese plan les incluye.

- Nosotros somos bomberos, capitán Estrada. No tenemos medios para combatir el narcotráfico. Apagamos fuegos – dijo con sorna.

- Lo sé – rió – No les vamos a pedir que disparen a nadie, ni mucho menos, pero su ayuda va a ser crucial para nuestro plan.

Millantu volvió a sentarse en el sofá, junto a Ayacucho y tras él, el resto de sus hombres.

- Le escuchamos, Estrada – dijo Millantu con una mezcla de interés y curiosidad – Sorprendanos.

- Sabemos donde tienen a la niña gracias a los esfuerzos del jefe de policía Alberto Tamarite.

- ¿Quién? – preguntó uno de los bomberos con guasa.

- El Gran Tama, ¡cojones! – bromeó el jefe de policía en un intento de imitar a Estrada.

- ¡Ah, ya!

- El Gran Tama, junto a mi equipo han conseguido averiguar donde se esconden los hombres de Rojas con la niña. Estimamos que en la finca de Rojas hay entre veinte y treinta hombres muy bien armados y el lugar donde se esconde la niña puede haber entre diez o doce mas.

- ¿Y nosotros donde entramos? – preguntó Millantu con ansia.

- Espere, pues… no sea adelantado, hombre – dijo El Gran Tama con socarronería.

- Ustedes harán su trabajo: apagar un fuego.

- ¿Es que acaso sabe cuando se va a producir y dónde?

- Este si.

- ¿Acaso piensa provocarlo, pues?

- Yo no. Mi equipo científico.

- ¿Y qué van a quemar?

- Un almacén abandonado que hay en la esquina de la calle

donde está nuestro objetivo. Con la excusa, ustedes y los agentes de la policía cortarán cuatro calles a la redonda, con lo que conseguiremos aislar la manzana sin que se den cuenta. Es muy importante que los acorralemos y que no escapen.

- ¿Y la gente de los edificios cercanos?

- Ahí entra nuestra querida señora Tamarite, madre del Gran Tama. Será nuestra infiltrada y se pondrá en contacto con las chismosas del barrio para avisarlas de lo que va a acontecer.

- ¿Y no teme que se enteren los hombres de Rojas? – preguntó un bombero alto y delgado.

- ¿Usted escucha los chismes de las viejas? – preguntó Estrada.

Todos rieron ante la cara de estupor que puso el bombero.

- Realmente es un riesgo, pero estamos dispuestos a asumirlo – admitió Quispe. Si alguna vieja se va de la lengua lo único que puede pasar es que se larguen antes de que lleguemos…

- Yo no estoy dispuesto a asumir riesgos entre mis hombres – sentenció Millantu poniéndose en pie con el rostro completamente tenso.

- Tranquilo. Sus hombres no participarán en primera línea y si algo sale mal no se verán amenazados. Parecerá todo fortuito y casual.

- Millantu volvió a sentarse de nuevo junto a Ayacucho. Parecía que las palabras de Estrada le habían convencido.

- Tranquilo, pues, hermano – empezó Ayacucho intentando transmitirle confianza – ¿Acaso duda de la eficacia de mis hombres?

- No, Ayacucho. Lo que me preocupa es la eficacia de los hombres de Rojas. Esos malnacidos tienen a todo el pueblo aterrorizado, El Gran Tama es testigo de ello – dijo señalándole con el dedo con insistencia. Y ustedes también.

- Precisamente por eso quiero terminar con Rojas. Llevan asesinando y sobornando a mis compañeros durante años. No puedo mantener la paz ni el cumplimiento de la ley en estas condiciones….

Millantu se mantuvo pensativo con la mirada perdida en el suelo.

- Está bien. Pero lo someteremos a votación – dijo al fin.

- Me parece bien. Reúna a sus hombres y voten. Nosotros nos vamos a descansar un rato. El ataque se producirá esta tarde – dijo Estrada – Con o sin ustedes, aunque preferiría contar con su ayuda.

- Pondré a mi madre a trabajar para que desaloje la zona – dijo el Gran Tama sacando del bolsillo del pantalón su teléfono móvil.

XVIII

Estrada dormía profundamente en uno de los camastros que había en el cuarto de descanso de los bomberos.

A pesar de que hasta hacía pocos minutos en la sala contigua había un gran alboroto, no se despertó hasta que se acercó Alicia y susurró en su oído.

- Fermín. ¡Fermín!

- ¿Qué pasa? – abrió los ojos como si sus párpados pesaran una tonelada.

- Los bomberos ya han deliberado – afirmó la mujer.

- ¿Ya? ¿Y qué haces tu aquí?

- Si, parece que ya tienen una decisión. Nos ha hecho venir Quispe. Dice que será mas fácil protegernos aquí una vez empiece todo, parece que hay un refugio en el sótano.

Se quedó sentado en el camastro con los pies apoyados en el suelo. Se frotó los ojos un par de veces.

- Se te ve cansado.

- Lo estoy, pero no se lo digas a nadie – bromeó guiñando un ojo.

Se levantó estirando los brazos hacia arriba para intentar desperezarse.

Salieron de aquella habitación que olía a pies y fueron al comedor.

Allí estaban todos reunidos. Había algunos bomberos que antes no estaban.

- Capitán, ya hemos tomado una decisión – afirmó el jefe Millantu, que estaba de pie al fondo del comedor, frente las mesas.

- Bien. ¿Y qué han decidido? – preguntó Estrada desde la puerta de la sala.

- Queremos terminar con el narcotráfico en Laredo. Estamos hartos de las extorsiones de los hombres de Rojas.

- Pero… – interrumpió Estrada.

- No hay “peros”, capitán Estrada. Hemos decidido ayudarles. Y la decisión ha sido unánime. Estamos presentes todos los integrantes del cuerpo de bomberos de Laredo. Incluso los que tienen turno libre y descanso – dijo con determinación

- Gracias. Su ayuda es inestimable. El teniente Garrido y el sargento Baldomero han preparado un plan. Únanse a ellos y ayuden a prepararlo. – miró su reloj de pulsera – En una hora salimos.

- Estaremos preparados.

- ¿De cuantos autobombas disponen?

- Un Iveco nodriza de 7790 litros y tres autobombas de 3950 litros, también Iveco.

- Bien. Cuando reciban la llamada, acudan solamente con dos autobombas. El resto que permanezca aquí hasta recibir órdenes. Si los hombres de Rojas ven algo fuera de lo normal, como un despliegue inusual o exagerado, huirán. Todo debe parecer normal. Un incendio normal y una extinción normal.

- Alicia, tu, El Gran Tama y Baldomero preparad el incendio.

- ¡Vamos! – dijo Baldomero con entusiasmo. Salieron del comedor.

- Millantu, usted prepare todos sus efectivos. Los camiones preparados con el máximo de agua, ambulancias listas… Cuando llegue el momento quiero todas las unidades de las que hemos hablado en la calle.

Millantu miró a Quispe como si esperara su aprobación. Quispe asintió.

- Millantu, como jefe de la Interpol, Estrada puede disponer de los efectivos que requiera para llevar a cabo su misión. La única premisa es coordinarlo con el jefe de Interpol del lugar, y naturalmente tiene mi aprobación. A demás, debemos ser corteses con nuestro colega, independientemente de que tengamos órdenes del presidente de la república del Perú de prestarle toda la ayuda posible – rió.

Millantu relajó la cara de indio e intentó esbozar lo que parecía una sonrisa. Se quedó un momento pensativo, luego levantó el pulgar.

- A las 17:00 – añadió Estrada. Millantu le miró sin decir nada.

El tenue sol que había intentado asomar la nariz durante toda la mañana se había dado por vencido aquella tarde escondiéndose tras unas espesas nubes que amenazaban tormenta.

El lugar en el que se escondían los hombres de Rojas estaba situado en un barrio a las afueras de Laredo, junto al camino que conduce al cementerio del pueblo.

Era una zona despoblada, exceptuando una pequeña porción de terreno en la que se habían levantado diez o doce construcciones de madera y adobe de aspecto bastante humilde.

Una de ellas era propiedad de una dulce anciana a la cual la Municipalidad de Laredo hacía tiempo atendía a través del departamento de asuntos sociales por su avanzada edad y el hecho de no tener descendencia. El Gran Tama, que conocía este hecho, aprovechó la situación para trasladarla a una residencia de la tercera edad donde estaría bien cuidada y no le faltaría nada.

Una vez desalojada la anciana con una ambulancia, prepararon en el interior una bomba incendiaria que estalló de forma programada alrededor de las seis de la tarde. La idea de no hacerlo en el almacén abandonado les pareció mas creíble al equipo del laboratorio.

A pesar de que la señora Tamarite había realizado un gran trabajo y casi todos los vecinos habían desalojado la zona, aún quedaban algunos: un par de tenderos y tres o cuatro haraganes que pululaban a las puertas de una pequeña y oscura cantina al otro lado de la calle.

El aviso de alarma lo dio a las seis y cinco el dueño de dicha cantina al oír la explosión, que rompió los cristales exteriores del edificio. Las llamas se hicieron visibles desde la calle en menos de un minuto.

Uno de los clientes de la cantina comentó que era algo de esperar dada la avanzada edad de la anciana y que era extraño que no hubiera ocurrido una desgracia antes.

El plan de Estrada para que todo pareciera fortuito estaba funcionando a la perfección.

Las llamas no tardaron en consumir la planta superior, donde habían colocado el artilugio incendiario.

Cuando el reloj de pulsera del jefe de bomberos Nahuel Millantu marcaba las seis y media de la tarde, dos camiones autobomba y una ambulancia hicieron acto de presencia en el lugar.

Sin dar tiempo a que nadie reaccionara, los vehículos de policía que les acompañaban bloquearon la calle, impidiendo entrar o salir a nadie sin que fuera identificado con la excusa de que alguien

había visto salir corriendo de la casa a un desconocido y que por tanto el fuego podido ser provocado.

El Gran Tama fue conduciendo a los que aún quedaban en la zona a un restaurante campestre que había a unos cien metros de la zona del incendio, lejos del peligro.

El lugar era bien conocido en Laredo. Muchos de sus ciudadanos acudían a la zona de recreo para relajarse con sus “domingos pachangueros” en los que se ofrecía por un módico precio, asequible casi para cualquiera, una buena ración de comida amenizada con música orquestal o de algún grupo local que intenta abrirse paso en el mundo de la salsa, el merengue y otros estilos típicamente latinos.

Por lo menos eso era lo que anunciaban los carteles del exterior.

La extinción del fuego y el desalojo de las fincas cercanas se produjo casi al mismo tiempo, pero de la casa de madera en la que suponían se encontraba Marisa Palacios y los hombres de Rojas, no salió nadie. Tampoco se observaba movimiento, ni siquiera alguien tras las raídas cortinas que observara qué ocurría fuera.

Estrada y Quispe llegaron en un elegante 4x4 negro con los cristales tintados que aparcaron junto a la acera a pocos metros de la casa. Tras ellos, dos camiones militares se detuvieron bruscamente en el centro de la calzada. Rápidamente descendieron los hombres del comandante Ayacucho y se desplegaron rodeando la zona.

La gente que aguardaba tras la línea policial empezó a murmurar por la presencia militar. Nadie entendía su presencia en lo que parecía un incendio como cualquier otro.

Apagado el incendio, los camiones de bomberos se retiraron y bloquearon la calle que llevaba al cementerio por si conseguían huir.

- Quispe, ordena que vengan los otros camiones de bomberos y bloqueen el cruce del otro lado – dijo señalando con el brazo extendido hacia el lugar – Si alguno consigue escapar quiero que se encuentre en una ratonera.

- Me parece buena idea – tomó la radio y dio las órdenes oportunas.

- Jefe comando a jefe Alfa – se escuchó en el walkie que Estrada llevaba colgado al cinto.

- Aquí jefe Alfa, adelante, Ayacucho.

- Todas las unidades en posición.

- Recibido, espere instrucciones.

- Recibido, cambio.

- Jefe Alfa a Tama.

- Aquí Tama, cambio.

- Quiero dos tiradores. Uno en el tejado del restaurante y otro en la torre eléctrica del lado opuesto.

- Lo siento, Estrada. Solo tengo a uno con buena puntería. Los otros no serían capaces de acertar un autobús con un cañón de artillería.

- ¡Joder! ¿Y me lo dice ahora?

- No me ha preguntado antes, hermano… – admitió quitándole hierro al asunto.

- Está bien – resopló – Quiero a su hombre en el tejado del restaurante. Cambio.

- Recibido, jefe Alfa, corto.

- Bueno, Baldomero, parece que le ha tocado a usted esa torre.

- No hay problema, capitán. He visto que Ayacucho tiene un rifle de precisión.

- Bien, pero le quiero a usted allí. Conozco su puntería y le necesito.

- Gracias capitán. Allí estaré – se alejó a paso ligero.

Llegó una furgoneta vieja y destartalada que se detuvo junto a Estrada. La puerta corredera se abrió haciendo un gran chirrido.

- Hola Fermín – saludó Alicia al salir.

- ¿Qué haces aquí? Deberías estar con Victoria…

- Venga… no te hagas el macho alfa conmigo…

- ¡Joder Alicia! – renegó – Por lo menos habrás traído el chaleco antibalas.

- A eso he venido, listillo – dijo cariñosamente – A traeros el equipo.

Le pasó un chaleco de protección y se colocó uno. Le entregó otro a Quispe y al resto del equipo civil.

- Está bien, está bien… vamos a empezar ya.

La mujer no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza.

- Atención a todos los grupos – dijo Estrada por radio – ¿En posición?

- Francotirador en torre en posición – respondió Baldomero.

- Franco en tejado en posición – respondió el hombre del Gran Tama.

- Aquí jefe comando. Todos los efectivos en posición.

- Aquí… aquí el Gran Tama. Yo y mis hombres esperando en posición – dijo con inseguridad.

- Joder… espero que esto salga bien…

- Son buena gente. Saldrá bien – contestó Alicia.

- Lo sé, pero no son profesionales. La mitad de los hombres del Gran Tama nunca ha disparado un arma y la otra mitad dudo que sepa atarse los cordones de los zapatos…

Alicia rió con ganas.

- Vamos… no son tan malos… Los hombres de Ayacucho son unos soldados de élite.

- Si, soy consciente. No sé que habríamos hecho sin ellos en esa puta selva.

- Por cierto… te he traído uno de tus puros.

Estrada no dijo nada. Cogió el puro, se lo colocó en la boca y le prendió fuego.

Le guiñó un ojo.

- Atención a mi señal. Todos preparados. – Dijo por radio.

La tensión se palpaba en el aire. Poco a poco habían ido acercándose algunos vecinos, que un par de agentes de bomberos intentaban mantener detrás de una cinta que habían colocado cortando la calle.

- Atención a todos los efectivos. Inicio del programa. Atención Ayacucho luz verde. Repito: luz verde.

Un par de proyectiles fumígenos aparecieron de la nada y volaron hasta estrellarse contra las ventanas de la casa en la que se suponía estaban los hombres de Rojas.

Dentro de la casa empezaron a toser con insistencia.

- Atención a todos.

Sin darle tiempo a terminar la frase, un par de individuos salieron por una de las ventanas y echaron a correr calle arriba, hacia donde se encontraba el cementerio de Laredo. Uno de los hombres de Ayacucho abatió a uno de ellos de un disparo en el muslo. No falló, disparó con intención de derribarlo sin matarle. Esas eran las órdenes.

El hombre, un gordo de piel oscura que iba enseñando parte de su prominente barriga cayó al suelo retorcido de dolor. El otro, ni siquiera se giró para ver si su amigo estaba bien. Aceleró el paso y continuó hasta que el francotirador que se encontraba sobre el tejado del restaurant, le acertó en el hombro derecho. El proyectil, de gran calibre, le destrozó el hombro. Intentó continuar corriendo, pero a los pocos metros cayó también al suelo abatido por el dolor y la pérdida de sangre.

Dentro continuaban tosiendo, cada vez con mas insistencia. El ambiente debía ser irrespirable y continuar dentro era cada vez mas difícil para los presuntos secuestradores.

De pronto, se abrió la puerta, con tanta fuerza que uno de los goznes se partió y quedó medio colgando de la bisagra superior.

Salió un hombre de estatura media.

- Dé la vuelta y tire el arma – le ordenó uno de los hombres de Ayacucho que estaba parapetado tras un cubo de basura de metal.

El hombre, intentó apuntar hacia donde creyó el origen de la voz y disparó. De inmediato, dos disparos le abatieron. Cayó de

espaldas quedándose inmóvil para siempre.

- Millantu para jefe Alfa, Millantu para jefe Alfa – gritó la radio portátil de Estrada. La tomó del cinto y habló.

- Adelante, Millantu, jefe Alfa a la escucha.

- Hay una ventana en la parte trasera que no habíamos visto. Estaba tapada con unas maderas. La están intentando abrir para huir.

- Recibido, Millantu. Cuando salgan, refrésquenlos con un poco de agua a toda presión. Ahora le envío refuerzos.

- Recibido – dijo secamente.

- Jefe Alfa a jefe comando, cambio.

- Aquí jefe comando, adelante jefe Alfa.

- Jefe comando, envíe a dos hombres a la parte trasera de la casa para apoyar a jefe Rojo. Cuidado con el fuego cruzado.

- Recibido, jefe Alfa. Corto.

En menos de un minuto, dos hombres del comando de Ayacucho abandonaron su puesto para dirigirse a la parte trasera de la vivienda.

Se oyeron gritos, nerviosismo y como un chorro de agua impactaba contra una pared de madera. Luego el crujir de tablas podridas y las características ráfagas de un par de UCIS.

Mas gritos y nerviosismo en la parte trasera.

Dos disparos de armas de asalto. Luego dos mas. Y tres o cuatro le siguieron. Luego el silencio.

- Jefe comando a jefe Alfa.

- Adelante, jefe comando.

- Dos objetivos abatidos en la parte trasera. Esperamos órdenes.

- El gas ya se ha disipado. Puede que haya un sótano o algo. – Comentó con Alicia.

- Aunque se haya disipado los efectos duran un buen rato. Vista borrosa, tos…

- Lo sé, Alicia. O han huido sin que les veamos o están escondidos en un sótano o zulo…

- Es posible – oteó por si veía algo extraño calle abajo.

- Jefe Alfa a Jefe comando.

- Aquí jefe Comando. Adelante.

El agua que habían usado los bomberos empezó a llegar hasta los pies de Estrada.

- ¡Joder! – se quejó al sentir el suelo mojado – Jefe comando. Luz verde para el asalto. Repito: luz verde para el asalto.

- Jefe comando confirme luz verde.

- Jefe Alfa para jefe comando: Luz verde para asalto.

- Recibido, jefe Alfa. Pasamos a silencio de radio.

- Recibido corto.

- Cierro.

XIX

Ya había oscurecido.

Los hombres del comandante Ayacucho aprovecharon esta circunstancia para acercarse a la casa sin ser descubiertos. Poco a poco fueron aproximándose, agachados, incluso reptando, hasta que todos se encontraron junto a la casa, preparados para el asalto a la orden de Ayacucho.

Cuando el comandante dio luz verde, entraron todos a la vez en una coreografía casi perfecta, sin hacer ruido y en absoluto silencio, comunicándose entre ellos por medio de señas y señales militares.

Un par de minutos mas tarde, apareció uno de los comandos con un sujeto esposado. Lo llevó directamente hacia dónde estaba Estrada.

- Espóselo a esa reja – ordenó el capitán señalando la ventana de una casa.

El comando asintió en silencio, cumplió su orden y regresó a la casa a paso ligero.

El hombre detenido se mantuvo en silencio.

- Planta asegurada – se escuchó por radio.

- Voy a entrar – le dijo a Alicia – cuida de este…. De este…

- Será un placer – interrumpió Alicia.

- Jefe Alfa va a entrar – anunció por radio.

Se dirigió con paso decidido a la casa y entró, no sin antes echar un vistazo a la calle. Había congregados ya un gran número de curiosos.

Tomó la radio.

- Millantu, ¿No hace mucho calor? Refresque un poco a esa muchedumbre… por su seguridad…

- Recibido.

Entró en la casa.

La vivienda era una especie de loft en el que había una cocina abierta junto a una sala-comedor con una gran mesa de madera, sofás y sillas viejas de madera carcomida.

La luz era tenue y escasa. Un par de bombillas que colgaban del techo en cada extremo y una luz de pie junto a los sofás eran toda la iluminación.

Los hombres de Ayacucho estaban repartidos por toda la casa asegurando la zona e intentando encontrar alguna pista que les condujera a la niña.

- ¡Capitán! Venga aquí – dijo uno de los hombres de Ayacucho.

- Dígame… – dijo al llegar a su lado.

- Zapata, señor. Aquí hay una trampilla – Estrada asintió.

Ayacucho entró en la casa.

- Ayacucho – señaló la trampilla.

- OK – hizo señales a sus hombres, que se colocaron en silencio alrededor de la portezuela de madera.

A su orden, entre dos comandos la abrieron lentamente. Todo estaba oscuro y no se oía nada. Una larga y vieja escalera de hierro oxidado conducía abajo.

Los hombres de Ayacucho encendieron las linternas que llevaban acopladas a sus armas de asalto e iluminaron hacia el agujero.

No se veía a nadie, tan solo se oían sollozos.

Despacio y con prudencia bajaron tres hombres.

- ¡Despejado!

- Baje capitán – gritó otro.

Estrada bajó las escaleras lo mas rápido que pudo, casi tropezó en el último escalón.

La estancia era pequeña. Quizás dos por cuatro metros, puede que menos. Y el techo bajo. La única luz era la de las linternas de los militares y de Estrada.

Uno de los militares hizo un gesto con la cabeza para que observara al fondo del pequeño zulo.

Dirigió su linterna hacia el lugar. Un colchón sobre el mugriento suelo y sobre él una niña con el miedo dibujado en el rostro.

- Hola pequeña. ¿Estás bien? – preguntó cariñosamente.

- Quiero ir con mi papá – pidió entre sollozos.

- Lo sé, cariño. ¿Cómo te llamas?

Uno de los comandos cortó las ataduras que la mantenían

inmovilizada.

- Marisa.

- ¿Marisa?

- Si, señor. Marisa Palacios. – Sollozó.

Todos sonrieron y un ambiente de jubilo invadió de pronto el lugar.

Allí estaba ella.

Allí estaba la razón por la que había atravesado medio mundo.

Allí estaba Marisa Palacios. ¡Por fin!

Uno de los comandos dio la noticia por radio y casi al instante se escucharon gritos de alegría fuera de aquel estrecho y húmedo zulo.

La cogió en brazos y la sacó de aquel agujero que olía a moho.

De nuevo en la zona habitable de la vivienda, uno de los comandos acercó una silla para que la muchacha se sentara en ella. Su ropa estaba sucia y raída, su larga cabellera descuidada y su cara manchada con barro y tierra de aquel horrible lugar en el que la habían mantenido cautiva.

Estrada cogió su teléfono móvil y marcó un número en Barcelona.

- ¿Señor ministro? Estrada. Ya sé que hora es, ¡coño! Tengo a la niña. Tenemos a Marisa. Se encuentra bien, solamente un poco asustada. No haga nada, no me mande a nadie. Volveré a llamarle. ¿Por qué? Por que aún estamos en el zulo, ¡cojones! – colgó el teléfono con ira – Malditos burócratas de los huevos…

-Señor… se han llevado a la otra niña… – dijo Marisa con timidez.

- ¿A otra niña? ¿Qué quieres decir? – preguntó sorprendido.

- Hace dos días vinieron dos hombres nuevos y trajeron a Juana.

- ¿Quién coj…? ¿Quién es Juana, cariño? – preguntó conteniendo su mal genio.

- Me dijo que su papá tiene mucho dinero y que pagaría el rescate.

Llegó Alicia.

- Fermín. Saca a la niña de aquí y espera para interrogarla – se quejó la mujer.

- Si, creo que tienes razón…. Como siempre – añadió mordiendo el puro – Quédate con la niña. Llévatela de aquí. Iros a un hotel. Que Mauricio y Aarón la procesen. Cuando haya terminado que se duche y que llame a su padre en Barcelona.

- Me parece buena idea. ¿Te vienes conmigo, cariño? – preguntó a la chiquilla. Marisa asintió sin decir nada. Se levantó y siguió a Alicia, que la tomó de la mano.

- Un segundo Marisa – la niña se giró sorprendida.

- ¿Te dijo esa niña como se llama de apellido?
- Si. Carrera. Juana carrera.
- Gracias cielo – guiñó un ojo.
La niña, a pesar del horror que debió pasar, sonrió y luego salió de la casa con Alicia.
- ¡Joder! – renegó cuando ya estaban fuera.
- Ordenaré a mis hombres que busquen pistas en la planta baja.
- Me parece bien. ¿Le suena ese apellido, Ayacucho? ¿Carrera?
- Puede que se refiera a Hermenegildo Carrera, un importante diseñador de moda. Es colombiano, se instaló en el Perú cuando era joven.
- Veo que entiende usted de moda, Ayacucho.
- Mi esposa es diseñadora. Se ha lanzado a la aventura este año pasado con una discreta línea de modelos.
Estrada asintió sorprendido.
- ¿Dónde está Quispe?
- En el puesto de control de la calle.
- Echemos un último vistazo a ese maldito agujero… Antes me ha parecido observar algo.
- ¿Qué? – preguntó Ayacucho.
- La vía de huida.
- Está bien, bajemos.
Descendieron de nuevo al agujero. Primero bajó Estrada y luego Ayacucho. La estrechez del lugar no daba para mucho mas, a demás, el aire se viciaba enseguida.
- Ayacucho, apague su linterna – ambos la apagaron.
Sacó un mechero de su bolsillo y lo encendió.
- Mire la llama. ¿Qué ve?
- Aquí hay una corriente de aire, no hay duda – afirmó Ayacucho al observar como la llama temblaba.
Estrada fue moviendo el mechero hasta que la llama estuvo a punto de apagarse.
- ¡Allí! – exclamó. encendió de nuevo la linterna.
- Lo veo, capitán.
Ayacucho sacó su cuchillo de combate y hurgó en la esquina de la pared lateral del fondo.
- Por eso no lo vimos, no estaba a la vista… – observó Estrada.
Ayacucho consiguió abrir la trampilla. Alumbró con su linterna. Apareció un túnel que se perdía en la oscuridad.
- Habrán huido por ahí. ¡Maldita sea! Me voy con Quispe. Averigüe a dónde conduce ese maldito túnel. Vayan con cuidado y avisen ante cualquier problema – ordenó.
- Si, capitán, no se preocupe.
Subió las escaleras detrás de Estrada.

Media hora mas tarde, Ayacucho y su equipo regresaron al improvisado puesto de mando junto a la furgoneta que había traído Alicia.

- Los hemos perdido, ¡concha su mare! – renegó Ayacucho.

- Creo que pasamos demasiadas horas juntos, Ayacucho – ironizó Estrada.

- Creo que tiene razón – rió el hombre – Esos malnacidos nos han dado esquinazo. Han huido con un 4x4.

- ¿Pudo ver la matrícula?

- Si, pero no nos servirá de nada, capitán.

- ¿Qué quiere decir?

- ¿De verdad piensa que ese vehículo está registrado a nombre de alguno de ellos y que le estará esperando en su domicilio?

- Demasiadas horas juntos, ¡joder! – Rió y le dio una amigable palmada en la espalda.

- Pero no está todo perdido. He dado la descripción a la FAP y tengo dos "pájaros" en el aire buscándolos.

- Espero que encuentren pronto a esos hijos de pu…

- Acaban de despegar, necesitan tiempo.

- Tiempo es de lo que no disponemos, precisamente. – Lamentó

- Cinco minutos. En cinco minutos los tenemos aquí encima.

- Bien, entonces empecemos a recoger todo esto. Que sus hombres descansen un poco.

- De acuerdo.

Ayacucho pasó la orden de Estrada a sus hombres. El cansancio se reflejaba en sus caras. A pesar de estar muy bien preparados, apenas habían descansado durante las últimas setenta y dos horas, manteniendo durante ese tiempo una tensión continua gracias a la cual habían conseguido dar con la niña.

Estrada ordenó a Millantu que todos sus efectivos se retiraran y volvieran al cuartel de bomberos. El Gran Tama y sus hombres llevaron a los detenidos a la comisaría de Trujillo, ya que la de Laredo había quedado completamente destruida tras el atentado.

Ayacucho, Quispe y el equipo de Estrada esperaron hasta que la FAP dió con el vehículo huido.

- Capitán. La FAP ha localizado el vehículo.

- ¡Al fin! ¿Dónde están?

- A diez quilómetros de aquí, en una petrolera.

- ¿Una petrolera?

- No se como lo llaman ustedes… donde le echan combustible a los vehículos.

- ¡Ah, ya! Una gasolinera…

- Gasolinera… – chasqueó los dedos – Vamos Estrada, no

perdamos mas tiempo.

XX

El túnel que descubrieron Ayacucho y Estrada conducía a la finca que había al otro lado de la calle.

Los hombres de Rojas habían sido capaces de construir una galería de varias decenas de metros que incluso cruzaba la calzada pasando bajo los edificios que había enfrente hasta salir de nuevo a la superficie en un campo de trigo. Allí, descubrieron una red militar de camuflaje junto a las huellas de un vehículo que parecía haber abandonado el lugar a toda velocidad.

Sin perder tiempo subieron a los camiones militares para dirigirse al punto en el que la FAP había fijado la localización del vehículo huido.

Lo habían estado siguiendo por la 773 hasta una zona pre-urbanizada donde la carretera se interrumpía. De allí, a través de un terreno irregular lleno de dunas, volvieron a aparecer en la prolongación de la 773 ya en las afueras de Trujillo.

A unos doscientos metros, donde la carretera volvía a estar asfaltada, una pareja de agentes de tráfico de Trujillo los había reconocido y había logrado arrinconarlos en el interior de una gasolinera.

Uno de los agentes recibió un disparo mortal, quedando tendido en medio de la calle. El otro, parapetado tras el viejo vehículo policial consiguió que entraran en el edificio, que era una

construcción de una sola planta, situada en la parte exterior de una rotonda.

La zona estaba desierta, no había construcciones cercanas. La gente solía acudir de pasada o expresamente a poner gasolina, por lo que no era un lugar especialmente concurrido. El zumbido del helicóptero de la FAP que sobrevolaba la zona dándoles apoyo táctico le daba, aún si cabe, un aspecto mas siniestro a aquel lugar apartado.

Entrar en un edificio que no disponía de una salida trasera fue sin duda un error para los hombres de Rojas y una muestra de que actuaban a la desesperada y sin plan alguno. El ataque que les asestó Estrada en la casa fue para ellos como un jarro de agua fría que les pilló desprevenidos.

Cuando llegaron Estrada y el resto del equipo con los camiones militares a aquella rotonda, el agente que había conseguido retenerlos se había quedado ya sin balas y empezaba a perder la esperanza de salir de ahí con vida. La alegría en su cara al verles llegar fue mayúscula.

Estacionaron los camiones a unos treinta metros de la entrada y de forma casi coreográfica bajaron todos los hombres de Ayacucho para tomar posiciones alrededor del edificio en el que se encontraban los secuestradores.

- ¡Joder! Estoy hasta la polla de tener que sacar a las ratas de los agujeros – se quejó Estrada gesticulando.

Ayacucho y Quispe, para quienes las salidas de tono de Estrada aún eran una novedad, se miraron entre ellos sin poder evitar sonreír.

- Estos son los últimos, capitán – aseguró Quispe mientras caminaba a su lado hacia el coche patrulla que estaba frente la puerta.

Sonaron disparos. Uno pinchó una rueda, que se deshinchó haciendo un gran ruido.

- ¡Me cago en la puta! – se acuclillaron junto al coche donde también intentaba protegerse el agente de la policía. Buscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó uno de sus puros.

- Soy el comandante Ayacucho de la Fuerza Aérea del Perú. El es el capitán Estrada de la interpol de Barcelona – el otro se limitó a asentir sin desviar la mirada de la puerta de la gasolinera. El miedo se adivinaba en sus ojos, aunque sin duda, la presencia de los recién llegados le había tranquilizado un poco.

- ¡Eh! ¡Los de la gasolinera! – gritó con ganas.

- Capitán Estrada, tengo un megáfono en el coche – dijo el

agente de policía.

- Está bien… no quiero volver a desgañitarme…

El hombre fue a la parte trasera sin levantar la cabeza y abrió el portaequipajes completamente acuclillado para no ser visto desde el interior de la tienda o las oficinas de la gasolinera. Sacó un viejo megáfono y regresó casi gateando.

- Aquí tiene capitán.

- Gracias – presionó el botón de encendido y lo colocó frente a él. ¡Eh! ¡Los de la gasolinera!

- ¡A la mierda! – bramaron desde dentro.

Dispararon un par de veces.

- No tenéis salida. Estáis rodeados.

- Tenemos a la niña y mas rehenes. Queremos un vehículo y armas.

- El cartel de Trujillo ha caído. Ya no queda nadie que os proteja. ¡Entregaros!

Sonaron varios disparos. El cristal delantero del coche patrulla reventó.

- Conozco a esos hombres… no se van a entregar. Morirán antes por "su causa" – aseguró el agente de policía – Rojas les hace hacer un juramento. Hace algunos años encontramos a uno de sus hombres con un puñal clavado en la nuca. Es su forma de advertir a todos que quien se entrega le está traicionando.

- En ese caso habrá que asumir riesgos – lamentó Estrada. Miró a Quispe y a Ayacucho. Los dos asintieron en silencio.

- Está bien… Ordenaré a mis hombres que se preparen para el asalto – dijo Ayacucho.

- No, comandante. No asaltaremos… de momento… Primero quiero saber cuantos son y dónde están situados dentro de la gasolinera.

- En ese caso necesitamos a los tiradores.

- Capitán, yo vi salir del vehículo de los sospechosos a tres hombres y una menor.

- ¿Y cuándo esperaba decírnoslo?

- No me ha preguntado, pues... – se excusó el agente.

- ¡Caguen…!

- Bueno, entonces… propongo un par o tres de fumígenos y una granada aturdidora. Luego podemos asaltar…

- Es una ratonera, Garrido… No sabemos cuantos civiles hay… Podría convertirse en una escabechina…

- ¿Una escabequé? – preguntó el agente.

- Una escabechina… una carnicería… una matanza…

- Ah, ya… Esos hijoeputa pueden empezar a disparar a los de dentro y matarlos a todos…

- Es cierto – admitió el teniente Garrido.

- Un par de mis hombres pueden acercarse por detrás e intentar echar un vistazo dentro. Puede que haya una claraboya en el techo y tengamos visión. Este tipo de locales suele tenerlas.

- Creo que es una opción, Ayacucho. Está bien. Que vayan dos o tres de sus hombres.

Ayacucho dio las órdenes a través de la radio y tres hombres salieron de la zona de visibilidad de la gasolinera para rodearla y acercarse desde la parte trasera.

Haciendo un pilar que recordaba los "castells" humanos de Cataluña, uno consiguió subir a la cubierta. Caminó intentando no desvelar su posición hasta que consiguió llegar a una trampilla.

- Comando uno a jefe comando – se escuchó a través de la radio.

- Aquí jefe comando. Adelante comando uno – respondió Ayacucho.

- He encontrado una trampilla opaca.

- Recibido. Espere instrucciones.

-¿Qué sugiere, capitán? – preguntó Ayacucho.

Estrada se quedó pensativo un momento. Se recolocó el sombrero y chupó con fuerza el puro. Luego soltó el humo lentamente.

- Que la abra hasta tener visión. Despacio y sin hacer ruido.

- Está bien. Hará lo que pueda… pero ya sabe como son esas viejas trampillas.

- Lo sé. Que todos estén preparados para un asalto masivo si las cosas se complican. No quiero que su hombre corra ningún riesgo innecesario.

- Mis hombres están dispuestos a dar la vida por la patria, capitán. Están dispuestos a arriesgarlo todo. – aseguró con orgullo.

- Bien, pero no esta noche – le dio una afectiva palmada en el hombro.

Ayacucho transmitió las órdenes por radio y a los pocos minutos el comando uno intentó abrir la trampilla. Al principio le costó un poco, estaba bastante oxidada, pero tras un par de intentos consiguió desencajarla tras un tirón seco que quedó oculto tras una ráfaga de disparos que se intercambiaron un par de comandos con los de dentro de la gasolinera para distraer su atención.

- Comando uno a jefe comando.

- Aquí jefe comando. Adelante comando uno.

- Tengo visión. He introducido la cámara serpiente y he visto un baño. La puerta está cerrada, puedo acceder.

Ayacucho miró a Estrada, que asintió.

- Entre, comando uno.

El hombre se deslizó por la trampilla sin hacer ruido. Entreabrió

la puerta y observó.

- Jefe comando, estoy dentro. Tengo visión parcial del exterior del baño. Observo dos sujetos armados junto a la ventana.

- Jefe comando a comando uno: ¿Y la niña?

- No tengo visión de alerta “Amber”

- Recibido. Espere instrucciones.

- Ordene a los otros dos hombres que intenten observar a través de las ventanas – pidió Estrada.

Ayacucho asintió.

- Jefe comando a comandos dos y tres.

- A la escucha comando dos.

- A la escucha comando tres.

- Necesitamos visual a través de las ventanas.

Ambos contestaron que habían recibido las órdenes. Empezaron a caminar lentamente intentando apartarse de la línea de visión de las ventanas para no ser descubiertos hasta que llegaron a ellas. Se agacharon y sacaron un par de cámaras serpiente con las que pudieron observar el interior sin ser descubiertos.

- Comando dos a jefe comando. Tengo visual. Veo a la niña. Está al fondo de un pasillo, atada. Dos sujetos armados, uno en cada ventana mas uno en medio del pasillo.

- Comando tres a jefe comando. Confirmo visual y sumo un sujeto tras una máquina de refrescos. También veo un sujeto junto a la niña.

- Confirme sujeto junto a la niña. ¿Es un secuestrador? – Preguntó Ayacucho.

- Negativo, jefe comando. Parece un rehén. La está consolando.

- Recibido comando tres.

- Hay que tomar una decisión rápida, Estrada. No podemos permitir que esto se enquiste – dijo Garrido con cierto nerviosismo en la voz. Estrada, pensativo, no contrajo un solo músculo de su rostro.

- Creo que un asalto es la única solución. Esperemos que no haya mas rehenes ocultos.

- Recuerde que comando uno está dentro – apuntó Ayacucho – Ahí tenemos una ventaja.

- Estaría mas tranquilo si hubiera dos dentro. Les pillaríamos en fuego cruzado.

- Puedo mandar a otro.

- Hágalo – ordenó sin titubear.

Tres hombres mas abandonaron sus posiciones para repetir la torre humana que ayudara a uno de ellos a trepar hasta la cubierta.

Unos minutos mas tarde, recibió la confirmación por radio de que el otro comando había entrado en el baño de la gasolinera.

- Esto parece “El día de la marmota” – se quejó Baldomero con sorna.

- Si… parece que estamos repitiendo lo mismo una y otra vez.. – rió Garrido.

- Venga… acabemos ya – resopló Estrada con voz cansada.

- De acuerdo, capitán. Sugiero dos fumígenos…

- Si, si… ya lo dijo antes. Estoy de acuerdo. Luz verde – le cortó con intención para que no volviera a repetirlo todo de nuevo.

Cinco minutos mas tarde dos proyectiles fumígenos rompían los cristales de las grandes ventanas de la tienda de la gasolinera. Casi al mismo tiempo, los comandos que estaban ocultos en el baño tiraron en la tienda dos granadas aturdidoras y de inmediato cinco hombres con máscaras antigás entraron en tropel a través de las ventanas y la puerta.

Los dos comandos que estaban en el baño escondidos recuperaron a la niña y al dependiente, que estaba a su lado, dando parte por radio que estaban a salvo en el baño.

Los cinco comandos que habían entrado por la parte delantera no tuvieron piedad con los hombres de Rojas, respondiendo a sus disparos con toda la hostilidad que les fue posible.

El asalto no duró mucho. Apenas tres o cuatro minutos. Cuando aseguraron la zona, sacaron a la niña y al dependiente, que fueron atendidos primero por uno de los hombres de Ayacucho, que era sanitario militar y luego por el médico de la ambulancia que acababa de llegar.

CAPITULO QUINTO

XXI

El sonido de la alarma del teléfono que había en la mesilla de noche le despertó del profundo sueño en el que se encontraba sumido. Abrió los ojos lentamente y recordó dónde se encontraba.

Tantos días de actividad frenética, una alimentación a la que no estaba acostumbrado y no poder dormir en una cama en condiciones habían hecho mella en Estrada.

Aunque intentara continuar pareciendo el tipo duro que todos creían que era, lo cierto es que la edad no le perdonaba y ya no se sentía como cuando no era mas que un inspector de policía que corría sin descanso tras delincuentes comunes.

- Buenos días dormilón – dijo Alicia al observar que entreabría los ojos.

- Buenos días, cariño.

- Llevas casi doce horas durmiendo.

- Lo necesitaba – admitió incorporándose.

- Lo sé. Eres el único de todo el equipo que no ha dormido una noche entera desde que hemos llegado.

- Bueno… pero no se lo cuentes a nadie… – rió con modestia. Se frotó los ojos con la intención de desperezarse. Se levantó y fue a ducharse.

Después de desayunar en la habitación, bajó a recepción.

- ¡Capitán Estrada! – llamaron desde el mostrador.

Se acercó junto a Alicia.

- Soy el capitán Estrada – se presentó al recepcionista.

- Disculpe que le moleste, capitán. Hay un caballero esperándole

en la sala de recepción.

- ¿Y qué quiere? – preguntó sorprendido.

- No ha querido decírmelo, señor. Tampoco su nombre. Solamente ha dicho que era muy importante y que no se movería hasta que pudiera hablar con usted. Lleva varias horas esperándole.

- Está bien… ¡empezamos bien el día! ¡coj…! – miró a Alicia de reojo y dejando la frase en el aire preguntó – ¿Por dónde está esa maldita sala?

- Por allí señor – indicó con el dedo el recepcionista.

La sala estaba completamente vacía, excepto por un hombre que aguardaba sentado en uno de los sillones de cuero. Se apreciaba por el cansancio que reflejaba en su rostro que hacía bastante rato que esperaba.

- Buenos días, soy Fermín Estrada, el capitán Estrada. ¿Me buscaba?

El hombre, que se había quedado medio adormilado se levantó de un brinco.

- Capitán Estrada. Soy Hermenegildo Carrera – dijo ofreciéndole la mano.

- Creo que no le conozco, señor carrera – apretó su mano.

- Es el padre de la pequeña , Fermín. ¡Por Dios, que bruto eres a veces! – se quejó Alicia dándole un codazo.

- ¿El padre de Juanita?

- Si, señor. De Juanita Carrera. Quiero decirle que no tengo palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por mi hija y por la otra niña.

- No tiene nada que agradecerme, señor. Solamente he cumplido con mi trabajo. El comando de Ayacucho y los hombres de El Gran Tama también han hecho su parte, quizás la mas peligrosa.

- Ha hecho mucho más que eso y lo sabe, capitán – aseguró el hombre con evidentes muestras de emoción.

- ¿Se encuentra bien Juanita?

- Si, señor… no hace más que preguntar por usted y la señorita Alicia.

- Me alegro. Dele un fuerte abrazo de nuestra parte.

- Lo haré, capitán. Yo… quisiera agradecérselo de algún modo.

- Cuide y eduque a su hija en el camino del bien. Ese será el mejor agradecimiento.

- Eso está hecho, capitán Estrada. Pero… ¿No quiere nada más?

- Su gratitud y la felicidad de su hija es lo único que deseo, señor Carrera.

- Está bien, capitán. Quiero que sepa que tiene un amigo en Trujillo para toda la vida.

- Gracias, señor Carrera. Lo tendré en cuenta – aseguró de forma cortés.

Se estrecharon las manos y le acompañaron hasta la puerta principal del hotel. El señor carrera entró en una lujosa limosina y se marchó, no sin antes echar un último vistazo a Estrada y Alicia, como si quisiera grabar para siempre aquellos rostros en su memoria.

Tomaron un taxi, que media hora mas tarde les dejó en el piso franco que la Interpol tenía en Laredo.

- Buenos días, "Capi" – saludó risueña Victoria Sardá al verle aparecer por la puerta.

- Buenos días Vicky.

- ¡Capitán! Bienvenido – se alegró Aarón.

- Muchachos… – hizo una breve pausa – y muchachas… – Sonrió – Regresemos a casa, aquí ya no tenemos nada mas que hacer.

- Hay que ir a buscar a la niña. Ha pasado la noche en casa de un familiar. Un tío, según creo – apuntó Alicia.

- Bien. Conociéndote ya tendrás la maleta hecha. Iros tu y… ¿Y Quispe?

- Quispe ha salido…

- ¡Joder! ¿Se ha ido?

- A comprar el periódico…

Estrada asintió.

- Recogerlo todo. Victoria, coordina el regreso: busca un avión, que vengan a recoger el equipo y que la embajada en Lima nos mande la documentación y los visados de la niña.

- Ahora mismo, "Capi"

Un par de horas mas tarde, todo el equipo, incluida Marisa Palacios, aguardaban en una minúscula sala de espera del aeropuerto de la Fuerza Aérea del Perú en Trujillo a que su avión estuviera preparado para regresar a Barcelona.

- ¿Tenían pensado regresar sin despedirse de mí? – bromeó Ayacucho desde la puerta.

- ¡Comandante! – exclamó Estrada levantándose de un brinco del butacón – Ya pensábamos que no quería despedirse de nosotros.

- Todo lo contrario, capitán. Temía no llegar a tiempo y que se marcharan sin despedirse.

- No sé que pensar… – bromeó.

- Su avión ya está listo. Espera en pista. Me ha costado un poco conseguir los permisos de aviación civil y del departamento de defensa, pero he conseguido que se ahorren el viaje de Trujillo a Lima. Su avión saldrá directamente hacia Barcelona desde este

aeropuerto.

- No se imagina como se lo agradezco, comandante. Tenemos ganas de llegar a casa.

- Lo imagino, vamos, el avión ya está preparado – dijo con una amplia sonrisa.

En aquel aeropuerto, como en la mayoría de los aeropuertos militares, el embarque se realizaba a pie de pista. Cuando Ayacucho abrió la puerta que daba acceso a la pista, los veintidós hombres del comando de Ayacucho habían formado un pasillo a cada lado de la puerta.

- ¡Atención, comando! ¡Firmes! – ordenó Ayacucho – ¡Presenten armas!

Al unísono, los hombres que formaban el comando tomaron las armas y las presentaron mientras el comandante les invitaba a caminar hacia el avión que esperaba frente a ellos.

Antes de que subieran, Ayacucho ordenó descanso y romper filas para que pudieran despedirse.

XXII

Tras catorce horas de vuelo, el avión aterrizó en el aeropuerto de El Prat a las cinco horas y diez minutos de la tarde, hora local.

Estrada y Alicia acompañaron a la pequeña Marisa Palacios a su casa, en Pedralbes.

La entrada había sido limpiada, el vehículo en el que habían asesinado a Blas Gallardo, el conductor, ya no estaba estacionado en la entrada. Nadie hubiera dicho que allí se había producido un secuestro y un asesinato unos pocos días antes.

El coche de Estrada recorrió lentamente el camino hasta llegar a la rotonda. La rodeó y se estacionó frente la puerta principal de la casa.

- Vamos princesa, ya estás en casa – dijo Alicia al abrir la portezuela del coche.

La niña salió corriendo hacia la casa y tocó el timbre con insistencia.

La puerta se abrió cuando Estrada y Alicia habían llegado junto a la niña.

- Buenas tardes – saludó Thomas, con su peculiar acento inglés y sin mover mas músculos faciales que los necesarios.

- ¡Hola Thomas! – exclamó la niña. De un empujón abrió la puerta y entró llamando a su padre.

Thomas se quedó estupefacto al ver a la jovencita.

- Buenas tardes, Thomas – saludó Alicia con voz cansada.

- Capitán Estrada, señorita Alicia… han encontrado a la pequeña Marisa – dijo en un tomo absolutamente plano, que sin duda intentaba ocultar sus sentimientos.

El embajador Palacios acudió junto a la puerta con Marisa en brazos y los ojos llenos de lágrimas.

- ¡Capitán Estrada! ¡Gracias! Gracias por devolverme a mi pequeña… mi vida… mi vida sin ella no tiene sentido alguno…

- Es mi trabajo, señor embajador.

- Ernesto tenía razón: si alguien podía recuperar a mi pequeña, ese era usted.

- Gracias, señor embajador.

- Pasen, por favor…

- Lamento declinar su hospitalidad, señor embajador, pero aún nos queda mucho trabajo por hacer: papeleo, el equipo… ya sabe… la parte aburrida de ser policía.

- Papá, yo quiero que venga Alicia y Fermín… – se quejó la pequeña.

- Otro día vendremos. Te lo prometo, princesa – aseguró Alicia.

El embajador dejó a la niña en el suelo y Alicia se fundió con ella en un cariñoso abrazo.

- Nunca te olvidaré – aseguró la niña de pronto

- ¡Eso espero, cariño! – rió Alicia emocionada.

- Y a ti tampoco, ¡gruñón de los cojones!

- ¡Joder! – exclamó Estrada.

- ¡Señorita Marisa! – clamó el mayordomo.

- Tranquilo, Thomas – dijo el embajador.

- Eso no debes decirlo… Thomas tiene razón… solo un viejo cascarrabias como yo dice estas cosas – la reprendió con una amplia sonrisa – la muchacha no dijo nada, dio un salto y se agarró de su cuello.

- Gracias Estrada. Nunca te olvidaré. – Le dio un beso en la mejilla y volvió junto a su padre.

Estrada se quedó sin palabras. Alicia se despidió por los dos y regresaron al coche.

- ¿Te estás ablandando, Estrada? – preguntó Alicia con sorna a ver brotar una pequeña lágrima que recorría su mejilla.

- Se me ha metido una mota.

- Ya… una mota – sonrió. – Los cojones…

Arrancó el motor y se marcharon.

Media hora mas tarde, llegaron a la sede central de la Interpol en Barcelona.

- Buenas tardes, capitán. Buenas tardes, Alicia – saludaron desde el mostrador de la última planta.

- Buenas tardes, Marta. – Dijo Estrada con voz cansada.

- Ya me he enterado del gran éxito de Perú. – Dijo orgullosa.

- Si… por suerte todo ha salido bien. Estaré en mi despacho. –

Dio una palmada en el mostrador y continuó caminando.

- Por fin algo conocido – dijo Alicia al tumbarse en el sofá del despacho de Estrada – Parece que hiciera mil años que nos fuimos.

Estrada se sentó en el sillón de cuero de su escritorio, dejó el sombrero sobre la mesa y encendió uno de sus puros.

- Creo que Marta tiene razón. Al final esto no ha salido mal del todo.

- ¿Mal del todo? – preguntó con sarcasmo – Hemos recuperado a la niña, encerrado de por vida a los hombres de Rojas y por si fuera poco, terminado con el cartel de Trujillo desarticulando toda su organización – replicó orgullosa.

Fermín Estrada giró el sillón hacia el gran ventanal de su despacho.

Observó por un momento a través de la ventana. Barcelona de noche era preciosa.

- Otro caso que queda cerrado – dijo con satisfacción

FIN